

Ramón J. Sender

La antesala



Lectulandia

Con la ciudad —Madrid— en plena guerra civil, Nazaria, la protagonista —maestra de escuela, sin ideas políticas definidas, creyente y conservadora—, aguarda una tarde en la antesala de un antiguo palacio incautado para comandancia de las milicias del barrio, esperando, sin intenciones demasiado concretas, hablar con el comandante. Mientras tanto, como una realidad transida de simbolismos, en sus recuerdos desfilan hechos y personajes de su vida: los lejanos días de la infancia; sus amores con Manuel y la muerte de éste; la caída de la Monarquía y el advenimiento de la República; los incidentes de la escuela donde ejerce; su decisión de ir a visitar al comandante; su nostalgia por aquellos pasados buenos tiempos que en realidad no ha tenido nunca pero que son su único refugio... Recordar ahora todo esto constituye para ella un alivio agrisado en los inciertos días de la guerra. Cuando por fin —ya de noche— Nazaria consigue hablar con el comandante, se hace patente la inutilidad y el sinsentido de su espera, truncada sólo por la muerte. De hecho, toda su vida —como la de tantos otros— había sido una alucinante noche, una antesala interminable, esperando, esperando siempre... ¿Qué? ¿Para qué?

Lectulandia

Ramón J. Sender

La antesala

ePub r1.0

Titivillus 03.12.2017

Título original: *La antesala*
Ramón J. Sender, 1971
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I. Los amores de Nazaria y Manuel

Ahora ya casi nadie labra la piedra. Los tallistas de ayer se dedican a mezclar cemento y, acabada la jornada, corren al cine o al bar.

Con esto lo que pasa es que los edificios antiguos ganan cada día más en prestigio. Las piedras talladas de los palacios pasan a formar parte de los lujos del hombre. Antiguamente había unos artesanos que se llamaban *maestros canteros*. Ahora hay, en cambio, *maestros cantores*, y Nazaria se preguntaba si los Maestros Cantores era una ópera de Wagner, o si eran solamente los hombres que cantaban en las catedrales de piedra tallada por los maestros canteros.

Iba pensando así, mecánicamente, mientras entraba en la antesala vacía de aquel palacio. No había nadie, como digo. Tres días antes había acudido a la misma oficina y una secretaria que estaba encinta —en meses mayores— le dijo que volviera el jueves a las tres. Ahora era jueves y eran las tres de la tarde, pero la secretaria no estaba. Con las mujeres nunca se sabe. Las pobres tienen sus incomodidades. Morir no es que mueran tan fácilmente como los hombres, ni mucho menos, pero tienen sus pejugueras. La mayor, sin duda, es el embarazo, claro.

En el rincón de la antesala se veía la máquina de escribir enfundada y negra, como de luto. Parecía, también, preñada. Huérfana y preñada, la máquina. Como estaba delante de un enorme espejo se veían dos: la máquina y su imagen reflejada.

El teléfono se lo habían llevado, tal vez, a la mesa del jefe, porque se veía en el suelo ese cordón umbilical que nos liga a los demás a través de una voz humana. No a otros cuerpos, sino a otras voluntades y a otras mentes. Y, como digo, no había nadie en la antesala, que estaba poblada solamente de ecos sonoros. En el cuarto de al lado —en la sala— se oía la voz de un hombre, ni humilde ni arrogante. Hablaba y hablaba, y nadie le respondía.

Por la voz no parecía muy joven. Debía tener esa edad en que los secretarios de los partidos políticos se hacen ministrables, alrededor de los cuarenta y ocho. La voz era agradable. «Tal vez —pensó la visitante— cuando lo vea cambiaré de opinión». Y se dijo, todavía: «Mi edad debe ser la misma de él, más o menos».

De lo que estaba segura Nazaria era de que el hombre del cuarto de al lado era robusto físicamente (eso se puede percibir en la voz) y de naturaleza bondadosa. Seguramente hacía buen uso de su fuerza. Aunque podía equivocarse, Nazaria.

Se pasaba la vida rectificando sus impresiones y sus opiniones, sobre todo en cosas de poca importancia como aquélla. No cambiaba, sin embargo, en su propósito de buscar y encontrar a N. B. Era lo que estaba haciendo en aquel momento. Bueno, tenía otras motivaciones, su visita.

El que hablaba en el cuarto de al lado no era N. B., pero estaba segura de que podía informarle sobre N. B. Le molestaba a Nazaria acudir a él y más en plena

guerra, con las calles empavesadas de propaganda como en una feria internacional. Había sangre de todos los colores: azul, roja, blanca, parda, negra. El único color genuino era, sin embargo, el rojo. Eso cualquiera lo comprende.

Ella no tenía ideas políticas ni se inclinaba por ninguna tendencia. Era simplemente Nazaria, igual a sí misma. Conservadora, eso sí, como la mayor parte de las mujeres, aunque no sean ricas, y estaba ciertamente con los que representan el principio de autoridad. En aquellos días le era difícil saber dónde estaba ese principio, y por si acaso llevaba un pequeño revólver en el bolso.

No estaba segura de usarlo, el revólver. Lo llevaba más bien para el caso de que se viera obligada a defender su integridad de mujer de buenas costumbres. En ese respecto estaba dispuesta a todo, Nazaria. Aunque el revólver no tenía balas. Lo había encontrado en un armario del apartamento donde vivía provisionalmente. Y no encontró las balas. Así y todo llevaba el revólver para un apuro. Suponía que podía asustar a alguien en un momento dado. Con eso le bastaba tal vez para defender su honor.

Entretanto se miraba en el espejo que había detrás del lugar donde solía estar la secretaria. Lo malo era que la imagen propia le devolvía la mirada desde el cristal, inquisitiva y crítica. En las oficinas usualmente no hay espejos, pero aquel lugar no era en tiempos normales una oficina sino tal vez el vestíbulo de una sala de baile o cosa parecida. Y en aquellos vestíbulos había espejos tan grandes y tan limpios que no se percibía la superficie, y lo que se veía en el espejo era o parecía ser la prolongación de la misma sala. Había que tener cuidado en aquellos casos para no meterse cristal adentro.

«¡Qué trampa, los espejos! —se dijo Nazaria—. No sólo mira una su propia imagen sino que es mirada por ella con antipatía y mala intención. Como si cada uno fuera su propio enemigo».

«Cosas como aquélla sucedían en los palacios», pensaba, y se acechaba de reojo con la esperanza vana de sorprenderse a sí misma (en su propia imagen) inadvertida, que es cuando verdaderamente cada cual es el legítimo cada quien. Nunca lo conseguía. Tenía Nazaria sus ideas sobre la nobleza de las mansiones. Para ella una casa comenzaba a ser señorial cuando en las escaleras había estatuas de mármol con la mano alzada y en ella un manojito de globos luminosos. Allí las había.

Se reflejaba en el espejo casi de cuerpo entero. Sólo no se veían sus pies —la mesa de la secretaria se interponía—, y no importaba porque iban mal calzados. Era Nazaria una mujer de cara ancha y pálida, muy blanca. Tenía la piel delicada y fácilmente se ponía brillante si tomaba vino. Normalmente era su piel del color de la margarina fresca. Si bebía se ponía rosada y si tomaba más de dos vasos casi roja.

En conjunto tenía ese tipo de encarnadura y esqueleto que corresponde a una mujer con el nombre de Nazaria, porque los nombres sugieren tipos definidos. En todo caso no había cuidado de que bebiera demasiado. No solía tomar sino un vaso en la comida y todavía en la mayor parte de los casos no tomaba sino agua. Mientras su

marido vivió hubo siempre vino en la mesa en una garrafitita esbelta con un tapón en colores que semejava un pequeño abanico, pero que era la cola desplegada de un pavo real.

Había sido Manuel el único hombre en su vida. Nazaria no había conocido varón hasta que lo encontró a él y desde su muerte no volvió a tener trato amoroso con nadie. Era fiel a su memoria como había sido fiel a su presencia viva. Se podría deducir de todo esto que Nazaria era fea, pero no es verdad. Tampoco era hermosa, ciertamente.

Hacía algunos años que había sucedido la muerte de Manuel en su casa de la calle de Hilarión Eslava. La funeraria puso grandes coronas de flores y en el entierro no faltaron los caballos empenachados ni los lacayos con librea. Ella lloraba más conmovida por la solemnidad y la pompa —era muy sensitiva a esas cosas— que por la pérdida de su esposo, a cuya triste idea estaba acostumbrada hacía años.

Manuel anduvo arrastrando su enfermedad mucho tiempo, y Nazaria pensaba: «Era mi amor que lo sostenía». No estaba convencida de esto, pero le gustaba pensarlo. Y pensándolo se sentaba en el diván de la antesala y se acomodaba frente al espejo. La muerte de Manuel fue el acontecimiento final de una serie de circunstancias promovidas, sin querer, por N. B. Bueno, N. B. no era culpable. Ningún tribunal de justicia habría querido ocuparse de aquel asunto, ningún juez habría considerado a N. B. delincuente, y Nazaria no habría encontrado siquiera un abogado que aceptara el caso. A Manuel lo mató (como declaró él mismo un día, sintiéndose perdido) la vida, como a cada cual. Pero Nazaria no olvidaba. Eso no dependía de ella, sino de la fuerza natural de las cosas.

A quien había matado N. B. indirectamente y sin proponérselo fue al padre de Manuel.

En realidad, no sabía Nazaria quién era N. B. No lo había visto nunca y había oído solamente noticias contradictorias.

Una mujer vieja le dijo que N. B. se había vuelto ciego y andaba con un bastón blanco por la calle. Ciego y solo, se sentaba en un rincón de un café antiguo, y con la barbilla apoyada en el cayado sonreía en silencio y se hablaba a sí mismo.

Cuando llegaba el camarero pedía un café y una copa de coñac. Para no derribarlas acercaba a ellas la mano desde arriba, poco a poco, y su gesto con la mano abierta era parecido al de un sacerdote celebrando o consagrando. Cuando sentía en la mano el contacto de los bordes de la copa o de la taza las cogía y se las llevaba a los labios. Primero una, luego la otra.

Eso le había dicho aquella vieja de N. B. Pero Nazaria dudaba. Si estaba ciego N. B., ¿cómo podía ser comandante de un sector militar en plena guerra? La sola hipótesis resultaba estúpida.

Otras cosas le habían dicho de N. B., y la confusión la había empujado a acercarse a aquella comandancia donde, sin duda, debían tener noticias de N. B., puesto que, ciego o no, dependía de ella.

Hay que advertir otra vez que N. B. había sido años antes el punto de partida de una serie de hechos funestos para la familia de Manuel. Pensando en todo esto ella miraba el techo de la antesala, donde había restos de decorado barroco, y recordaba que conoció a su marido en Zaragoza, donde los dos vivían entonces. Ella era maestra de escuela, aunque nunca logró un empleo decente.

No se sentía a gusto en las aldeas donde había trabajado, porque dos o tres familias propietarias de tierras solían vivir como los señores feudales de la Edad Media, y los demás digerían su rencor como podían en un silencio venenoso, alterado solamente por el cacareo de las gallinas. Así, pues, regresaba cuanto antes a la ciudad. En las aldeas, los mozos solteros se burlaban de ella. Eran campesinos ignorantes casi siempre. Su nombre, incluso, les parecía humorístico y dado a bromas: Nazaria. Algunos la llamaban Zanahoria, y cuando descubrían que le molestaba, abusaban, y la situación se hacía más incómoda.

Prefería quedarse en Zaragoza, y lo que hacía para ganarse el pan era enseñar a niños y niñas difíciles, es decir, retrasados mentales. Más que educación, lo que les daba era compañía y entretenimiento. Así, los padres podían desentenderse de ellos. Había chicos con los nervios tan revueltos que no lograban aprender a atarse los zapatos. Hacían un burujito con los cordones y lo dejaban encima. Los había también que no sabían sonarse las narices. Pobres niños. Lo que le pagaban a ella por atenderlos era muy poco —diez pesetas mensuales—, y además tenía que estar con ellos casi todo el día y, a veces, parte de la noche. Nadie los quería, a aquellos niños, ni siquiera sus familias.

Había sido Nazaria —ella misma— una niña difícil, y no porque fuera rebelde ni atrasada mental, sino porque las otras chicas del barrio no querían mezclarse con ella y la dejaban aparte. Nazaria nunca pudo pensar que fuera en alguna cosa inferior a las demás, pero la injusticia sostenida por las otras y el propio resentimiento hicieron de ella una criatura un poco rara. Menos mal que tenía fe religiosa.

La situación económica no la ayudaba. Su familia era tan pobre que cuando hizo la primera comunión no pudieron encargarle en la imprenta los recordatorios y no los tuvo. Todas las chicas tenían su estampita con bordes de oro filado, en cuyo dorso estaba impresa la fecha, el nombre entero y otras cosas. Un versículo de los salmos de David o aquello de Jesús: «Dejad que los niños se acerquen a mí». Todas tuvieron su estampa menos ella. Allí, en la antesala de la comandancia de milicias, Nazaria pensaba: «La familia que vivía aquí, en este palacio, tenía hijas, seguramente, y ninguna de ellas dejó de tener su recordatorio de primera comunión con bordes de oro». Siempre decía ella «oro filado». Y las estampas se llamaban así: recordatorios.

Cuando, ya mayor, cobró su primera mensualidad de maestra particular de niños anormales fue a una imprenta que había en las afueras. Era un local sin letrero ni escaparate, con el pavimento de tierra. Y todo lo que había allí era una minerva de pedal, otra de rueda y una docena de cajas con tipos de plomo. No tenían luz eléctrica ni casi luz natural —la única que entraba por la puerta— y la máquina de rueda había

que moverla a brazo.

A veces acudía algún chico del barrio, como aprendiz. El chico hacía girar la rueda y el impresor imprimía hojas parroquiales o prospectos comerciales. Las tarjetas de visita y el timbrado de las cartas comerciales de los tenderos del barrio los hacía en la máquina de pedal.

A aquella imprenta fue ella para encargarse de sus recordatorios de primera comunión, y allí encontró a Manuel, el dueño. Allí fue ella con sus cien estampitas que tenían el dorso blanco e impoluto. En aquel dorso ella quería que el tipógrafo imprimiera el texto con una fecha de treinta años antes.

Ahora, en la antesala de la comandancia, consideraba aquel acontecimiento como el primero en importancia social y el más plausible de su vida. El haber tenido recordatorios era, según ella, señal de ser hija de familia decente.

Ciertamente no sabía lo que iba a hacer con los recordatorios, pero siempre habría ocasión para meter alguno en el sobre cuando escribiera una carta. Pondría una posdata casual: «Por azar tengo en la mesa un recordatorio de mi primera comunión y se me ocurre enviárselo, aunque han pasado más de treinta años de aquel feliz acontecimiento».

Por otra parte, cuando uno de los chicos de su escuela se portara bien, le daría un recordatorio. Las estampitas estaban impresas con dos tipos de letra y un salmo de David en itálica y línea sangrada. Así decía Manuel: *línea sangrada e itálica*. Y el salmo rezaba: «Sobre los montes sagrados será para ti tu juventud como rocío del seno de la aurora». Rocío del seno de la aurora. ¿Se podía dar mejor una impresión de pureza?

El tipógrafo Manuel era flaco y alto, tenía cara bondadosa, ojos grandes y lánguidos, cercos enfermizos en los párpados y orejas transparentes un poco apartadas. Se comprendía a primera vista que estaba acostumbrado a su pobreza, que no esperaba ser ayudado por nadie y que tal vez no se consideraba con derecho a la vida. Esto le daba a veces una expresión conmovedoramente afable.

Cuando ella vio su taller le dijo:

—Esta imprenta es una ruina.

—Sí. Lo que usted dice es verdad. Ni siquiera se puede llamar imprenta.

De tarde en tarde le caía a Manuel un encargo, siempre modesto. El impresor era un enfermo, solitario y soltero. Una acumulación de desventuras. Se sentía, en su enfermedad, vigilado por la muerte. La sentía cerca, algunos días. Cuando entraba en su mísero taller se diría que la encontraba en un rincón esperándolo pacientemente. Y él salía a la puerta y se ponía a fumar para evitar mirarla.

Era aquél un barrio mal reputado. Un día, estando Nazaria hablando con él en la puerta, llegó una mujer fea, marchita y con un cigarrillo colgando de los labios. Manuel sonrió tristemente y le dijo a Nazaria:

—Esta chica, aunque comercia con su cuerpo, es buena persona.

—Las cosas de la vida —se justificó ella—. En cambio, este hombre es un santo.

Estaba sorprendida y escandalizada Nazaria viendo las relaciones que tenía Manuel, y se preguntaba si aquel impresor sería también hombre de costumbres irregulares. No lo creía. Pero tampoco podía pasar por la palabra de la prostituta. ¿Un santo, Manuel?

Cuando le llegaban a Manuel encargos de hojas parroquiales tenían que traerle el papel, porque el impresor no podía comprarlo. Y el sacristán debía arrimar el hombro y darle a la rueda haciendo méritos para la eternidad. Era difícil vivir imprimiendo tarjetas de visita, recordatorios y hojitas parroquiales, pero vivía. Incluso llegó a encontrar una compañera: Nazaria.

Allí estaba Nazaria, y pensando mecánicamente en todo aquello, miraba alrededor y se decía: «La gente que vivía en esta mansión era *gente bien*». Le halagaba estar haciendo antesala en un palacio requisado de gente de la alta sociedad y, viéndose a sí misma en el espejo, se observaba con cuidado: «Después de casarme se me puso cara de señora. Y ahora la tengo de señora viuda. Soy diferente de mis tiempos de soltera». Le gustaba pensarlo allí, en la antesala de un palacio antiguo. Había en el muro una estampa de Chopin tocando el piano. También el músico había sido tuberculoso, y ella pensaba: «Si le cortaran el cabello a Chopin se parecería un poco a mi esposo».

Nunca decía ella la palabra «esposo» sin un pequeño estremecimiento de vanidad satisfecha. Recordaba cuando lo conoció. El aire taciturno y reservado de Manuel no era muy a propósito para trabar amistad. Y era preciso conocerlo para quererlo. Ella lo conoció poco a poco y lo quiso. Lo pensaba mirándose en el espejo de la antesala y encontrándose casi bonita. Tenía el atractivo de la humildad limpia. El tipógrafo era tuberculoso (él se lo confesó sin buscar su compasión, y añadió que el polvillo de las cajas de los tipos de plomo no le ayudaba a curarse). Ella tenía también sus desventajas: era completamente calva. Llevaba una peluca muy bien peinada y acomodada, pero algunos días, fatigada al caer la tarde, quedaba con la peluca desnivelada. Y a veces se olvidaba de mirarse al espejo para volver a ponerla en su lugar y aquella peluca le caía sobre una ceja, dándole un aire inquietante de picara del arrabal, de esas que en Zaragoza dicen *rediosla* y *jolines*.

Vivía ella encima de la escuela, en un cuarto que tenía electricidad —a diferencia del impresor—, pero no agua corriente. Era necesario salir al pasillo, donde había una fuente para todos los que vivían en el edificio, que no eran muchos.

Los niños eran de familias humildes, también, pero sus padres no querían entregarlos a un asilo, porque tener un hijo a merced de la caridad pública era denigrante. Algunos chicos eran lo que ahora llaman mongoloides, incapaces de coordinar sus movimientos racionalmente y de pensar más allá de cierto nivel. Eran, pues, pequeños seres irresponsables. Lo peor era que algunos días llegaban por la mañana a la escuela sin haber ido antes al retrete en sus casas. Aquello complicaba las cosas.

Un día el tipógrafo le dijo a ella cosas de su vida privada. Hubo una especie de

tragedia grotesca en su familia quince años antes. Su padre era dueño de una imprenta con máquinas modernas y linotipias bien surtidas de fuentes. Un buen taller. Podían imprimir hasta libros de lujo y hubo un tiempo en que trató el dueño de poner estereotipia y una rotativa. Tenía seis hijos y hubo que repartir a su muerte la imprenta, porque no quisieron seguir juntos. Cada cual tiró por su lado y el más joven (que era el tuberculoso) tuvo que conformarse con lo que le dieron. Los otros intentaron salir adelante, y dos de ellos lo habían conseguido, pero no querían mantener relaciones estrechas con Manuel porque temían contagiarse. Más que ellos, temían que se contagiaran sus hijos. Además, en aquellos tiempos era una vergüenza estar tísico.

Cuando Manuel dijo estas palabras, ella se acercó a él como una dulce samaritana y lo besó en los labios. Sintió ella que su aliento olía a mal tabaco y a pulmones deteriorados, pero no le importaba. Era el primer beso que daba a un hombre, ella. Un beso casto, sin duda. Ella no conocía otros besos. Un beso casto y meritorio.

Creó el tipógrafo que debía hacer algo y le acarició el cabello, pero se llevó con la mano la peluca y quedó Nazaria con su cabeza monda como una bola de billar. Dijo Nazaria, ruborizada:

—Tuve unas fiebres malignas y se me cayó el cabello hace dos años. Ahora volverá a salirme.

Pero no hacía dos años, sino diez. Eso dijo en otra ocasión. Y no volvió a salirle nunca, el pelo. Aunque en esto último no se podía decir que mintiera, Nazaria. Era su esperanza la que hablaba, y la esperanza nunca miente.

—¿Cómo murió tu padre? —preguntó ella.

—De aprensión.

Se resistía a contarlo detalladamente porque era desairado, pero ella le había dado un beso y él había descubierto que ella era calva. Los dos tenían miserias físicas que demandaban una comprensión recíproca, y eso comenzaba a unirlos.

—Fue un incidente desgraciado —dijo Manuel—. Un minervista que se llamaba Narciso Borrell insultó un día a mi padre en el taller delante de todos. El canalla se entendía con mi madre. Yo... no seré quien hable mal de ella. Al fin me llevó en sus entrañas. Pero ella y mi padre se habían separado ya por entonces. Mi madre —siguió hablando Manuel como contra su voluntad— había sido una campesina analfabeta antes de casarse y mi padre se enamoró de ella en la aldea, le dio educación y poco a poco llegó a hacer de ella una verdadera dama. Un día le enseñaré a usted el retrato. Pero ella... bueno, cosas de hombres y mujeres. Mi padre era demasiado bueno. Era además hombre leído y decía que ella era su Galatea, pero después de haberse separado iba mi madre por el mundo ultrajando su nombre y haciendo de él la comidilla de las malas gentes. Yo había leído eso de la Galatea, que es una obra antigua del tiempo de los griegos, y bueno, lo que pasa. Narciso Borrell la conocía a ella, digo a mi pobre madre. Se entendían ellos y daban que hablar.

Ese Narciso Borrell era el N. B. y en la imprenta lo llamaban así porque solía

decir que el N. B. —*Nota bene*— de los textos literarios, que se usa a menudo, era su nombre. Tonterías. Otros lo llamaban Napoleón Bonaparte, lo que lo ponía furioso.

—N. B. lo ultrajó gravemente, a mi padre. En medio de todos. Es verdad que mi padre le respondió como un caballero. Pero hubo algo más. Estaba N. B. trabajando en una minerva plana y cuando insultó a mi padre y él le respondió, el minervista, que era de un genio un poco vivo y matón, bajó del estribo de la máquina y se atrevió a darle dos golpes. A mí todavía me pone mal cuerpo.

—¿Se atrevió a pegarle? —preguntó ella, aterrada, pensando al mismo tiempo que el minervista agresor se llamaba Borrell como Wifredo el Velloso.

—Dos bofetadas. Lo derribó contra unas pacas de papel, ya ve. Narciso era hombre de poco aguante y estaba en la máquina. Venía, como digo, de buena familia arruinada. Mi padre le dijo al pasar: «Hay que acabar pronto ese trabajo, porque andamos atrasados», y el obrero, que estaba un poco bebido, le respondió: «Aquí está el patrón sanguijuela que me debe horas extra y no me las paga». Entonces mi padre le replicó: «Tú sabes que eso no es verdad y ten cuidado con lo que estás haciendo». Quería decir que atendiera a la máquina para no malgastar el papel, pero el otro, que estaba a medios pelos, lo entendió como una amenaza. *Ten cuidado* parece una amenaza según el tono con que se dice, ¿verdad? Y Narciso paró la máquina, bajó de la plataforma y le dio dos bofetadas. A mi padre, Nazaria, que era ya por entonces un anciano respetable. Los otros se pusieron por medio. Luego mi padre quiso echar a Narciso, pero los otros le dijeron que de las ofensas de un borracho no había que hacer caso y que si lo echaba se declararían en huelga. Al mismo tiempo exigieron a Narciso que le diera explicaciones a mi padre. Lo peor era la relación de aquel sujeto con mi madre, aunque, en fin, mis padres estaban divorciados. A cualquier marido divorciado le puede pasar. Mala suerte. Mi padre se puso enfermo de aprensión, no iba por el taller y por fin decidió traspasarlo. Le cambió el nombre: «Hijos de...», pero había malas bromas con eso y los hermanos míos no querían sino liquidarlo para salir cada cual con su parte. Mi padre deshizo el negocio, dio a cada cual lo que le tocaba y poco después se murió. Yo habría querido buscar a ese Narciso para castigarlo, pero ¿dónde encontrarlo? Y además no me sentía bien, estaba enfermo y escupía sangre.

—¿No lo volviste a ver a Narciso? —preguntó ella tuteando a Manuel por vez primera.

Vacilaba él antes de contestar:

—Viendo las cosas como son, Narciso fue a darle explicaciones a mi padre. Pero no lo hizo en el taller sino en nuestra casa. Debía haberlo hecho delante de todos, en el lugar de la ofensa, ¿no te parece?

Nazaria no quiso saber más y en cambio se puso a contarle el origen de su calvicie. La atendió el mejor médico —ella dijo *facultativo*— de Zaragoza y sus padres eran personas que cuando se casaron salieron en la página social de un periódico. Y no se divorciaron nunca. Todavía conservaba ella el recorte que hablaba

de la boda y un día se lo enseñaría. Sus padres no le hicieron los recordatorios de la primera comunión porque no se pusieron de acuerdo con las monjas de su colegio. No fue por falta de dinero, repetía Nazaria. Y Manuel pensaba para sí: «Pues tampoco por falta de imprentas». Pero escuchaba a Nazaria, quien decía, ahora, que había ido a una escuela de pago: las carmelitas calzadas. Y si salió del colegio fue porque su familia cambió de casa.

Con todo eso quería ella decirle al tipógrafo que venía de buena familia. No era su casa tan grande como aquel palacio requisado por las milicias. No. Su casa era más bien humilde. Ni siquiera era una casa entera, sino un piso. Y además lo compartían con un matrimonio que tenía derecho a usar la cocina.

Lo malo era que en la cocina discutían las dos mujeres sobre de quién era el aceite o el azúcar.

Oyendo todo aquello, Manuel sólo pensaba: «Esta mujer me ama sabiendo que estoy tísico». Había que descontar, ciertamente, que ella no tenía un solo pelo en la cabeza, pero con su peluca puesta parecía una mujer pasable. Más pasable que él —se decía— con su eterna fatiga, sus brazos esqueléticos, sus orejas transparentes. En su relación con ella debía tener cuidado para no desnivelar la peluca, cuando la acariciaba. Eso quitaba a las caricias espontaneidad.

Fue un noviazgo sombrío, pero tuvieron sus alegrías a pesar de todo. Cuando ella volvía a hablar del decoro de su familia él la miraba escépticamente y callaba.

No solía hablar de amor, Manuel. Dudaba de todo, incluso de los sentimientos de Nazaria, y se decía: «Me quiere a mí porque con su cabeza calva no encuentra otro hombre». La palabra *amor* le parecía una palabra de lujo y Manuel se consideraba un hombre sin merecimientos. Nazaria en cambio no tenía otra palabra en los labios. Sólo lamentaba su calvicie, pero iba a ser remediada porque acababan de inventar un producto nuevo.

—Si no lo uso todavía —concluía— es porque huele mal.

A veces le preguntaba con un mohín de coquetería:

—¿Qué te molesta menos, el mal olor o la calvicie? Manuel tenía otras preocupaciones que lo mantenían casi todo el día callado y taciturno. Luego decía con la mirada perdida en los dobles fondos del aire:

—Es tremendo, esto. Digo, la vida.

—¿Qué quieres decir?

Se quedaba Manuel callado un momento y luego añadía con una voz opaca y lejana:

—La vida. Si hay Dios... ¿tú crees que lo hay? Entonces todo es horrible. Digo, las cosas que Él permite o que nosotros hacemos sin que Él las permita. Es horrible.

—¡Pero, Manuel!

—¿Y cómo será Dios, si lo hay? Algunas noches no puedo dormir pensándolo. Pero ¿y si no lo hay? Es igual en un caso que en el otro. Si no hay Dios nada de lo que vemos, hacemos y oímos tiene tampoco sentido.

Después se quedaba todo el día callado y a las palabras de ella contestaba —sin oírla— diciendo siempre que sí.

Sin darse cuenta se encontraron un día el uno en brazos del otro e hicieron el amor. Fue una fecha gloriosa para Nazaria y también, en cierto modo, para él. Ella se hacía demasiado infantil, después, y hablaba de su entrega total en términos rebuscados y del sacrificio que había hecho. Pero se sentía dignificada por la experiencia. Para Manuel la intimidad amorosa con Nazaria había sido una aventura, la primera de su vida.

Nazaria creía que había hecho algo sublime, y Manuel solamente algo gustoso y un poco bellaco. Pero le estaba agradecido.

Las vidas de los dos comenzaron a tomar un mismo ritmo. Tenían planes, pero no sabían aún cómo llevarlos a cabo.

—Vende todo esto —le decía Nazaria— y nos iremos a Madrid. Allí está el emporio de las artes y las ciencias.

Ella estaba segura de sí, con su amor.

Ya se sabe que el verdadero amor comienza en cuanto una persona puede tolerar los defectos de la otra. Y no les faltaban defectos a ninguno de los dos. Pensaban casarse pero querían hacerlo bien, es decir, como correspondía al rango de la familia de Nazaria. Así decía ella.

Él no tenía mucha fe en el matrimonio, acordándose de lo que les sucedió a sus padres, y se daba cuenta de que las pretensiones de Nazaria carecían de base, pero las respetaba. Cuando tenía algunas monedas las gastaba en vino y, aunque no se embriagaba, se ponía divagador y un poco más alegre. Una vez sustrajo del monedero de Nazaria tres o cuatro pesetas y se las gastó en vino. Cuando ella se dio cuenta no le dijo nada, pero sintió una cierta extrañeza y una gran compasión.

Los dos eran conservadores y de *buenas costumbres*. No iban a los bares ni tampoco a los cines y ni siquiera a los restaurantes. Él fumaba cada día menos y si no lo dejaba del todo era porque entonces, aunque parezca raro, tosía más.

Ella le decía una y otra vez:

—Iremos a Madrid y pondremos un taller. Ya tengo el nombre: «Impresora Cervantina, S. A.».

—Eso requiere capital, Nazaria.

—Lo encontraremos.

Desde que tenía relaciones con Manuel creía que todo era fácil. Miraba las estampas de su primera comunión y siempre le extrañaba que de un lugar tan sucio como una imprenta salieran aquellas estampas impolutas, nítidas como el primer rayo de la aurora reflejándose en la primera gota de rocío. Encontrarían capital.

Seguía siendo un poco redicha, ella. Por ejemplo, cuando alguien hablaba de coleccionar sellos, ella corregía:

—Filatelia.

Nunca decía *yo quiero* esto o aquello, sino *yo anhelo* esto o aquello, aunque con

el tiempo iba corrigiéndose. Allí, en la antesala de la comandancia de milicias, estaba ya preparando lo que le diría al comandante cuando la invitara a pasar. Luego se puso a hojear un álbum de dibujos antifascistas en colores (propaganda de guerra), pensando: «No está mal impreso, pero mi marido lo habría hecho mejor. Tenía unas manos de plata, Manuel».

Tiró aquel álbum sobre el diván y volvió a mirarse a sí misma en el espejo del muro. Tenía cara de señora no vieja sino sólo madura. Madura y respetable. Señora, viuda, madura y respetable. No era que estuviera orgullosa, pero así, en conjunto, no tenía motivos de queja. Daba las gracias a Dios por lo que tenía y aún por algunas cosas que le faltaban. No por la falta de cabello, eso, no. Su resignación cristiana no había ido tan lejos.

En cuanto a las ideologías en boga ella no entendía ni trataba de entender porque le bastaba con su fe religiosa. Manuel no creía, en cambio. Tampoco era ateo.

—Es el misterio que nos mata —solía decir, temblándole la voz.

Se lo perdonaba ella todo a su marido, incluso su escepticismo religioso, aunque esto la mantenía desvelada algunas noches.

Los hermanos del tipógrafo enfermo sabían que todo le iba mal y cuando vieron que vendía las cajas de tipos de imprenta y las minervas verticales (y una pequeña máquina de coser papel) se le acercaron y, aunque ninguno de ellos necesitaba aquellos implementos —decían—, estaban dispuestos a comprárselo para ayudarlo. Los hermanos discutieron bastante, porque todos querían ser generosos al mismo tiempo. Por fin se llevó la maquinaria el mejor postor y no era mucho lo que le pagaron, pero era más de lo que Manuel había visto reunido en su vida. Compró vino y anduvo algunas semanas fuera de sí y hablando más a menudo de los horrores que le paralizaban la imaginación: el de vivir y el de morir. Luego se puso más enfermo porque el alcohol le iba mal a los bronquios.

Ella no dejaba de decir que tenían que cambiar de ambiente. En cuanto a su calvicie, una vecina le había aconsejado que se untara todas las noches con petróleo después de haber tenido en la botella un lagarto ahogado en aquel líquido maloliente. Ella lo habría hecho, pero ¿dónde encontrar un lagarto vivo y cómo cazarlo? Vendió también Nazaria en Zaragoza su modesto ajuar, que estaba formado por una cama con mesilla de noche, tres sillas y un lavabo. La cómoda la había comprado a plazos y, aunque sólo le faltaban dos mensualidades, prefería que la recuperaran los mueblistas antes que pagar el resto de la deuda y el traslado del mueble a Madrid. Aquella era toda su hacienda y además unas esteras de fibra vegetal con las cuales cubría en invierno el pavimento, aunque no siempre resultaban prácticas, porque arrastrándose algunos niños por el suelo, semidesnudos, se clavaban pequeñas esquiras en el trasero.

Tenía ella grandes planes para cuando fuera a Madrid. La civilización y la imprenta habían ido juntas desde los tiempos de Gutenberg y ella representaba la cultura y él la difusión de la misma por medios industriales. Ella era el ave de

Minerva y él representaba el Mercurio alado e industrioso. Ella se sentía feliz por vez primera en su vida imaginándose en Madrid al lado de su hombre. Hicieron el viaje de noche y la calefacción no era muy buena. Ella le puso botellas de agua caliente en los pies y también en la espalda, contra el respaldo. Cuando el agua se enfrió pidió al revisor que les enviara uno de aquellos calentadores que eran entonces como largas cajas de plomo con agua caliente dentro. Aunque no esperaba que le hicieran caso, se vio sorprendida al ver que llegaba un mozo con aquel armatoste. El calor alivió algo al enfermo, quien incluso durmió un par de horas. Es decir, dormía, despertaba, volvía a dormir. El tren se detenía en demasiadas estaciones y cada vez que se detenía Manuel despertaba y preguntaba:

—¿Dónde estamos?

Ella decía el nombre de la estación después de oírlo gritar al hombre del andén que hacía señales misteriosas y un poco siniestras con una linterna.

Sin luces, el vagón parecía más estrecho e incómodo. Sólo se veía la cara rojiza del hombre gordo cuando chupaba su cigarrillo, cuyo humo llegaba hasta Nazaria en densas oleadas. Ella tosió mirando de reojo al fumador, pero éste sabía que estaba en un departamento de fumadores y quería hacer uso de sus derechos.

Trató Nazaria de entablar conversación con una señora que tenía enfrente, pero no lo consiguió porque no tenía ganas de hablar y parecía viajar por razones infaustas. Quizá lúgubres. Tal vez iba a ver a algún pariente moribundo o volvía después de asistir a un entierro.

El día que llegaron a Madrid, sin haber dormido, parecían los dos vomitados — así decía ella—. Pero lo decía sonriendo y con su sonrisa trataba de decirle a Manuel que la perdonara por haberle empujado a la aventura de un largo viaje en una noche de invierno. Finalmente estaba rogándole a él que no sufriera más de lo indispensable, porque su sufrimiento era para ella un martirio.

Y allí seguía Nazaria años después. En Madrid, en un palacio incautado para comandancia de milicias del barrio. La antesala tenía pavimento de maderas enceradas y lustrosas. Tal vez los reyes habían estado en aquel palacio, en alguna de las fiestas que los dueños, próceres, debían dar. La antesala tenía cuadros de varias clases en los muros, estampas francesas en colores con texto escrito al pie en rasgueados caracteres ingleses. Las fábulas de La Fontaine, con ilustraciones. Ella sonreía contemplándolas y viéndose a sí misma (sin mirarse expresamente) en el espejo, debajo de la lámpara central, aquella lámpara que pendía del techo y que valía más que todos los muebles que había poseído ella en su vida. Recordaba que al llegar de Zaragoza tenía una gran fe en Madrid, albergue de las glorias cortesanías. Allí estaba el palacio real y alrededor lo más florido de la aristocracia. Un duque no es mejor que un campesino, pero el hábito del privilegio a lo largo de los siglos ha hecho de él un ser refinado que suscitaba admiración. El hecho de vivir en Madrid le parecía a ella una gran suerte. En cuanto a Manuel, estaba dispuesto a seguirla allí donde fuera. Le tenía esa gratitud de los sentidos que tienen los amantes

desafortunados. De vez en cuando hacían el amor y compartían una misma felicidad por algunos momentos. De aquellos gustosos incidentes salía él un poco más taciturno y ella ligera y pizpireta.

A veces Manuel compraba vino y se emborrachaba un poco, aunque sin escándalo. La embriaguez le hacía conducirse más atentamente y más cortésmente con Nazaria, quien pensaba para sí: «Manuel viene de buena familia porque el vino no lo marea ni le hace perder el decoro».

Se habían instalado provisionalmente en una posada de la Cava Baja. No podían ir a otro lugar por la escasez de medios y se quedaron allí sólo algunos días hasta que encontraron acomodo. El cuarto en la posada no tenía calefacción pero había una chimenea de leña en la planta baja, donde Manuel se quedaba arrimado al fuego y tizoneando melancólicamente horas enteras. Bebía, de vez en cuando, un sorbo de vino y más a menudo una taza de café o tila. Podía beber líquidos muy calientes. Ella solía repetir que nadie aguantaba el café tan caliente como él.

Los arrieros de la posada veían a Manuel beber los líquidos casi hirviendo y se asombraban. Manuel sonreía y Nazaria hablaba de la «Imprenta Cervantina, S. A.» que pensaban montar. Ofrecían acciones a bajo precio. Luego Manuel le decía:

—No te molestes. Esta no es la gente adecuada, Nazaria.

En la comandancia de milicias ella recordaba sus amores con Manuel y se sentía arrullada por sus propias memorias. Dos días después de su llegada a Madrid fueron a ver el relevo de la guardia de palacio. Era una mañana gris con celajes blancos. Había claraboyas en el cielo y en ellas los bordes de las nubes parecían de plata.

Él pensaba en su propia salud y ella en la salud de la patria, que parecía amenazada por tormentas y vientos huracanados.

En la atmósfera de Madrid (donde no conocía a nadie) había decidido Manuel que, con Dios o sin Él, nada de lo que sucedía en el mundo tenía importancia. Esa idea insistente le sugería de pronto que, si nada importaba nada bien podía permitirse el lujo de tomarse a sí mismo en serio alguna vez. Al menos como hombre enfermo.

La plaza de Oriente, situada por contraste en el extremo occidental de la ciudad, les pareció a los dos noble y legendaria. Para llegar a ella tuvieron que subir las escaleras del viaducto desde la calle de Segovia y aquello fue trabajoso. Cada trecho de seis o siete escalones se sentaban los dos, sin aliento. Pero iban subiendo otra vez y cuando estuvieron arriba se asomaron por la barandilla y él pensó: «Por aquí se arrojan los suicidas».

Lo pensaba con una cierta admiración. Ella pensaba lo mismo y en sus ojos se adivinaba un secreto escalofrío. Iban los dos caminando en silencio, despacio, mirando a los dos lados. Ella, viendo una parte de la ciudad a sus pies y las colinas edificadas de las Vistillas, sospechaba de pronto que iban a encontrar dificultades para montar la «Imprenta Cervantina, S. A.».

Al oírla hablar así, Manuel carraspeaba, nervioso, y decía entre dientes, sonriendo:

—Para eso hay que tener crédito y antes que nada ir a un abogado para formar legalmente la sociedad. Sería más fácil saltar por el viaducto, Nazaria.

—Te prohíbo que hables así, querido. En todo caso yo abriré mi escuela y Dios proveerá.

Presenciaron el relevo de la guardia. Manuel tuvo que arrimarse a una baranda cara a la sierra, en cuyas cimas se veía todavía la nieve limpia del invierno.

Estaban las tropas en traje de parada: infantería, caballería, coraceros, alabarderos. Los soldados eran buenos mozos, los caballos limpios y bien alimentados, las trompetas brillaban como si fueran de cristal y todos evolucionando, como en un ejercicio de circo, pero con clarines y con banderas genuinos. Y además con un jefe de pista histórico: el rey. Pero aquel día S. M. no salió al balcón. Lástima.

Ella se conmovía mucho y llegó a secarse los ojos dos o tres veces. En cuanto a su peluca, la llevaba sujeta por las bridas del sombrero atadas bajo la barbilla.

Como Manuel no podía caminar mucho se quedaba en la posada y entonces ella, que había aprendido pronto a andar en tranvías y autobuses, iba y venía por Madrid buscando un lugar donde alojarse permanentemente. Tenía que ser en un barrio popular, con espacio para la escuelita y a ser posible para la imprenta.

Junto a la chimenea de la posada, Manuel recordaba aquella excursión a la plaza de armas del palacio real. Fue una experiencia un poco boba, pero memorable. Le había quedado aquello en la memoria como una estampa litográfica pintada por un artista del siglo pasado, con figuras inmóviles y sonidos de trompetas. A veces las figuras se movían y cambiando de posición formaban una estampa nueva con tintas planas bastante finas.

Por encima de todo aquello recordaba el viaducto, que era como una promesa. Una solución desesperada, pero segura. Aunque detrás de la vida sólo veía Manuel una gran noche amenazadora.

Entonces bebía un sorbo de vino y se decía: «¿Habrás encontrado Nazaria un lugar adonde ir a vivir como he encontrado yo el lugar donde morir?».

En el patio donde estaba la chimenea abrían a veces una puerta lejana y entraba una corriente de aire frío. Entonces Manuel atizaba el fuego. Para avivarlo no era necesario añadir leña, sino que bastaba golpear los tizones con las tenazas. Entonces se desprendía la ceniza y las llamas brotaban más vivas. Un misterio el fuego, también.

Luego se ponía a soñar en la imprenta. La suponía ya en marcha con las acciones muy altas y grandes beneficios. Sabía que todo aquello era imposible, pero las libertades de la imaginación no perjudicaban a nadie. Sin saber por qué el primer libro que imprimieran tendría que ser *La Galatea* de Cervantes. Pero con dibujos eróticos un poco atrevidos, lo que no armonizaba en absoluto.

Nazaria andaba todo el día buscando casa y creyó encontrarla por fin entre las últimas de la calle de Hilarión Eslava. Allí la ciudad se acababa y la calle se convertía en una serie de desmontes desiertos. A falta de otra cosa encontró Nazaria algo

parecido a lo que tenía en Zaragoza. Planta baja y un piso arriba, con algunos muebles. Nada de calefacción y ni siquiera agua en la casa, pero había una llave abajo en un desván vacío.

Años después, en la antesala de las milicias, ella se detenía a recordar, y repitiendo palabras de Manuel se decía que la vida era una aventura extraña: «Aquí estamos, en una esfera enorme de tierra y agua y gases que va girando por espacios desconocidos y camina a una velocidad tremenda, hacia no se sabe dónde. Pensándolo bien, la cosa era seria. Menos mal si la gente tenía paciencia y encontraba el amor, pero muchos no lo encontraban y en la noche la cosa era aterradora». Una enorme bola con algunos millones de diminutos seres que reían, se suicidaban o bailaban o lloraban sin saber adonde iban. Pero Nazaria evitaba aquellas reflexiones deprimentes y pensaba en N. B., el minervista amante de la Galatea. Le habría gustado conocerlo. Sin mala voluntad, eso no. No le guardaba rencor.

Ya en la nueva casa se afanaba Nazaria sobrealimentando a Manuel y obligándolo a descansar. Le compró una silla extensible de lona y bejuco y allí, con una manta debajo y otra encima, estaba Manuel bastante cómodo y después de comer se adormecía soñando con una mujer rubia de hermosa cabellera ondulada. El primer día que usó la silla extensible dijo por la noche con la exageración del que trata de expresar su gratitud:

—Este ha sido el día más feliz de mi vida.

Eso decepcionó a Nazaria. Para ella el día más feliz había sido cuando hizo el amor por vez primera con él. Pero no dijo nada. Entretanto pensaba Manuel: «El día más desgraciado de ella será el día que me entierren y los vecinos vayan dándole la mano y diciéndole *le acompaño en el sentimiento*», frase difícil de decir porque era obviamente falsa y no la creía el que la decía ni el que la escuchaba.

Compró Nazaria para Manuel, también, una lámpara portable y una especie de atril que le permitía leer acostado, sin tener que usar las manos para sostener el libro ni el periódico, aunque sí para pasar las hojas. Manuel la gratificaba con una sonrisa en la que había algo que a ella le parecía inefable. «Qué raro —pensaba— que un hombre a pesar de ser tan bueno como Manuel no crea en Dios».

Pero no era que Manuel no creyera en Dios sino que Dios —si lo había— parecía no creer en él. Y si no había Dios era inútil creer. En los dos casos la vida era como un abismo en el que iba hundiéndose lentamente Manuel con sus escépticas bondades.

En cuanto a la imprenta, Manuel no se había hecho nunca ilusiones, pero Nazaria, sí.

Parecía Manuel más enfermo que en Zaragoza y ella veía a veces (sin que él supiera que le estaba mirando) sus ojos apagados y su expresión de amargura con las manos colgantes a los lados de la silla extensible. Eso la descorazonaba. Si además de compadecerlo a él llegaba a compadecerse a sí misma, entonces lloraba a solas.

Ya no buscaba accionistas, Nazaria. Iba y venía, en cambio, buscando alumnos.

Debía tener un cuidado extremo con su peluca porque, cuando se le desnivelaba, la gente la miraba de un modo distinto y no se abandonaba a la confianza. No debía andar sin sombrero y llevaba uno de paja negra con fruta de caucho coloreado enfrente y una borlita sobre la oreja. Lo malo era que el sombrero descansaba sobre la peluca y que los dos (peluca y sombrero) no siempre estaban de acuerdo con los deseos de la maestra. A veces, cuando volvía a casa traía el sombrero de través y una parte de la calva visible sobre la oreja. Al darse cuenta Manuel se sentía más frustrado y fracasado en la vida.

El barrio donde vivían era bastante pobre, pero entre sus vecinos había también niños que no iban a la escuela municipal porque no podían valerse por sí mismos. Entonces aquellos niños necesitaban ser atendidos y allí estaba ella como un hada. No era su aspecto el de un hada, sobre todo cuando se impacientaba recordando que la escuela no sería un lugar para impartir la cultura, sino solamente para alejar de sus casas a algunos niños incómodos. Pero acababa por sonreír. Aquella sonrisa siempre suscitaba otra en Manuel.

Igual que Manuel —y en la antesala de la comandancia de milicias— pensaba en esta esfera que gira y corre hacia lugares ignorados por razones ignoradas también. Y nosotros con ella. Nosotros, hechos como la esfera de algo como tierra y algo como agua. Y unas veces llorando y otras veces cantando.

La vida de los dos seguía siendo precaria.

Lástima, porque él y ella se entendían. Rodando por los espacios con Dios o sin Dios.

Sabía Manuel que abandonado a sí mismo no podía vivir mucho tiempo y estaba cada día más agradecido. Tenía momentos de deseo masculino en los cuales se sentía saludable y se decía: «Soy normal, hago el amor igual que un atleta o un millonario aunque no sea lo uno ni lo otro». Si bebía un poco de vino la ilusión era casi perfecta. Nazaria sabía apreciar sus asiduidades como cualquier mujer en su caso. Y los dos eran felices porque nada hay mejor en la vida que sentirse deseado. Lo mismo en los hombres que en las mujeres.

En aquella modesta casa al final de Hilarión Eslava, junto a unos montones de grava y arena que habían depositado los obreros municipales para pavimentar un día la calle, lo único que pretendía Manuel era un poco de reposo cerca de una ventana abierta por la cual entraban lejanos ladridos de perros y campanas de iglesia o bocinas de automóvil. En cuanto a la escuela, Nazaria tenía ya tres alumnos.

En la planta baja había un local amplio y desguarnecido, para los días demasiado fríos o lluviosos. Y había también un corralito al lado con tapias de adobe y un portal rústico para los días que hiciera bueno. En la pared del local alguien había escrito algunos grafitos sucios y dibujado un falo enorme. Ella los raspó laboriosamente con un cuchillo. Entretanto se preguntaba sin poderlo evitar: «¿Es posible que haya falos tan grandes?». Tenía ya tres alumnos y la perspectiva de otros. El más viejo, de siete años. Tardaba Nazaria en hallar alumnos, porque la vecina que le ayudó a encontrar

los primeros había hablado sin mala intención de la calvicie de la maestra y los padres de los alumnos pensaban en la sífilis nada menos. Logró Nazaria convencerlos de que había sido causada por unas fiebres que padeció veinte años antes. Oyéndola hablar recordaba Manuel que en otra ocasión y en Zaragoza le había dicho Nazaria que el pelo lo perdió dos años antes. Ahora decía veinte. Aquellas mentiras debían tener una motivación coqueta que él respetaba y que no acababa de entender.

A pesar de todo llegaron más alumnos. Cuando tuvo dieciséis se consideraron salvados, porque con treinta y dos duros podían vivir ella y Manuel. Como les quedaba algo de la liquidación del taller de Zaragoza, vivían con cierta confianza en el mañana.

El clima de Madrid parecía que ahora le iba bien a él y estuvo Manuel algunas semanas animado. Llegó a pensar que podía hacer la vida ordinaria. Logró convencer a Nazaria y ella le encontró empleo en una imprenta de cierta importancia. Un empleo modesto, para comenzar. Sólo tenía que sacar las pruebas, es decir, entintar unas galeradas y ponerles encima una hoja de papel que se imprimía con una prensa pequeña movida a mano.

Como había muchas pruebas que sacar, el nuevo empleado trabajaba bastante y a veces se fatigaba.

Pronto vieron en la imprenta que aquel hombre podía hacer algo más y que era un verdadero tipógrafo. Entonces le encargaron la composición y confección de anuncios, esquelas mortuorias y otras cosas que no suelen hacerse en las linotipias.

Cuando le hacía elogios el regente, Manuel se encogía de hombros inclinando la cabeza a un lado y en aquella indiferencia se veía su escepticismo de enfermo. Pero le gustaba la atmósfera del taller. El olor a tinta y a papel fresco le recordaba una juventud que, si no fue muy feliz, al menos estuvo iluminada por algunas ilusiones.

Los tipógrafos lo trataban bien, de un modo afable e impersonal. Esa era la señal de la gente civilizada, la capacidad de tratar a los otros de un modo impersonal y afable.

No se hacía ilusiones, Manuel, porque los otros veían que estaba enfermo. Aunque, bien considerado, la enfermedad es un estado merecedor, un estado de gracia había dicho un escritor (no recordaba quién, pero él había corregido las pruebas). Un estado de gracia que él conocía muy bien.

Le gustaba la compasión bondadosa y atenta de Nazaria y el respeto de sus compañeros, aunque uno de ellos, el delegado sindical, le había reprochado lo que él llamaba sus ideas reaccionarias, cuando le dio el carnet.

El regente le dijo que si llegaba el caso de componer algún libro de versos se lo encargaría a él porque los poetas prefieren la composición a mano. También las obras de bibliófilo —las más delicadas, al menos— se hacían a mano y no en linotipia.

Fue entonces cuando Nazaria reveló a su amigo que era poetisa. Bueno, había escrito algunas docenas de páginas en verso. Quiso Manuel conocer sus poemas y los encontró excelentes.

Entretanto llegaron nuevos alumnos y tenían ya veinte. Había entre ellos dos niñas gemelas que parecían del todo normales. Eran el orgullo de Nazaria y le ayudaban a vigilar a los otros. Además, a aquellas niñas iban a llevarlas y a buscarlas en automóvil.

Comenzaba ella a sentirse feliz y segura y cuando volvía Manuel del taller hablaban, felices, y presentían un futuro mejor. Ella tenía la satisfacción de sí misma que suelen tener los poetas sin sentido crítico y sin talento. (En general podría decirse que no hay gente más feliz que ellos).

Una noche, cuando estaban solos, se pusieron a leer otra vez los poemas entre los que había de todo. El título no era muy original: «Flores y abrojos». No faltaban las canciones de boda, es decir, lo que ella llamaba *epitalamios*, a la manera griega. En ellos ponía la autora el mayor énfasis. En uno de ellos, al ser copiado a máquina, había hecho un error y allí donde debía decir la *blanca luna* decía la *blanda luna*. Estuvieron discutiendo si aquel error mejoraba o no el texto original y cuando lo aceptaron se quedó la poetisa llena de perplejidad. *Blanda* era mejor que *blanca* y no sabían por qué. El azar. ¡Quién iba a pensarlo!

Él comentaba:

—Eres puro sentimiento, Nazaria.

Sonreía ella pensando en la *blanda luna*. Por entonces, con tantos alumnos se sentía verdaderamente profesora y algunos días daba pequeñas conferencias a sus veinte alumnos: «El universo que habitamos —les decía— fue hecho por Dios para permitirnos a nosotros, miserables criaturas, honrarlo a Él y glorificarlo con nuestras virtudes. Grande fue el séptimo día de la creación, cuando el Señor descansó después de haber organizado todas las maravillas que nos rodean y que producen el encanto y la complacencia de nuestras almas inmortales».

Eso de la *complacencia* lo dijo alzando la voz para que la oyera desde su cuarto Manuel, que estaba vistiéndose para ir a la imprenta.

En casos como aquel la conferenciante solía ser interrumpida por algún niño que se caía del orinal donde estaba sentado.

Una de las personas que más les habían ayudado era la señora Eva (su nombre completo, Evarista). Tenía una tienda donde vendía escobas, estropajos para el fregadero, serrín para los días de lluvia y loza de baja calidad. Ya entrada en años, aquella mujer conocía a todo el barrio y tenía la suavidad de maneras del que quiere estar a bien con sus posibles clientes. Sentía Eva simpatía por aquella maestra pobre y pulcra que se conducía con humildad y le había ofrecido acciones liberadas de la imprenta si llegaba a organizarse.

Cuando Nazaria le dijo a la señora Eva que tenía peluca falsa y que su marido estaba un poco tuberculoso, pero que el amor que se tenían iluminaba sus existencias, la vecina que vendía escobas y serrín se sintió más obligada a la amistad.

Y pensándolo —recordando a la señora Eva— se veía Nazaria a sí misma en el enorme espejo de la antesala y seguía oyendo dentro la voz del comandante de

milicias, aunque sólo llegaban a ella algunas vibraciones sonoras (masas de sonido) y no las palabras articuladas. Era la voz de un hombre sano. «Me gustaría que Manuel hubiera tenido esa voz».

Viéndose en el espejo (y no podía evitarlo porque lo tenía enfrente) se decía: «Todo lo que soy se lo debo a Manuel». No lo que era en relación con la sociedad (en eso Nazaria no era gran cosa), sino lo que era dentro de sí misma. La fortaleza y la fe que tenía en sí misma se la había dado Manuel con su amor y también con el agrado con que había escuchado sus poemas.

Un día, sintiéndose mejor Manuel de su enfermedad, pidió permiso al regente para ir los sábados por la tarde y los domingos a componer tipográficamente los versos de Nazaria. A veces se quedaba todo el domingo hasta caer la tarde. Lo que más le gustaba a Nazaria era que, antes de salir del taller, Manuel sacara las pruebas de lo que había compuesto. Y volvía a su morada Manuel con varias hojitas todavía húmedas y en ellas los versos impresos.

El patrón le gruñía a Manuel si dejaba entintados los tipos (sin lavarlos) demasiado tiempo. Pero él sólo lo hacía cuando, extenuado por el trabajo, no le quedaban fuerzas para pasar por encima de las galeradas el cepillo con aguarrás.

El salario que cobraba era algo más que el de un aprendiz, y aunque los obreros del taller tenían establecido en su sindicato un salario mínimo, cuando oyeron que el regente de la imprenta prefería echarlo antes que darle aquel salario, olvidaron la cosa. Comprendían que el enfermo no daba mucho rendimiento. Y que debía cuidarse. La atmósfera del taller le era nociva.

En fin, Manuel tuvo que dejar el empleo. No le dijo a Nazaria que era una determinación «para siempre». Se habría sentido ella demasiado defraudada pensando en sus poemas.

En cambio, Nazaria tenía razones para sentirse profesionalmente optimista. Aunque todo tenía su pro y su contra. Una de las cosas que a ella le molestaban, pero le daba cierto orgullo, era que los niños, con cualquier pretexto, querían besarla y abrazarla.

La llamaban doña Nazaria (a veces doña *Nasa* y doña *Nasita*), pero sin dejar de tutearla, lo que tenía cierta gracia. Creía ella que debían mantener el tratamiento como prueba de respeto y de disciplina.

Había puesto un crucifijo en el salón de abajo, que era un local vacío y sin muebles. Viendo aquellas devociones de su mujer, Manuel sonreía escéptico, pero bondadoso. «La fe es sagrada, cualquier clase de fe», solía decir. El escepticismo de Manuel lo creía ella consecuencia de su profesión, porque había andado toda su vida con papeles impresos, relacionados con el libre pensamiento.

II. Las niñas desaparecidas

En general, los chicos eran de trato desagradable. Pero Nazaria llegó a quererlos. Cuando le mojaban la cara con saliva y la falda con líquido renal se sentía deprimida. Otras veces le tiraban del cabello y descubrían su cabeza calva.

Cuando veían cosas nuevas los chicos reaccionaban con violencia. Una mañana, mientras Nazaria estaba preparando el desayuno para Manuel, oyó alboroto en el corral y se asomó al balcón. Vio cerca de la tapia de adobe dos perros acoplados en trance fecundador. Los chicos les tiraban piedras y, sin separarse, los perros se alejaban y era cómico verlos caminar como un solo animal de dos cabezas y ocho patas.

—Los perros juegan al camioncito —reía una niña. Bajó Nazaria corriendo, hizo entrar a los chicos en la sala baja, atrancó la puerta del corral y se llevó consigo a las dos niñas gemelas. Fue aquel un gran sobresalto, y cuando se lo dijo a Manuel, él rió, divertido, y le respondió:

—Eso no tiene importancia, mujer.

Sabiendo que la sobrealimentación ayudaba a Manuel le daba dos desayunos: uno a las ocho y otro a las once, y esperaba así que estuviera pronto en condiciones de volver al taller y seguir componiendo sus versos. Todavía no se atrevía Manuel a decirle que había perdido el empleo.

Los domingos se vestían los dos lo mejor posible e iban a misa. Por el camino, Manuel respiraba con dificultad, y pensaba si valía o no la pena asistir al ritual. Lo hacía por ella. La amaba, aunque la verdad es que había soñado toda su vida con un tipo de mujer dotada de una gran cabellera.

Los niños un poco crecidos, es decir, entre los siete y los nueve años, buscaban a las niñas. Ellas también comenzaban a sentir un erotismo larvado.

La primera vez que ella tuvo la evidencia creyó que el diablo se había enseñoreado de la escuela. Sucedió que, habiendo dejado solos a los chicos para atender a Manuel, cuando volvió encontró a tres parejas de niños y niñas medio desnudos y tendidos en el suelo. Nazaria se puso pálida:

—¿Qué hacéis, santa Virgen?

Una niña respondió:

—Jugamos al camioncito.

Dos de los niños estaban con el pantalón abrochado y ellas, con las bragas quitadas, mostraban el trasero. La otra pareja había ido un poco más lejos y, aunque ignoraban la mecánica del amor, por oscuro instinto él se había bajado el pantalón y mostraba sus genitales. La niña decía, entre extrañada y ofendida:

—Yo no tengo eso. ¿Por qué?

Llegó la maestra a la conclusión de que el demonio andaba en aquello. Manuel,

sin embargo, no lo tomaba en serio.

Tuvo Nazaria que extremar su vigilancia con las dos niñas gemelas, que eran casi normales (tal vez normales del todo), y a quienes llevaban e iban a buscar en coche. Se llamaban Marta y María, pero no tenían las diferencias de personalidad que se les atribuyen en los Evangelios. Eran iguales y las vestían exactamente lo mismo. Para distinguirlas, Nazaria le ponía a Marta un lacito en el brazo.

Los otros chicos las diferenciaban muy bien, con lazo o sin lazo, aunque fueran algunos medio tontos.

Viendo que seguían obstinados en sus juegos sexuales, Nazaria recurrió a un sacerdote de la parroquia (un humilde coadjutor), que acudió a bendecir la escuela. Ella quería no sólo que la bendijera, sino que la exorcizara, pero para eso necesitaba el cura un permiso especial y debía justificarlo contando lo que sucedía. Nazaria, por miedo una vez más al escándalo y a perder la clientela, se calló.

El exorcismo quedó, pues, en simple bendición, y para eso aprovecharon el domingo de Ramos. Cada niño fue a su casa con una pequeña ramita de olivo bendecida. Algunos con una hoja de palma.

Le preguntaban los chicos a Nazaria cosas raras, y a veces tenían miedos súbitos al oír una sirena lejana de ambulancia o al ver su propia sombra proyectada sobre el muro. Entonces acudían a refugiarse en las faldas de Nazaria, y ella no sabía qué hacer.

La pequeña María decía a la maestra:

—La noche se junta con el día, doña Nasa. Se juntan en el parque, por la mañanita. Pero ¿por qué no se juntan también al mediodía, doña Nasita?

No sabía Nazaria qué responder, y Manuel le decía el viejo proverbio: «Un tonto puede preguntar más cosas de las que un sabio puede responder». Protestaba Nazaria diciendo que María no era tonta. Ni ella ni Marta. Le costaba trabajo aceptar que lo fueran aquellas niñas a quienes iban a buscar cada día en automóvil.

Los niños no jugaban tanto al camioncito porque Nazaria les dijo que cuando lo hacían el ángel de la guarda lloraba.

Pasaban en la vecindad Nazaria y Manuel por marido y mujer, y eso le hacía sentirse a ella culpable. No se atrevía a comulgar porque habría tenido que confesarse y revelar su secreto. Y todo aquello la mantenía en pecado. La Pascua se acercaba y el no cumplir con la parroquia era algo que no podía imaginar.

Por fin, un día fue al confesionario y lo dijo todo. El cura la advirtió que no podría absolverla si no hacía propósito definitivo de enmienda y se casaba con su amigo cuanto antes. Ella lo prometió. También le aseguró al cura que no tendría trato íntimo con su hombre hasta que se casaran, y le habló de eso a Manuel. Entonces se pusieron a preparar la boda.

Tardaron bastante en tener los papeles reunidos. Habría querido ella una boda con música, invitados vestidos de gala y fotografías que hicieran con sus cámaras testimonios memorables.

Por consejo de Manuel decidió no invitar a nadie. Como testigo iría la señora Eva, quien a su vez llevaría tres más. Evarista blasfemaba y escupía por el colmillo, pero se conducía bien con todo el mundo y, aunque sabía qué clase de chicos acudían a la escuela, se hacía la tonta para no ofender a Nazaria cuando ésta le hablaba de las grandezas de la pedagogía.

Había pensado Nazaria en ir a la boda con traje blanco, pero a su edad creía Manuel que no era procedente.

También había pensado en alquilar para Manuel un chaqué negro trencillado de seda. Costaba caro y renunciaron. Así, pues, enviaron al quitamanchas una chaqueta oscura y ella remendó un vestido de la señora Evarista, que iba a ser la madrina, y que hacía con aquel obsequio el regalo de boda.

Cuando ella le dijo a él que iría *vestida de viaje*, él entendió *de vieja*. Era un poco sordo. Sonrió infantilmente y se ruborizó al explicarle ella el malentendido. Quería invitar Nazaria a los hermanos de Manuel, pero él estaba seguro de que no irían.

—Los parientes son nuestros peores enemigos —decía. Nazaria no se abandonaba a aquellos pesimismo:

—Si tuvieras razón, querido, la vida sería horrible.

—No es horrible ni es hermosa. Es la vida.

Y volvía a su mutismo acostumbrado, pensando que Nazaria no había tenido hermanos y carecía, por lo tanto, de experiencia en aquella materia.

Todos los días eran nuevos para ella. Todos nacían ya marchitos para él. Tenía Manuel una clarividencia de hombre marcado por la muerte: «En el fondo, ella odia mi enfermedad como mujer sana que es. ¿A quién le puede gustar vivir con un enfermo contagioso y casi inútil? En el fondo, yo también odio su calvicie. Ser grotesco es todavía peor que ser enfermo, porque la enfermedad puede suscitar miedo —algo es algo— y lo grotesco sólo suscita risa y desdén». Pero a la hora de hablar, Manuel decía otras cosas:

—Me casaré cuando quieras. Sin embargo, casarse por la Iglesia es como si uno creyera en el matrimonio.

—¿Pero crees en el amor?

—Bueno —decía él, dudando—. Creo en ti, Nazaria. Ella sonreía como las novias románticas del pasado que aparecen en las tarjetas postales.

La boda se celebró casi en secreto para no escandalizar a las familias del barrio, que los consideraban ya casados. Primero firmaron el acta en la sacristía y después pasaron a la iglesia, y el cura con roquete y estola los hizo ponerse juntos en el orden adecuado y les preguntó si llevaban los anillos. Él los sacó con una prisa un poco excesiva.

Recitó el cura la epístola de san Pablo, en latín, y preguntó en castellano, leyendo los nombres de cada cual, si se querían por esposos. Los dos dijeron que sí. En el altar barroco había relieves pintados con purpurina y una cariátide que sostenía una columna parecía reírse de todo aquello. Manuel la miraba, alucinado. Quería volver a

su casa cuanto antes y acostarse en la silla de lona con su lámpara en un lado y su atril delante. Leyendo algunos de los libros que imprimió su padre. Cualquiera de ellos menos *La Galatea*, cuyo autor no recordaba. No era la de Cervantes.

La iglesia estaba desierta y la señora Eva y los testigos se habían distribuido simétricamente a los dos lados de los contrayentes. Nazaria llevaba un ramo de flores y había puesto en una bandeja catorce pesetas en plata.

El sacristán olía ligeramente a aguardiente y trataba de adivinar y calcular la propina.

Manuel tenía ganas de toser y se aguantaba con dificultad. Le cosquilleaba una pluma en los bronquios (en la parte alta) y no podía aguantarse. Sabía que si pensaba en cosas agradables aquel roce de la pluma en la garganta se atenuaba y a veces desaparecía, y se le ocurrió pensar en un Dios que los miraba sonriente, desde el cielo. Él amaba a Nazaria, verdaderamente, aunque fuera calva.

Fuera de aquella mirada de Dios, nada importaba nada, ni siquiera su enfermedad. Entonces el roce de la pluma cesó. Pero poco después volvió a sentirlo y pensó que todas las cosas tenían un sentido vagamente siniestro, incluido el matrimonio, y que estaban premeditadas por un destino adverso que quería destruirlos a los dos. Rompió a toser. La cosa fue triste, porque tuvo que retroceder —estaban todos en el presbiterio— y sentarse en el primer banco. El cura se quedó mirando a Manuel con aquella expresión que él conocía tan bien: el entrecejo un poco fruncido y los ojos entre fríos y avizores. Era una expresión un poco ofensiva e hiriente.

Muy parecida a la de las personas que miraban a Nazaria y sabían que tenía la cabeza calva.

La propina que dio Manuel al sacristán fue muy modesta, y cuando Nazaria fue a poner el ramo de flores en el ara del altar mayor, se apresuró el sacristán a interponerse, diciendo: «Lo siento, pero las mujeres *no están permitidas* de poner sus manos en el altar». Nazaria retrocedió, un poco asustada.

Al salir de la iglesia la señora Eva tuvo bastante humor para decir: «¡Vivan los novios!». En aquel momento, Manuel sintió contra aquella mujer un odio agresivo, de cuya violencia él mismo se extrañó.

Luego invitaron a Eva y a sus amigos a comer, pero nadie aceptó, pensando, tal vez, en la enfermedad del novio, quien caminaba con aire ausente.

Había en la casa tres o cuatro niños, aunque era día festivo. Los padres solían aprovechar cualquier pretexto para librarse de su presencia, y allí estaban vigilados por una sobrina de Eva, que adoraba a Marta y a María, las niñas gemelas. Manuel se alegraba de que estuvieran aquellos chicos, porque con ellos se demoraba el momento de las efusiones sentimentales de su esposa. Porque sin duda ella esperaba aquellas efusiones.

La manera clásica de celebrar aquel acontecimiento era preparar una comida fuera de lo ordinario, y para eso Nazaria había comprado un pollo vivo, que pensaba guisar con tomate a la chilindrón. Así decía, yendo y viniendo, atareada. Manuel no sabía lo

que quería decir aquello de la *chilindrón*.

Comerían cuando los chicos se hubieran ido a sus casas, lo que sería hacia las cinco de la tarde. A las cuatro, ella cogió el pollo, salió al corral y en el tajo donde solía cortar las astillas para el fogón, y con la misma hacha, le cortó al pollo la cabeza, de un golpe.

Contra lo que ella y los niños esperaban, el pollo, sin cabeza, salió corriendo y echando sangre por el cuello hasta tropezar con el muro de adobe, a cuyo pie quedó caído como un harapo.

Los chicos reían.

Ella fue a buscarlo, impresionada por aquel espectáculo insólito, y llevó el pollo a la cocina, donde comenzó a desplumarlo con aire ausente y pensativo. No quiso contarle el incidente a Manuel.

Acabada de cocinar la comida, Nazaria desapareció, y poco después se presentó vestida con un traje de novia bordado en sedas blancas sobre raso blanco. Era el traje de boda de su abuela, que tenía una cola de metro y medio y un corpiño ajustado. Llevaba Nazaria, además, un ramo de flores de trapo en las manos. Y avanzaba despacio y gravemente. Manuel pensó: «De veras, su familia debió tener importancia en otros tiempos».

Pero el vestido se deshilachaba por los codos y las caderas. La primera impresión de Manuel fue desagradable. Le pareció una mujer resucitada y lejana. Sin embargo, a ella la veía tan ingenuamente satisfecha que no tuvo más remedio que levantarse y ofrecerle el brazo. Entonces se acercaron a la mesa lentamente. Sólo faltaba la música con el himno nupcial, y Nazaria parecía del todo feliz.

Se sentaron. Las manos de Nazaria no eran precisamente manos liliales, como se decía entonces. Estaban acostumbradas a fregar platos con jabones y lejías. Pero en aquel momento llevaba guantes hasta el codo. Comieron bien. La excitación del día había fatigado al marido, quien se acostó tosiendo y escupiendo sangre. Ella, para consolarlo, le decía que no era sangre, sino la salsa de tomate que había comido con el pollo. Y hablando así iba y venía con el vestido de boda de su abuela, cuyas sedas crujían a cada paso con un frufú sugestivo de las galanterías de otros tiempos.

En los días siguientes, los niños de la escuela se dedicaban a jugar en el corral imitando al pollo que corría ciego y sin cabeza y tropezando contra el muro de adobe. Ella, al darse cuenta, corrió a esconder el hacha, porque los chicos habrían sido capaces de repetir la escena del pollo con hacha y con sangre.

La maestra no había conseguido desarraigar de los niños totalmente la costumbre de jugar al camioncito, eso no. Pero ella había ido escandalizándose un poco menos cada día.

Los más pequeños se pasaban la mañana sentados en el orinal. Algunos se levantaban, y como sus delicados traseros hacían succión, llevaban la bacinilla pegada, y con ella caminaban hasta que la maestra intervenía para quitárselas.

La comida del mediodía la costeaban las familias de los alumnos, y aunque la

maestra administraba bien el dinero o los pocos víveres que le daban y hacía un caldero de sopa con carne y huesos de jamón, la verdad era que las familias sospechaban que ella sacaba algún provecho.

Dos instintos predominaban entre los chicos: el de propiedad —su orinal y su plato— y el de afirmación de presencia por medio de la comida. Cada cual quería comer más que los otros y a veces lo hacían para presumir y pagaban el alarde con una indigestión.

Era Nazaria de una honestidad cuidadosa. Suele suceder que cuando una persona tiene una desventaja en su naturaleza física se va haciendo cínica sin darse cuenta, pero con la maestra y su esposo la reacción era contraria. La tuberculosis de él y la calvicie de ella les hacían buscar la sombra de una tradición de bondad en la que había, o creían ellos que había, algo del regazo maternal. Y en ella se instalaban.

Los chicos parecía que se habían dado cuenta de la boda (eso imaginaba ella) y trataban a la maestra con más miramientos. En cuanto a ella, una vez casada se sentía más decente. Es natural. Institucionalizaba su amor.

A veces un muchacho que se llamaba Pepito le hacía preguntas un poco raras:

—¿Dónde está el año pasado?

Ella no sabía qué responder. Un día le contestó otro chico:

—El año pasado yo lo he visto. Corría por los montes y lo seguían tres perros ladrando: «¡Au, au, au!».

Otro decía los nombres de los perros: *Napoleón*, *Trotsky* y *Adán*. Éste era amarillo con pintas.

A veces ella se sentía docta y trataba de decirles que el tiempo era la cuarta dimensión, pero de pronto se detenía en medio de las explicaciones, porque había perdido el hilo.

La imaginación de los chicos mayores se conducía de tal forma que a veces la maestra se asustaba. Por ejemplo, había explicado Nazaria un día la vida de las abejas, como suelen hacer en todas las escuelas. Y de pronto, al oír una sirena lejana de fábrica o la ambulancia de un hospital, un chico decía que la abeja reina iba por el aire buscando lugar para ejambrar. Así decía el chico: *enjambrar*. Porque ella había repetido esa palabra dos o tres veces y al chico le gustaba: *enjambrar*. Con ese motivo daba grandes voces y contagiaba a los otros, que gritaban, también.

Una de las cosas que llamaban la atención de todos era la vista de un tranvía. Cuando no jugaban al camioncito (que estaba prohibido), jugaban a los tranvías. Correteaban, y en los ángulos del corral, cuando no podían ir más lejos, hacían sonar la campana tirando con la mano de una correa invisible, por encima de sus cabezas, e imitando el sonido con la boca.

Luego, en la noche, cuando se habían ido los chicos, (llegaban algunas personas de sus familias a buscarlos), ella volvía a reunirse con su esposo y le contaba los sucesos notables del día. Entonces, él le aconsejaba que tomara con más calma su trabajo.

Así fue transcurriendo el primer año en Madrid. El estado de salud de Manuel no mejoraba.

Uno de los pupilos de Nazaria, que no tendría más de seis años, le pedía por favor a la maestra que se quitara la peluca y, cuando ella lo hacía, el chico la miraba en éxtasis y exclamaba:

—¡Qué hermosa eres así, doña Nasa!

Ella miraba alrededor, un poco avergonzada, y se cubría otra vez.

Acordarse de todo aquello desde la antesala de la comandancia de milicias era un alivio agri dulce en los días, tan ásperos, de la guerra. Un alivio falso, que le ayudaba, sin embargo, a reintegrarse en sí misma.

La antesala donde esperaba tenía una ventana que daba al este. Aunque eran las primeras horas de la tarde, la luz iba ya disminuyendo, y Nazaria observaba que, a medida que las sombras crecían, los cuadros parecían ir adquiriendo luz propia.

En el más próximo —frente a ella— había una muchacha con un ramo de azucenas. «Esta niña debió ser el amor primero de alguien», pensó bobamente. El amor primero del pintor o del hombre que le encargó el cuadro. Una obra de *retratista en corte*, como llamaban a aquellos pintores. Lo firmaba un nombre que ella ignoraba: Mezquita. «Yo también fui el primer amor de Manuel», se decía Nazaria.

Contaba las azucenas del ramo: seis. Podía contarlas fácilmente, porque había seis peciolos amarillos, uno en el centro de cada azucena. «Yo también llevé mi ramo de flores en la iglesia el día de la boda. No eran azucenas, porque a mi edad se habría visto ridículo, ya que la azucena es el símbolo de la virginidad».

La niña del retrato era muy distinta de las gemelas que Nazaria tenía en su escuela, aunque en los ojos de las tres se veía aquella luz del rocío de la aurora de la que hablaba David.

Oyendo al comandante en la sala de al lado, Nazaria se preguntaba: «Cuando pase a su oficina, ¿qué le diré? ¿Le hablaré de las cosas anteriores a la guerra, por ejemplo, de N. B.? ¿O del padre del comandante fusilado en Salamanca (se enteró hacía poco), o del lío de la embajada de Siam, que es cosa de veras increíble?». Habría también otros temas. De la embajada de Siam había que hablar con cuidado para no ser una delatora.

Al lado del cuadro al óleo, que representaba una niña con azucenas, había otro de una dama ya madura. Los colores eran parecidos. Había también en la falda de la señora un ramo, no de azucenas, sino de crisantemos otoñales. La señora se parecía a la niña. Quizás era su madre. Tenía un vestido azul con escote bajo. Se veían esas curvas sugestivas donde se inicia la llamada a la voluptuosidad. Viendo aquellas curvas los hombres se desperezaban.

El desperezo de los hombres que ven senos turgentes es una discreta exhibición muscular. Es como decir: «Tú estás ahí, mujer, y yo estoy aquí, hombre». Manuel se había desperezado algunas veces, viéndola a ella semidesnuda.

Sentía Nazaria estas impresiones sin llegar a formulárselas, porque no podía traducirlas en palabras en aquel lugar y momento, pero seguía mirando y no perdía detalle de todo lo que había en la antesala.

Cerca del techo aparecía otro cuadro, que se podía llamar emblemático. Era como una apelación a la grandeza histórica. Un águila con corona. Una especie de ave fénix que renacía de sus cenizas. El ave de los imperios modernos no era el águila, sino la mosca. La mosca de los muertos abandonados en los campos de batalla o en las fosas de los fusilamientos. Nadie creía ya en las águilas como emblemas gloriosos. Eso le había dicho Manuel un día.

Sin embargo, Nazaria sabía muy bien que una mosca no es un ave. Una mosca es un insecto con tres pares de patas. Las aves sólo tenían un par. Y había una gran diferencia entre las patas de las moscas y las de los vertebrados. Por ejemplo, las de un elefante se llamaban también patas. Las de las moscas debían llamarse de otra manera. Por ejemplo, *filamentos motores*.

La mosca como ave nacional (era una sugestión de Manuel antes aun de la guerra civil y de la segunda Guerra Mundial) parecía una idea del todo descabellada. ¿Qué nación se atrevería a poner en su escudo oficial una mosca? Y, sin embargo, los mantos de armiño de los emperadores eran de *armiño mosqueado*. Así se llamaban porque llevaban unas manchas negras para resaltar más la blancura del manto: mosqueado. La mosca podía, pues, entrar en la alta heráldica de los emperadores, y de hecho había entrado.

No sabía Nazaria que las moscas de los emperadores (las del manto) no eran moscas, sino abejas. La abeja es noble. Es, desde mucho antes de *La Eneida* de Virgilio, un símbolo de la eternidad. Abejas. La abeja y la hormiga son los dos insectos nobles. Pero la mosca y el escarabajo no lo serían nunca, aunque a este último los egipcios lo divinizaron.

Por otra parte, convertir la mosca en emblema monárquico le parecía a Nazaria irrespetuoso, y más cuando veía la atención que prestaban los chicos atrasados mentales a las moscas. Algunos estaban fascinados y todos habían desarrollado aptitudes y habilidades para cazarlas y lo hacían muy bien.

No se atrevía Nazaria a detenerse demasiado en aquellas reflexiones, porque sentía algo extraño y deprimente, como si se diera cuenta de pronto de que los chicos tenían influencia en ella.

Los tiempos habían cambiado desde entonces.

Habían fusilado a millares de personas en los muros de los cementerios españoles y las moscas, al olor de la sangre, se multiplicaban alegremente.

No podía concentrarse Nazaria en sus recuerdos porque los cuadros que tenía delante la alucinaban. Las dos mujeres estaban mirándola a ella, y la niña de las azucenas parecía decirle: «Este era un palacio de gente rica y bien pensante, pero ahora es una morada para los desharrapados». La descotada señora de al lado decía simplemente: «Mi marido ha logrado escapar a Francia».

Los senos de aquella dama patricia —porque era lo que Nazaria llamaba una gran señora— parecían mucho más turgentes que los de ella, aunque con frecuencia —volvía Nazaria a pensar— se había desperezado Manuel viendo los senos suyos. Con eso no quería decir nada.

Se veía otra vez en el patizuelo de su casa, al final de la calle de Hilarión Eslava. En aquellos días una familia pidió a Nazaria que tuviera en su hogar un par de semanas a un niño de cinco años, gordo, fuerte y sucio.

Un angelito de esos que no debieran haber nacido porque fueron engendrados sin amor y nacieron en medio del displacer de todo el mundo, incluidas esas abuelitas que suelen recibir con alegría de Pascua a todo bebé que viene al mundo.

Se dio cuenta Nazaria de que a aquel chico le tenían miedo en su casa y no podía imaginar por qué.

El tiempo que el niño estuvo en casa de Nazaria ella trató de averiguar cuáles eran las cualidades que lo hacían temible, sin conseguirlo. Preguntaba a Manuel y él se encogía de hombros:

—No hace falta ninguna cualidad especial para que un ser humano sea temible.

Lo llamaban el Nene, por antonomasia. Los otros también lo eran, pero éste, a pesar de sus cinco años, no hablaba todavía. Lo más raro es que tenía el cráneo que correspondía a un hombre maduro y albino, o al menos lo parecía, según como viniera la luz.

Aquel chico despreciaba al tipógrafo Manuel, tal vez por verlo siempre acostado, y miraba a la maestra con evidentes reservas mentales. Un día la llamó puta. Sin embargo, el chico no sabía lo que estaba diciendo. Era atrasado en el habla como en otras cosas. Tampoco podía bastarse a sí mismo, todavía, en el retrete.

Hablaba como tratan de hablar los niños de diez a doce meses. A esa edad todos llaman alguna vez *puta* a su madre como recuerda el autor de la *Celestina*. Jugando con su garganta y sus labios emiten aire y modulan sonidos al azar. Los sonidos que se forman más frecuentemente son los que corresponden a esa palabra.

Contenía la risa, Manuel, y advertía a su mujer:

—No sabe lo que dice. Es un bendito. Si tuviera razón el niño y tú fueras lo que él dice, sería intolerable escucharlo.

Tal vez era aquello lo que sucedía precisamente en su casa, pensaba Nazaria. Y era grotesco y terrible.

Cuando ella se quejaba de la crudeza de la vida, le decía Manuel:

—Quizás en una vida anterior contrajimos responsabilidades y estamos pagándolo ahora, querida.

Los dos contaban los días que faltaban para que se llevaran al chico que llamaba puta a Nazaria. Por cierto que tardaron dos semanas más de lo acordado, dos larguísimas semanas.

Ella sugirió a los padres alguna clase de método y sistema para corregir la manía del Nene, pero ellos la miraban con recelo y no respondían.

Había, de vez en cuando, novedades e irregularidades en la asistencia a clase. Las niñas gemelas, Marta y María, no iban a la escuela desde hacía algunos días. El primero que faltaron, Nazaria se sintió culpable, porque el anterior, jugando a la silleta de la reina, una de ellas se cayó y se hizo una contusión en la cadera. A veces peleaban y María era la más fuerte. Recordaba Nazaria que pocos días antes del accidente de la silleta de la reina fue Marta a quejarse de que le había pegado su hermana dos veces y, cuando Nazaria preguntó a la culpable, ella respondió:

—Tiene razón. Le he pegado una vez por hoy y otra por mañana.

En cambio, Marta era sumisa y dulce. Las dos eran bastante listas, y la maestra había intentado enseñarles música, pero la atención de las niñas se distraía. Por ejemplo, Marta al ver el pentagrama y las notas impresas, dijo: «¿Es una procesión?». María, en cambio, creía que no era procesión alguna, sino la gente que se apiñaba en los balcones para ver pasar una boda. El pentagrama era el balcón, y las notas agrupadas aquí y allá, la gente. Había gente pequeña y gente alta, gente gorda y gente flaca.

—Ése es papá Onofre —decía Marta.

Algunos, subidos encima de la barandilla, otros a caballo en los hombros del vecino. Gente asomada. Mucha gente. Demasiada gente. A fuerza de oírlo decir a las niñas, la maestra llegó a ver en las notas lo mismo que ellas. Y cuando veía *demasiada gente* se sentía de antemano fatigada y desalentada y cambiaba la página.

—Allá —decía Marta, señalando unas notas agrupadas con una ligatura curva encima— está la tía Irene con su sombrilla.

—No es sombrilla, sino paraguas —reía Marta. Preguntaba Nazaria:

—¿En qué trabaja papá Onofre? ¿Es abogado o médico?

—No. No lo sé. Él nos manda que no digamos nunca nada de nuestra familia.

Decidió la maestra que era demasiado pronto para enseñar a las niñas la poca música que ella misma sabía.

Lo cierto es que las dos niñas dejaron de ir a la escuela y un día se presentó un policía a preguntar por ellas y estuvo tomando notas de lo que dijo Nazaria, quien respondía, asustada, porque nunca había sido interrogada por policía alguno. Los policías dejaban entrever que podía haber alguna clase de misterio culpable en todo aquello.

Se presentó la primavera como todos los años. De los desiertos de Castilla llegaban los insectos tempraneros: mariposas, algún saltamontes, incluso dos o tres mariquitas voladoras y una libélula de ojos saltones. Ésta se fue a posar en el mango de una escoba que había en un rincón junto al poste donde se ataba el alambre de la ropa tendida. La maestra tendía la ropa a secar solamente los sábados por la tarde y los domingos. Las niñas Marta y María tenían miedo de las libélulas, aunque eran valientes y solían decir que tenían animales secretos que las defendían: tigres y leones que esperaban detrás de las esquinas para morder a sus enemigos.

Leía Manuel cada día un diario muy conservador y lo leía enteramente, hasta los

anuncios, que eran, en su mayoría, como se puede suponer, de objetos religiosos. Sus colaboradores eran curas y frailes y había uno muy pugnaz que atacaba a todo el mundo, especialmente a los escritores liberales. Firmaba *Fray Junípero*, y era el favorito de la maestra, quien a veces se sentía también pugnaz y polémica.

Las tardes del domingo las pasaba Nazaria hablando con Manuel y haciéndole preguntas sobre su pasado. A él no le gustaba y decía que recordar aquellas cosas era como los perros cuando vuelven a oler las cosas que han vomitado. Luego añadía: «Puedo equivocarme, pero creo que la miseria de mi familia y la ruina mía vienen del caso de aquel minervista N. B. que le pegó a mi padre y daba tanto que hablar con mi madre. Era un hombre listo y malvado, aquél. No creas que mi padre era un blando, pero se interpusieron los otros empleados y no pudo responder. No pudo». Manuel parecía abrumado por el recuerdo.

Para aliviar su humillación ella le dijo que el minervista estaba borracho.

—Y un caballero —insistía ella— no viene a las manos con un borracho.

Manuel pensaba para sí que no era seguro que N. B. estuviera borracho ni que su propio padre fuera un caballero.

Por aquellos días en el periódico de Manuel no se hablaba todavía de las niñas desaparecidas, es decir, de Marta y María, cuya desaparición comenzaba a dar juego. Cuando aquel asunto fue tomando vuelos el diario habló de él y entonces el enfermo comenzó a seguir con interés sus incidencias. Hasta entonces Nazaria había evitado a su esposo las preocupaciones que a ella misma le trajeron las visitas de la policía.

—¿Tú, qué piensas, Nazaria? —solía preguntar Manuel con la expresión tensa—. ¿Qué habrá sido de esas pobres niñas?

Por fortuna los diarios no habían aludido directa o indirectamente a la escuela de Nazaria. Pero no tardaron en hacerlo y entonces la sorpresa del enfermo fue tremenda e influyó, como se puede suponer, en su salud. Esperaba ella a los periodistas vestida con sus galas del día de la boda y se daba aires de personaje. Le hacían fotos. Y algunos reporteros llegaron a meter las narices en el cuarto donde yacía Manuel, quien se limitó a decir que no había hablado nunca con las niñas y que lamentaría que les hubiese sucedido algún percance.

Él y ella sospechaban que alguna familia rica tenía interés en que aquel misterio no se esclareciera. Hablaba Nazaria, recordando las novelas que solía leer, de los *tenebrosos laberintos donde se incuba la iniquidad*. Como se ve era un poco retórica.

A veces estaban de acuerdo en que las niñas habían sido encerradas en algún convento o tal vez simplemente llevadas a un asilo de huérfanos, aunque esto último no era probable recordando que a veces iban a buscarlas en un automóvil y la familia con la cual estaban no carecía de medios. Aquel *papá Onofre* del que habían hablado una vez las niñas intrigaba a Nazaria.

Posiblemente alguien había querido llevárselas, a las niñas. ¿Quién? ¿Y adónde? ¿Y por qué tanto secreto? Nazaria se sentía terriblemente curiosa y percibía en el fondo de su curiosidad como un peligro.

Acordarse de aquel incidente en la antesala de la comandancia, con la ciudad asediada y en guerra, parecía absurdo, pero ella no había podido olvidarlo. Con aquel retrato al óleo de una muchacha hermosa —la de las azucenas rojas— enfrente, le parecía más natural acordarse de María y de Marta. La sonrisa de la niña del cuadro era inmotivada y de mera cortesía, lo mismo que solía ser la de aquellas gemelitas. Para Nazaria la sonrisa inmotivada era señal de tener alguna delicadeza natural.

Por entonces la policía menudeaba sus visitas a Nazaria y algunos periódicos de escándalo llegaron a insinuar cosas tremendas. Manuel decía: «El culto de lo sensacional es una amenaza para el honor de las personas». Nazaria estaba de acuerdo aunque no le disgustaba del todo un poco de publicidad.

Llegaron un día varios obreros con un inspector de policía y se pusieron a remover la tierra que había sido acumulada (con grava menuda y arena) para pavimentar la calle. Buscaban los cuerpos de las niñas, porque podía ser que hubieran sido asesinadas.

Según los periódicos habían sido halladas entre otras cosas algunas moscas funerarias muertas y también esquirlas de huesos. El laboratorio municipal decidiría si eran humanos o no. Parecía absurdo considerar aquello un indicio, ya que el tiempo transcurrido desde la desaparición de las niñas no daba lugar a la desecación de los cuerpos, pero la curiosidad pública lo aprovechaba todo, y aún sabiendo los reporteros que era incongruente asociar los hallazgos de moscas funerarias con las niñas gemelas, hablaban de aquello para mantener encendida la imaginación por el lado lúgubre.

Cada día las sospechas iban por un lado distinto.

Como nadie hallaba pista alguna y la maestra era la parte más indefensa y neutra, la policía volvió sobre ella, quien acabó por asustarse de veras. Se refugiaba al lado del marido enfermo y repetía: «Si este es mi cáliz, Dios mío, lo apuraré hasta las heces». Y se ponía otro vestido sospechando que podían volver los reporteros, alguno con una cámara fotográfica.

Al principio todos creían en su inocencia, pero la policía descubrió un día que la maestra era calva y, según algunos agentes especializados en psicopatología, esa circunstancia hacía de ella un ser capaz de mentir con fines siniestros. No se ve cada día una mujer calva implicada en la desaparición de dos niñas.

Sucedió algo terrible. Por las preguntas que le hizo la policía comprendió Nazaria que algunos recelaban de que hubiera matado a Marta y a María para dar a beber su sangre al marido tuberculoso. Se habían dado casos —decían— de alguna vieja curandera que hizo monstruosidades parecidas. Eso dejó a Nazaria anonadada. No se atrevió a decírselo a Manuel. «La policía sospecha todo eso —pensaba— porque soy calva». Pero la calvicie no se había considerado nunca maléfica ni dañina. Y no sabía qué pensar. Ella no decía *calvicie*, sino *alopecia* cuando hablaba con los agentes, y éstos no sabían qué pensar, lo que en cierto modo agravaba el caso.

En aquellos días Manuel no se movía de la silla extensible sino para dar al

atardecer unos pasos por el corral con una bufanda blanca como la nieve arrollada al cuello, cruzada delante y asegurada con un imperdible enorme. Ella le decía:

—La policía cree que soy culpable.

—¿Qué es lo que sospecha?

Ella estaba a punto de decirlo, pero se callaba. Nunca tendría fuerzas para decir una cosa como aquella.

Y se preguntaba a sí misma: «¿Cómo habría bebido Manuel la sangre de las niñas? ¿En una vasija? ¿O aplicando sus labios a la herida?». Pensando así, a veces creía que iba a desmayarse.

Un día llegó la policía y detuvo a la maestra. No le valió a Nazaria decir que su marido estaba enfermo y quedaría sin asistencia. Los policías eran del parecer que el médico forense podía dictaminar y enviarlo al hospital provincial, donde le darían atención facultativa. A ella le gustó aquella expresión: *atención facultativa*. Se dejó llevar. ¿Qué iba a hacer?

Fue conducida a la prisión de mujeres. Llevó consigo un rosario y algunas pruebas de imprenta con sus poemas. Se dejó conducir pensando en la soledad en que había dejado a Manuel. Es verdad que la señora Evarista prometió llevarle cada día una escudilla de sopa, pero así y todo la soledad es la soledad. Creía haber visto en los ojos de Manuel, cuando se separaron, la brillantez líquida de las lágrimas. Y si Manuel lloraba no era por sí mismo ni por el abandono en que quedaba, sino por ella.

Quedó ella en la prisión y, cuando llevaba ya tres días, fue a verla un caballero enlutado que le dijo:

—Su esposo está necesitado de ayuda y yo se la daré si usted declara lo que le aconseje el abogado, que vendrá a verla mañana. No será en daño de nadie. Se trata simplemente de decir la verdad.

—¿Qué verdad?

—El abogado se lo dirá. Confíe en él.

Y se fue sin decir su nombre y sin mostrar su rostro a plena luz, aunque tampoco parecía tener interés especial en ocultarlo. Dejó en la administración de la cárcel cincuenta pesetas a nombre de ella, para que comprara alguna golosina en el economato, si quería.

Por cierto que no les estaba permitido a las mujeres tener dinero (sólo su equivalente en cartulinas impresas que llamaban bonos o vales), y para asegurarse de que no entraba dinero clandestinamente, las celadoras de la cárcel, al llegar una presa nueva, le tanteaban la vagina con un dedo. Antes se ponían un guante de goma.

Aquella investigación humilló terriblemente a Nazaria.

Pero recordaba las promesas del caballero que dejó cincuenta pesetas a su nombre. Más tarde supo que aquel extraño personaje era *papá Onofre*. Don Onofre.

Ella sabía que su marido necesitaba un sanatorio con galerías abiertas al mediodía y dulces céfiros, doctores especializados y amables enfermeras. Necesitaba todo aquello para curarse, porque ella creía algunos días que su marido tenía cura.

Entonces se puso a esperar al abogado, aunque no llegó el día siguiente ni los que le sucedieron. Afortunadamente nadie volvió a acusarla de degollar a las niñas para dar a beber su sangre al esposo enfermo. Y ella pensaba que las niñas iban a tener una vida fácil porque pertenecían a una familia rica. Esto la consolaba. Entre los manierismos de las dos niñas había algún detalle que autorizaba aquellas opiniones, por ejemplo el estilo que las dos tenían de negarse a discutir cuando algún chico o chica se conducía con ellas violentamente. Les daban la razón y se apartaban de ellos. Ésas eran maneras de gente educada.

El hombre misterioso volvió, por fin. Prometió a Nazaria influir para que saliera de la cárcel, ya que todos estaban convencidos de su inocencia.

—Pero antes tiene que declarar que un día a las seis de la tarde llegó un automóvil y el chófer se llevó a las niñas.

—¿Un chófer en un coche blasonado? —preguntó ella.

—¿Cómo, blasonado?

—Con alguna corona grabada en la puerta.

Era el detalle que le interesaba más a ella.

La señora Eva le llevaba a Manuel su escudilla de sopa de lentejas, hervida con huesos de jamón (muy bueno para el cerebro, según decía), y eso era todo. A Manuel aquella sopa le parecía exquisita.

El hombre misterioso le dio a la maestra mucho que pensar. Su imaginación trabajaba e iba a los extremos más fantásticos. Hubo en la Edad Media reyes que tenían en sus excursiones de caza relación con alguna pastorcilla inocente y de aquella relación nacían infantes bastardos. Algún día, con el tiempo y de manera inesperada e intrigante, aquellos hijos de rey y pastora, que habían vivido miserablemente, alcanzaban esplendor y grandeza. La maestra soñaba con esas cosas y veía a su marido en un sanatorio del Guadarrama, rodeado de bosques de balsámicos pinos. O tal vez la «Impresora Cervantina, S. A.» se hacía realidad y marchaba prósperamente.

Nada de eso sucedió, claro. Y eran días áridos de recordar, aquellos.

A todo esto los periódicos seguían haciendo sus hipótesis y no faltaba alguno que se refiriera todavía a la maestra con insinuaciones protervas.

La señora Eva iba a verla a la prisión y Nazaria le dijo un día que no debía extrañarse de lo que oyera, porque había personas que le habían ofrecido proteger a su esposo si ella declaraba en tal o cual sentido.

—¿Si declara qué?

—Yo soy capaz —repetía Nazaria— de todo, por ayudar a Manuel. Sería capaz de declarar que asesiné a las niñas si con eso pudiera salvarle la vida a mi hombre.

La señora Evarista, que había oído algo sobre las sospechas de la policía, se asustó tanto con aquellas palabras que no volvió a la cárcel a ver a Nazaria. Se marchó pensando que Nazaria decía *mi hombre* en lugar de *mi esposo* por la influencia de las malas costumbres de la prisión.

De un modo inesperado la causa fue sobreseída y, como nadie acusó a nadie, Nazaria no tuvo ocasión de mostrar su disposición al martirio. Pero Manuel se lo agradecía lo mismo.

—Eres una santa —le decía creyéndolo, de veras.

Al salir de la cárcel dudaba Nazaria de que nadie le confiara sus niños. El escándalo había sido tremendo. Puso encima de la puerta un letrero que decía: «Guardería infantil de santa Rita». Se ponía bajo la advocación de aquella santa, que tenía fama de propiciar las cosas imposibles. Pero poco a poco volvieron a llevarle los niños, tal vez con la idea de que mejoraran gracias a santa Rita o quizá con la oscura esperanza de que desaparecieran como las niñas gemelas Marta y María. Nazaria lloraba a solas, de gratitud.

Un día se quedó congelada oyendo preguntar a su esposo:

—¿De veras no tuviste nada que ver con la desaparición de las niñas? A mí podrías decírmelo, Nazaria. Ella comprendió que entre hombre y mujer, por grande que sea el amor y la confianza, siempre queda alguna zona inaccesible oscura y sin luz.

III. Juancho, el amante prematuro

El marido se había puesto peor durante el tiempo que su mujer estuvo en la cárcel. Ella culpaba de todas las desgracias a la Galatea, a quien consideraba, aun sin haberla visto nunca, una especie de suegra infernal.

—Es una bruja —decía— y hace el mal a distancia. Quiere perderme también a mí.

Le pedía Manuel que se olvidara de N. B. y de la Galatea porque aquello se iba convirtiendo en una manía.

En cuanto a la señora Eva, iba a verlos y decía:

—Así son las cosas de este mundo. Usted declaró lo que ellos querían, pero la ayuda a su marido no aparece por ninguna parte.

Pocos meses después Manuel murió, es decir «descansó en el Señor». El día que le dieron la extremaunción estuvo hablando con su mujer y mostrando una extraña lucidez. Dijo que se iba del mundo con la tristeza de no haber podido acabar de imprimir los versos y le pidió que perdonara a N. B. y a la Galatea. N. B. era a pesar de todo un hombre de cierta distinción, y la Galatea se había hecho más discreta y había que disculparla, ya que el amor justifica muchas cosas ilícitas. Antes de morir tuvo Manuel unas horas de delirio. Creía ver en la ventana la cabeza de una jirafa. Esto venía de una sugestión causada por una de las alumnas de su mujer. Era una chica de nueve años que tenía miedo de los caballos. Creía que por la noche y en un solar al lado de su casa había un caballo a quien se le alargaba el cuello como a una jirafa. Y su cabeza triangular (con dos cuernitos) asomaba a la ventana, por fuera, y se quedaba allí, inmóvil, toda la noche.

Decía la chica que tenía miedo cuando iba a su dormitorio, incluso durante el día, y que subía las escaleras temblando y cantando al mismo tiempo. Parece que aquella rara sugestión se le había contagiado a Manuel, quien creía ver la cabeza de la jirafa como congelada, detrás del cristal. A veces el animal movía un poco las orejas.

Cuando murió Manuel todos observaron en Nazaria un cambio considerable. Las ropas teñidas de negro e impregnadas de una tintura química que le iba mal a la piel le produjeron una especie de urticaria y por algún tiempo la cara de la viuda Nazaria era lastimosa y no sólo por la expresión de dolor, sino por erupciones y rojeces inusuales. En el cementerio le había puesto a su marido una lápida y en ella grabados dos versos suyos que rimaban muy bien.

Hizo imprimir esquelas de defunción con el Cristo de Velázquez en un lado y el nombre de su esposo en el otro, una fecha, un R. I. P, y dos líneas en letra itálica que decían: «Bendición de S. S. con indulgencias especiales». Aquella esquela mortuoria le parecía a Nazaria tan noble y plausible como su recordatorio de primera comunión.

Los primeros días de luto fueron también días de grandes sorpresas, aunque no

tanto como los que conoció más tarde al entrar en relación con el embajador de Siam. Lloraba Nazaria con el menor pretexto. La señora Eva lo consideraba excesivo y pensaba que estaba aprovechando aquella oportunidad para sentirse importante en su dolor y llamar la atención de los vecinos. Decía la viuda que llevaría luto siempre y no pensaba ir el resto de su vida a un teatro ni a un cine y ni siquiera a alguna de las inocentes verbenas de barrio que se celebraban en verano.

Recordaba todo aquello medio adormecida en el diván de la antesala. En la sala de al lado el comandante alzaba mucho la voz para decir:

—¡Jamás!

No sabía ella a qué se refería con aquella enérgica negación.

Fue por entonces —en los tiempos de Hilarión Eslava— cuando comenzaron a suceder cosas raras en Madrid. Por ejemplo, un día, sin saber cómo, resultó que se había acabado la monarquía. Los reyes habían sido expulsados de España y la gente andaba por calles y plazas cantando y tocando instrumentos de música. No sucedía nada lamentable. Nadie agredía a nadie. Nazaria no podía comprender. Recordaba que su madre le había contado que cuando murió Alfonso XII, el mismo día por la noche, todas las estrellas se movían en el cielo. Ninguna estaba quieta en su lugar (parece que hubo meteoros y meteoritos, casualmente). Y Nazaria miraba al cielo y no pasaba nada. Las estrellas estaban quietas en sus puestos. Miraba a la calle y tampoco pasaba nada.

Imaginaba el palacio real vacío y no se lo podía explicar. Ya no había relevo de la guardia, ni alabarderos, ni carrozas doradas con embajadores en uniforme de corte. Entonces, ¿qué sería Madrid sin realeza? La señora Eva le dijo que todo seguiría lo mismo, sólo que el dinero que se gastaba antes en reyes se invertiría ahora en ayudar a los pobres y en crear más escuelas. Eso le pareció bien a Nazaria.

Seguía cuidando a sus deficientes mentales. Los problemas que aquellos niños le creaban eran nuevos cada día. Querían jugar a la quema de conventos, pero ése, como otros juegos, acababa en el del camioncito, y entonces Nazaria daba grandes voces, los separaba y decidió un día que había que poner aparte a los chicos y a las chicas, aunque entonces necesitaría una maestra auxiliar, ya que no podía estar presente en los dos grupos al mismo tiempo. «No tengo don de ubicuidad», le decía a la señora Eva, quien no sabía lo que quería decir con aquello.

Le preocupaba sobre todo una chica que se negaba a llevar bragas y a veces se desnudaba. Tenía la obsesión de que le faltaba entre las piernas algo que los chicos tenían y quería andar desnuda esperando que le creciera *aquello*.

Convencida Nazaria de que era imposible explicarles a los chicos la pecaminosidad de ciertas cosas, desistió. En cambio se puso a hablarles de los reyes y las reinas y de la tristeza por la que pasaban en aquellos días fuera y lejos de España. Casi siempre iba a dar en aquello de Mercedes, esposa de Alfonso XII:

*... cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid.*

Lo que a ella no le gustaba en el nuevo régimen era que la enseñanza se hiciera laica. Había puesto Nazaria el mayor empeño en preparar a los niños para la primera comunión aunque sin resultados, puesto que Marta y María, que estaban ya preparadas, desaparecieron como si se las hubiera llevado el diablo o, mejor, un ángel. Ellas desaparecieron y Nazaria había sido encerrada en la cárcel. Si todas estas cosas sucedían teniendo un crucifijo en la escuela, ¿qué pasaría sin él?

En cuanto a las niñas, nadie sabía lo que había sido de ellas. Las investigaciones habían quedado interrumpidas de pronto.

Al llegar el otoño, en el día de las ánimas Nazaria compró un ramo de crisantemos y propuso a la señora Eva ir juntas al cementerio, pero ella se disculpó con las obligaciones de su tienda y Nazaria pensó: «Ir al cementerio no es un placer para nadie, ciertamente». Tuvo que ir sola. Iba más enlutada que nunca. Había puesto sobre las frutas de plástico del sombrero un velo negro que le caía por el hombro derecho y cruzaba el pecho para ir a descansar indolentemente sobre el hombro izquierdo. Su cara quedaba descubierta y en ella se veía cierta discreta pesadumbre detrás de una máscara congelada y distante.

Cuando hablaba de Manuel siempre decía «el finado» y si la gente era amiga añadía: «El único amor de mi existencia».

En el cementerio y al lado de la tumba de su marido había otra con una lápida y en ella el nombre de una mujer. El que acudió a poner flores era un viejo, enlutado también, que dio las buenas tardes. Ella respondió con un movimiento de cabeza y una expresión hermética. Entonces el viejo dijo que las flores aquel año eran más caras. Luego declaró llamarse Leandro.

Iba descuidadamente vestido con una chaqueta vieja. Llevaba una mancha en la solapa y Nazaria pensó: «Pobre hombre, que no tiene quien lo cuide». Resultó que no era viudo ni aquella tumba era la de su mujer. Cuidaba algunas sepulturas porque era sacristán retirado de la capilla del cementerio. Y el viejo añadía alegremente:

—Hay que hacer lo posible para evitar que lo traigan a uno aquí, ésa es mi opinión.

La gente de oficios lúgubres es siempre risueña. Como muchos que se retiran de su profesión, le gustaba a Leandro volver a su antiguo lugar de trabajo. Y señalaba la capilla de ladrillo rojo de cuya techumbre se elevaban tres agujas místicas hacia el cielo.

Tanto habló y rió Leandro que Nazaria acabó por encontrarlo simpático, aunque con sus palabras llegaba, a veces, un tufillo de vino un poco agrio.

Al parecer cuidaba algunas tumbas y le pagaban las familias de los difuntos.

—Estos farolitos de colores resplandecen al caer el sol —decía—. Yo tengo un taller y los fabrico. Bueno, yo y otros amigos compramos los farolitos y luego les ponemos la mica de colores. Los que se ven mejor son los que tienen los cristales color violeta, que en tiempos pasados era, según tengo leído, el color sagrado.

La tarde en el cementerio era friolenta y soleada, y la tierra seca y crujiente bajo

la aspereza de la intemperie. El viejo Leandro sacó un frasco del bolsillo, ofreció a Nazaria por cortesía y después de decir «con permiso» bebió un trago.

Ella veía aquello con disgusto y dejó salir entre sus labios un susurro y una palabra: dipsómano.

—¿Qué dice usted? —preguntó él, de buena fe.

—Digo que ha contraído usted el vicio del alcohol.

—No lo crea. Nada de licores. Solamente vino honrado.

Y carraspeó para aclararse la voz.

Añadió que bebía algo menos de un litro diario. No era mucho y además, como había dicho Galeno, el vino es la leche de la ancianidad. Esta cita la inventaba Leandro y reía de su propia desenvoltura. Le convenía que Galeno hubiera hablado así. Nazaria entretanto miraba los farolitos de la tumba de al lado y pensaba que la de Manuel no los tenía.

—Pues ya le digo —insistía el viejo— que al caer la tarde se ven lindas las sepulturas con las luminarias.

Y como a los difuntos les tiene sin cuidado farol más o menos, pues yo, a veces, se los quito a uno y se los pongo a otro, para cumplir con algún amigo o algún cliente. Antes los disfrazo un poco, digo, los faroles. Les cambio la mica en el cristal.

—¿Le pagan a usted por eso?

—Una friolera. Poca cosa. Para tabaco. Todo se va en humo.

La tarde comenzaba a caer y con tantos millares de linternitas encendidas el cementerio parecía un joyero con rubíes, brillantes, amatistas. La brisa en aquellas colinas se hacía fría y como el frío de los cementerios penetra hasta el tuétano decidió Nazaria regresar a casa. El viejo Leandro parecía también dispuesto a marcharse y salieron juntos.

—Hace más frío en los fosales —dijo él—, porque los que venimos nos estamos quietos en el mismo lugar y no correteamos entre las tumbas.

Creía a veces Nazaria que Leandro iba a galantearla y eso la ofendía de antemano. Cuando vio que el viejo no tenía intenciones galantes se decepcionó un poco. Le habría gustado que se presentara la ocasión para rechazarlo.

Salían juntos y al llegar a los porches vieron que delante de ellos iba un matrimonio de media edad. Ella parecía una *demimondaine* coqueta y él un hombre serio y resignado. El hombre le decía:

—Es agradable ver tanta viuda dedicada al recuerdo de sus maridos trayéndoles flores.

Ella respondía:

—Yo también te las traeré si llega el caso, queridito.

Aquel «queridito» le pareció una blasfemia a Nazaria, quien pensó: «Hay mujeres peores que tigres». El viejo Leandro no lo había oído. Le dijo si quería ir con él al taller de un marmolista que vivía cerca y que seguramente los llevaría a Madrid, ya que tenía un camión y solía ir todos los días a la ciudad. De ese modo se ahorrarían el

dinero y las apreturas del metro. Ella no dijo que sí, pero se dejó llevar.

Por el camino Leandro dio todavía un par de tientos a la botella repitiendo siempre: «Con permiso».

En casa del marmolista no había nadie, pero estaba el camión frente a la puerta, lo que quería decir que su dueño no debía andar lejos.

Se instalaron en los asientos delanteros y Leandro, que estaba bastante bebido, le contó a Nazaria un cuento. Era un cuento con moraleja. Aunque no tenía gracia, ella lo escuchó hasta el fin.

—Un día se presentó en la barra de un bar que hay cerca de mi casa un mono vestido de hombre y se sentó y pidió un whisky. Iba ya bastante cargado. El mozo se escamó un poco y fue al patrón: «Allá hay un mono que pide un whisky». «Bien, dáselo». El mozo le sirvió el trago y el hombre con cara de mono o bien el mono con traje de hombre le dio un billete de cien pesetas. El mozo fue al patrón otra vez: «Me ha dado un billete de cien pesetas». El patrón miró de reojo al mono en el fondo de un espejo y dijo: «Dale a ese macaco un duro de cambio y guarda el billete en la caja». Así lo hizo y, como es sabido que los mozos suelen hablar con los clientes, le dijo: «Hace tiempo que no vienen por aquí gentes como usted». «¿Cómo yo?». «Digo, con cara de mono». «Es que, la verdad —respondió el otro—, con el precio que cobran ustedes por una bebida no me extraña que no vengan».

Esperó Leandro a ver si ella se reía, pero Nazaria no encontraba aquello gracioso. Y el hombre siguió:

—Luego, el mono se fue. Y el mismo día por la noche llegó un policía y preguntó si tenían en la caja billetes de cien. Fue a la caja y anduvo mirando y apuntando los números. De pronto preguntó: «¿Quién le ha dado este billete?». «¿Por qué lo pregunta?». «Porque es falso. Andamos detrás de los monederos que fabrican las series tal y tal». Entonces el camarero le dijo: «Yo no sé. Ese billete me lo dio un mono que hablaba como las personas». El policía miraba de mala manera al camarero (lo creía cómplice de los monederos) y lo arrestó. Luego acudió al patrón. «Es verdad —dijo también— que ese billete se lo dio un mono». Entonces el policía arrestó igualmente al patrón y se los llevó a los dos a la comisaría donde, para arrancarles la verdad, les daban cada golpiza que para qué voy a contarle. Sospechaban del mozo y del patrón, pero ellos siempre en la misma, lo que pasa. El del billete era un mono vestido de hombre y nadie les sacaba de eso. Al final los encausaron y los condenaron a veinte años, porque ahora los falsificadores son muy castigados y perseguidos. Así es que... Bueno, aquí se acaba el cuento.

Estaba el viejo Leandro decepcionado porque no había logrado que Nazaria se riera una sola vez. Nazaria pensaba: «Un mono en un bar bebiendo y hablando como una persona. Eso es ridículo».

Pero Leandro no había terminado:

—Le habían dado un solo duro de cambio y es lo que yo digo: la justicia es la justicia.

Lo escuchaba Nazaria pensando: «Y tú entretanto robas sus faroles a los muertos y los vuelves a vender». Suponía que Leandro estaba borracho.

Cuando Leandro terminó con la historia del mono se puso a hablar de su amigo el marmolista y de lo bueno que le había salido aquel camioncito. Al oír Nazaria aquella palabra funesta —*camioncito*— se excusó y se fue a tomar el metro para volver a casa dejando al viejo Leandro desconfitado en la banqueta.

Cuando llegó a su casa se sintió satisfecha de su prudente conducta. También lo estaba ahora, mientras esperaba en la antesala de la comandancia. Aguzaba el oído para atrapar alguna palabra del comandante y le oyó en aquel momento otra exclamación:

—¡Siempre!

Lo había dicho alzando mucho la voz.

De tarde en tarde volvía Nazaria a pensar en aquel sacristán del cementerio que contaba cuentos sin gracia. A veces se preguntaba, incluso, si aquel hombre que robaba los faroles de las sepulturas no sería el mismo monedero falso. O el famoso N. B., aunque éste no debía ser tan viejo. El sótano de la capilla de un cementerio parecía un lugar ideal para fabricar billetes y despistar a la policía. ¿Quién iba a seguir a un monedero falso que iba al cementerio acompañando un entierro y volvía por la noche en el camión de un marmolista? Podía llevar los utensilios en un ataúd vacío y regresar con los billetes impresos en una ambulancia funeral.

Tenía aquellos días sugerencias raras, Nazaria. Por ejemplo, pensaba que si Manuel en su pequeña imprenta de Zaragoza hubiera fabricado billetes falsos, ahora ella tendría un gabán de pieles. Pero esas ideas no duraban el espacio de un relámpago. En cuanto al viejo Leandro tenía, en la sombra, un perfil de gorila. Pero no debía ser muy peligroso, ya que bebía en una botella cuyo gollete sobresalía del bolsillo. Desafiaba los convencionalismos.

En fin, que como suele suceder, el viejo Leandro no le parecía del todo bien ni del todo mal.

Desaparecida la monarquía seguía Nazaria desorientada y lo que más le había impresionado era el cambio de bandera. Creía que la bandera nacional debía seguir siendo la misma. Los colores rojo y gualda habían presidido la venida al mundo de todos los españoles de su tiempo y ninguno podría avenirse a cambiar de bandera. El morado que había venido a sustituir la franja roja de abajo le parecía a Nazaria una imprudencia peligrosa. Aunque en el cementerio fuera un color sagrado, como había dicho Leandro.

Además, los militares juraron fidelidad a la bandera roja y gualda y ahora se sentirían defraudados. ¡Quién sabe lo que podría suceder! Fueron otras las motivaciones, pero la franja morada tuvo su importancia también en los sucesos, unos años más tarde. ¿Qué sucedió? Sencillamente, la gente andaba a tiros por las calles. Por una palabra o una diferencia de opinión.

En aquellos tiempos Nazaria seguía con su guardería de Santa Rita, aunque

alguien le había aconsejado cambiar el nombre de Santa Rita por el de Jacques Rousseau, pero ella no hizo caso. La idea se la dio un sobrino de la señora Eva que se daba aires. También aquel chico le habló de Freud y ella buscó alguno de sus libros, los leyó y quedó muy impresionada. No sabía qué hacer, después de leer más de cincuenta páginas sobre el complejo de Edipo.

Los chicos de la escuela eran los mismos, es decir, había llegado uno nuevo que, por cierto, daba a Nazaria quebraderos de cabeza porque se había enamorado de ella a su manera. Y no era tan pequeño como los otros, sino que estaba en los once o doce años y en el cambio de naturaleza. Miraba a veces de una manera turbadora. Más turbadora unas veces que otras. Pero, como solía decir Nazaria, todos eran hijos de Dios. A veces iba a decir «obra de Dios», pero no se atrevía viendo las imperfecciones de algunos.

Con el cambio de régimen Nazaria comenzó a sospechar que Dios podía ser cruel y cuando descubrió que algunos santos lo habían dicho y aún le habían reñido al Señor —santa Teresa, por ejemplo—, reprochándole su *crueldad*, se sintió íntimamente satisfecha. Aquella satisfacción en tiempos de la monarquía habría sido del todo imposible. Como digo, algo cambiaba dentro de ella, también.

El chico nuevo daba motivos de inquietud. Había crecido tanto que parecía un adolescente de dieciséis. La naturaleza tiene a veces caprichos humorísticos. El chico se había enamorado de ella con un amor filial y quería a todo trance que ella fuera su madre. Como Nazaria no había tenido hijos, aquella inclinación de Juancho —así se llamaba el muchacho— la halagaba, pero la inquietaba porque, en cuanto se descuidaba, el chico le saltaba al cuello y la besaba. Nazaria pensaba en el complejo de Edipo, aunque con ella *aquello* debía tener otro nombre ya que no era su madre natural.

Aquel muchacho era el menos atrasado y tenía rarezas propias y diferentes. Por ejemplo, cuando descubrió que ella tenía cabellera falsa (lo que tarde o temprano descubrían todos), se sintió sorprendido y encantado y quería quitarle la peluca y ponérsela él mismo, considerándolo un privilegio. A veces le quitaba la peluca por sorpresa, se la ponía él y corría por el patizuelo mientras lo perseguía Nazaria con su cabeza calva.

No podía imaginar Nazaria lo que sería la vida en aquella escuela cuando los chicos crecieran y llegaran a tener conciencia del sexo como la tenía Juancho. Ella quiso aislar a aquel chico de los demás, pero era inútil. Todo era inútil en aquel patizuelo.

Los niños que habían conocido al esposo de Nazaria le preguntaban dónde estaba y cuando ella decía apuntando hacia arriba: *en el cielo*, miraban levantando la cabeza y no veían nada. Entonces creían que la maestra los engañaba. No era fácil engañar a un tonto. Hace falta tener alguna inteligencia para ser engañado.

Los médicos solían decir que aquellos niños debían ser rodeados de amor y de atenciones y allí estaba ella tratando de darles todo el amor que podía por dos duros

al mes. Extraña prostitución, aquélla. A veces se decía: «¿Qué sucederá cuando yo sea un poco más débil y no tenga aguante para todo este caos del corralillo? ¿De qué viviré?».

Entonces iba a la iglesia y el cura le decía que cuanto más dolorosa fuera su cruz en este mundo más grande sería su gloria en el otro.

Poco después una niña de nueve años fue atacada por Juancho aunque sin consecuencias mayores. Quiso Nazaria avisar a la familia, pero le daba vergüenza, y por otra parte tenía miedo de que le retiraran los dos alumnos: la niña y su agresor.

Aquellas cosas que sucedían a su alrededor separaban a Nazaria del mundo donde nacían, vivían y morían los demás. También ella se hacía irregular y no se daba cuenta, realmente.

Estaba acostumbrada a oír excentricidades en el corralito, pero el mundo inconsciente de Juancho era demasiado para ella aún después de haber leído algunos manuales freudianos. El chico le dijo un día:

—Tu cabeza pelada es como la de mi abuelo, que en paz descanse.

Después la besaba en donde buenamente podía y sus labios siempre húmedos la mojaban. Algunas veces Nazaria se sentía un poco excitada y entonces rechazaba al muchacho con violencia y al día siguiente iba a confesarse. El cura le decía que entregara el muchacho a un asilo de alienados si la familia no tenía medios para pagarle un sanatorio. Pero él no estaba loco —decía ella—, y era sólo un enfermo que no comprendía la vida. En el fondo no quería aceptar que un ser humano que la amaba pudiera ser un monstruo.

Un día comprendió que aquel chico era más temible de lo que creía. Fue un día de viento fuerte, tan fuerte que casi se llevó el techo de zinc acanalado que cubría su modesta casa. Un vendaval tremendo que duró casi todo el día. El chico, con el ruido del viento en los árboles, en las casas, sobre la paramera que rodeaba a Madrid, cayó en un paroxismo muy raro. El viento recordaba a veces el ulular de los perros o los lobos y aquel chico aullaba también como el viento. Sentía Juancho los dobles o triples fondos de su horror de haber nacido, alzaba el hocico al cielo y daba unos aullidos de perro grande que puede ponerse en dos patas y entonces resulta tan alto como un ser humano, o más.

Recordaba Nazaria otro perro de veras inocente que le regaló Eva a poco de llegar a Madrid, hacía años. Era un perro sin raza, que llamaban *Pito* y que aguantó poco tiempo en la casa porque los chicos de la escuela lo torturaban. El animal desapareció, pero había dejado una huella. (Una huella decente). Un día iba con Nazaria por la calle y había un trozo de acera recién construida, con cemento todavía húmedo, y una cerca de cuerdas alrededor. *Pito* dejó la huella de su mano derecha, sin querer, estampada. Impresa como en un grabado fresco.

Meses más tarde, al pasar por allí (ya el perro se había escapado), Nazaria vio la huella en el cemento seco. Cuando se lo dijo a Eva, ella sonrió y le respondió:

—Esa señal de *Pito* durará más que nuestras vidas.

Y era una huella con la palma redonda y los dedos agrupaditos. Hasta las uñas se veían grabadas.

¿Qué habría sido de él? ¿Sería feliz o padecería ese común destino, bastante miserable, de los perros sin amo en las ciudades de los hombres?

No había podido *Pito* aguantar a aquellos chicos. Se daba cuenta, seguramente, de que no eran chicos normales, porque los animales tienen su orden secreto tan arraigado como nuestras nociones innatas.

Juancho aullaba o bramaba los días de viento y había una niña que decía:

—Es como los perros grandes cuando los zurriagan por haberse meado en la alfombra.

Nazaria se encerraba a veces en su casa y dejaba a los chicos en el corral, aunque podían abrir la puerta o saltar la tapia. «No se marchan —pensaba ella— porque me quieren». Eso le daba alguna satisfacción de sí misma. La verdad es que no se marchaban porque tenían miedo a la calle anónima, al campo verde o a la paramera gris. (Y a su propia invalidez).

A veces Juancho buscaba a Nazaria con signos evidentes de deseo y ella sentía una mezcla de vanidad satisfecha y de pánico. Por fin avisó a la familia y entonces se lo llevaron sus parientes diciendo que Nazaria, en lugar de educar a sus alumnos, los pervertía.

Decidió Nazaria no aceptar chicos en su guardería, sino hasta los once años.

Pero Juancho se escapó dos o tres veces de casa y acudió a ver a Nazaria llevándole regalos. Eran pequeñas cosas que robaba de su domicilio. Una vez un batidor de huevos que sacó de la cocina —cabeza arriba era como una flor grande, de metal—, otra un par de pendientes que a Nazaria le parecieron iguales a los que llevaba una de las niñas desaparecidas. Estuvo a punto de ir a las autoridades. Pero en aquellos días nadie hacía caso sino de sus propias pasiones políticas y se calló. Escondió los pendientes como si en ellos pudiera haber un peligro.

Los días de viento Nazaria pensaba que tal vez Juancho llegaría dando aullidos y saltando las tapias del corral con un pastel en las manos. Sin darse cuenta relacionaba al chico con cosas sexuales: la boda, la maternidad, la galantería o simplemente el coito.

Y recordando aquellas cosas en la antesala de la comandancia de milicias, se decía: «Más tarde, cuando comenzó la guerra y los nacionales llegaron a las puertas de Madrid, yo tuve que salir de mi casita de Hilarión Eslava porque caían bombas y pasaban por encima balas de ametralladoras y fui a vivir a un pequeño piso incautado, en la calle de Velázquez. Un piso elegante».

Pero la ciudad parecía llena de alusiones catastróficas. Había momentos en que las sirenas de la defensa antiaérea, las de los bomberos acudiendo a alguna parte a apagar un incendio y las granadas que en la noche gañían como zorras en celo, daban a Madrid un aura loca. Ella había ido tranquilizándose con el tiempo, a pesar de todo. La comodidad de su vivienda le ayudaba. Estaba mejor que en Hilarión Eslava.

Queriendo ser ella útil a la justicia popular (a veces creía en esa expresión), había ido a ofrecer los pendientes de Marta a las autoridades, pero en las comisarías le decían a todo que sí y no volvían a ocuparse del asunto. Ella pensaba: «Al menos son honrados y no se quedan con los pendientes, que deben ser de oro».

Allí, en la antesala de la comandancia, había una vitrina con objetos de lujo, entre ellos una fotografía nupcial con marco de plata repujada. El filete que encuadraba la foto era de oro. Esplendía de luces y era del mismo tamaño que la foto nupcial de ella y de Manuel. La diferencia consistía en que Nazaria le había puesto a su foto nupcial un marco de rafia trenzada por ella misma y un lacito rosa para colgarla. Todo estaba ya marchito y reseco y en el nuevo piso de la calle de Velázquez aquel marco desentonaba. Era un piso abandonado por sus dueños. En realidad medio Madrid estaba vacío y sobraban casas. Poner en aquel muro un marco de rafia seca y desnivelada era vergonzoso.

La antesala de la comandancia seguía a media luz. Vio Nazaria que la vitrina estaba cerrada, pero no con llave. Se podía abrir. Y calculó también que el marco de plata repujada y filete de oro cabría dentro de su bolso de mano.

Era la primera vez en su vida que sustraía (así decía ella) una cosa de valor, pero no de sus dueños (que no estaban en aquel palacio) sino de las milicias que lo ocupaban «sin derecho alguno». Abrió cautelosamente la vitrina, extrajo la foto con su marco y volvió a cerrar. Se la guardó, no en su bolsillo (había calculado mal y no cabía), sino en un saco de papel manila con asas que llevaba consigo, por si había ocasión de comprar pan en alguna parte. Todo estaba racionado y si podía ir malcomiendo era porque la señora Eva siempre tenía en último extremo algo que ofrecerle. Había sido evacuada también de su barrio y vivía con su sobrina en la portería de la misma casa de Nazaria.

Las gentes se ayudaban como podían. Eva tenía amigos con tiendas de víveres que escondían reservas de café, azúcar, pastas, frutas secas y otras cosas. Las autoridades no los perseguían porque comprendían que aquellas clases de solidaridad clandestina ayudaban a resolver el tremendo problema del abastecimiento de víveres. Eso creía Nazaria.

La situación anómala de Madrid no le parecía incómoda, ya que lo que antes era su pobreza y su miseria privada había pasado a ser circunstancia habitual y general y todos vivían como ella.

En cuanto a la escuelita, continuaba en otro piso vacío de la casa de al lado con el mismo nombre: «Guardería Infantil de Santa Rita».

En fin, el retrato de aquellos duques (ella daba por averiguado que lo eran), pasó a la bolsa de papel. Estaba segura de que nadie la había visto y no se sentía culpable. «Si un día la guerra termina y vuelven los duques yo les devolveré su retrato con el marco de plata y de oro intacto».

Eso pensaba.

Era de veras impresionante aquel retrato con los novios vestidos de gala nocturna

porque los aristócratas —se decía ella— se casaban de noche y allí estaba él con su frac, chaleco blanco, corbata blanca de lazo («de mariposa», decía ella) y una expresión solemnemente neutra, impersonal. No es de buen gusto mostrar a los demás, ese día, ansiedad ni complacencias extremas.

Allí estaban el duque y la duquesa. No sabía Nazaria cuáles eran sus títulos, la verdad. Pero nadie habría podido convencerla de que no los tenían.

Todavía no la llamaba el comandante de milicias y al parecer no había nadie más que él en su oficina. Sin embargo, se le oía hablar y una de las cosas que Nazaria oyó le pareció chocante: «Madrid es ahora nada más que una capital de provincia». Eso decía.

Realmente el gobierno estaba en Barcelona y ya no era Madrid la capital de España. A eso había ido a parar la ciudad más importante de España. Madrid expulsó a los reyes y ahora Madrid había sido castigado, bombardeado y degradado al nivel de una capital de provincia. Eso creía ella y en cierto modo le parecía justo.

Cuando pasara a la presencia del comandante se proponía comenzar hablando de los pendientes de Marta y del misterio de las niñas desaparecidas, que podría —nunca se sabe— esclarecerse con la pista que sugirieran aquellas joyas. Más que por el deseo de encontrar a las niñas Nazaria iba a hablar de aquello para referir la injusticia que se había cometido con ella, en tiempos de la monarquía, acusándola de un doble asesinato para dar de beber la sangre a su esposo enfermo.

Tal vez en aquel palacio ducal sabían algo de las dos niñas. Le hablaría también al comandante de otras cosas importantes, de la necesidad de que se abrieran de nuevo las iglesias y tal vez de cosas personales suyas, incluso de N. B. y la Galatea, aunque todo esto pertenecía más bien al pasado de su marido difunto. En definitiva Manuel le había dicho que N. B. se estaba convirtiendo en una manía ridícula y que debía olvidarlo.

No había dicho exactamente manía sino fijación. Una *fijación* ridícula. A Nazaria aquello de la *fijación* le parecía culto y patológico.

En su primera visita a aquella antesala había dado a la secretaria una nota con los temas de los cuales pensaba hablarle al comandante. La secretaria la escuchaba con desgana. La única que la escuchaba con atención, cualquiera que fuera el tema, era Evarista. Sus sobrinos, aunque en el servicio militar bajo la monarquía habían sido solamente sargentos, ahora mandaban cada uno una compañía. Eran capitanes. A veces aquellos sobrinos iban a ver a su tía y pasaban uno o dos días con ella. Viviendo en la calle de Velázquez se sentían más importantes y Eva también con sus sobrinos capitanes. No hablaban de la guerra. Como los verdaderos soldados, los sobrinos no contaban cosas dramáticas sino sólo algún incidente cómico de las trincheras.

Alguien le dijo a Nazaria que se podría organizar otra escuela más grande y con su experiencia ser la directora. El nombre que le proponía para aquella escuela no era el de Santa Rita o San Francisco de Sales, sino el de Francisco Ferrer. Ella creía que

era un santo —San Francisco Ferrer— y cuando le dijeron que era un anarquista, se asustó. Aunque se supone que siendo directora de aquella nueva guardería tendría víveres bastantes para los niños y para sí misma, aplazó la respuesta indefinidamente. Más tarde tendría que aplazar otras respuestas sobre la embajada de Siam y sobre lo que le había sucedido en Salamanca al padre del comandante. Pero de pronto se decía que no había que confundir los hechos caprichosamente. A Nazaria le gustaba tener sus recuerdos en buen orden. Lo que ella habría querido era ver a N. B. La curiosidad sobrevivía a todos los choques morales de los últimos tiempos. Era simple curiosidad femenina. Sabía que mandaba una unidad de importancia en la guerra y que dependía de aquella comandancia. No sabía exactamente para qué deseaba averiguar dónde estaba N. B., pero su curiosidad sin objeto era insistente. Realmente, en el fondo, no quería hacerle daño físico ni moral a N. B., pero quería verlo y saber si era ciego o no. No podía comprender que siéndolo mandara una brigada o una división en el frente. Los ciegos no pueden hacer, generalmente, sino tocar el piano. O la guitarra.

Mientras el comandante la llamaba o no, gozaba Nazaria pensando en el marco de plata repujada que llevaba en la bolsa. En aquel marco la foto de boda de Manuel y Nazaria luciría gloriosamente. No sabía si poner la foto en la pared o sobre la consola de su dormitorio. Mejor en el muro, para contemplar a Manuel a cualquier hora de la noche cada vez que despertara.

Desde que estaba sola, y especialmente desde que comenzó la guerra, todo la invitaba a replegarse sobre su intimidad. Y algunos días buscaba los papeles privados del dueño de la vivienda. Debía ser un solterón rico y romántico, tal vez. O libertino. Quizá las dos cosas a un tiempo, ya que eran compatibles el romanticismo y el libertinaje, sobre todo en las clases altas.

Le gustaba a ella su piso en la calle de Velázquez. Aprendió Juancho el nuevo domicilio de Nazaria y allí se presentó un día. Nazaria había llamado una vez a Juancho *monicaco* en la escuelita de Hilarión Eslava y aquella palabra le gustó al chico, quien solía repetirla viniera o no a cuento.

El día que Juancho la llamó a ella *monicaca*, Nazaria se ruborizó sin saber por qué. Le gustaban a Juancho las palabras que tenían alguna sílaba repetida: tonto, bobo, mama, tata, chacha, sobre todo si eran palabras de más de dos sílabas y era la última la que se repetía. Era el caso de *monicaca*, y Nazaria, que al principio se resentía, después se iba acostumbrando.

Otra de las manías de Juancho era repetir las consignas civiles o militares como si fueran cosa divertida y para reír. Así decía, a veces, *¡no pasarán!*, sin saber a quiénes se refería. Y «todas las armas al frente», cuando vio un día por casualidad el revólver de Nazaria. También repetía: «Ojo, las paredes oyen».

Juancho mientras no hablaba parecía normal, aunque a veces se ponía a hacer morisquetas si lo obligaban a estarse quieto demasiado tiempo. Una hermana de su madre le dijo a Nazaria en secreto que el chico había sufrido encefalitis cuando estaba en el útero materno y que por eso no tenía cura. Es decir, que antes de nacer

padecía ya Juancho alguna clase de locura. Pensando en esto, Nazaria se mareaba, sintiendo como una procesión de luces de colores girando lentamente a su alrededor.

El padre de Juancho, que estaba en el frente, prefería, en cambio, hablar de la tiroides, pero ¿quién iba a creerles? Todos los padres mienten en casos parecidos por razones de prestigio.

En su nueva casa, que era de veras cómoda, aunque la calefacción no funcionaba, había hallado Nazaria botellas de vino y de licores. No solía beber, pero como el frío había sido severo algunas semanas y la alimentación escasa, un día tomó dos sorbos de coñac y se sintió tonificada.

Desde entonces solía beber un poco cada día y a veces sentía remordimiento por estar consumiendo bienes que no eran de ella. En la irregularidad de la guerra sabía que las normas morales se relajaban un poco. Por la misma razón se había atrevido a sustraer el marco de plata de la vitrina.

Lo peor de su nueva situación era que Juancho se escapaba de casa siempre que podía y acudía a la guardería de Nazaria o a su misma vivienda. El chico le suplicaba que se quitara la peluca porque estaba muy hermosa sin ella. No podía entenderlo Nazaria, y aquello le parecía consecuencia de la encefalitis que sufrió el chico en el vientre de su madre. Tal vez una idea o tendencia prenatal que se había ido desarrollando después. Tal vez a los fetos les gustaban las mujeres calvas.

Una de las últimas veces que estuvo Juancho con ella pasó Nazaria por una experiencia incómoda. El chico se excitaba más que otras veces y trataba de hacerle caricias torpes. Había caído la peluca de Nazaria al suelo y parecía un pequeño animal muerto. Juancho acabó por localizar sus urgencias y las resistencias de ella contribuyeron, sin duda, a que lo hiciera mejor. Sofaldaba a Nazaria y le buscaba los muslos. Ella llevaba un traje interior elástico y los contactos no debían ser estimulantes para ninguno de los dos, pero Juancho insistía.

Al mismo tiempo llamaba a la maestra *monicaca* y fue precisamente lo que la decidió a ella a restablecer abruptamente el orden.

—¡Juancho, vete a tu casa! —ordenó.

Pero no debía irse solo. Tenía que conducirlo ella a la escuela, adonde irían a buscarlo más tarde.

Y eso fue lo que hizo Nazaria, entre severa y protectora. Por el cielo pasaba a veces una granada mugiendo y Juancho mugía también, pero en broma. Las granadas mugían en serio.

Al llegar a la guardería, que estaba ya cerrada y sin alumnos, tenía que quedarse Nazaria esperando que fueran a buscar a Juancho y a veces tardaban demasiado. Entonces ella se ponía nerviosa y la necesidad de reprimirse le daba una especie de paroxismo.

El amor tiene sus recursos, aun entre los deficientes mentales, a quienes da destellos animales de agudeza. Era la única manera de entender las reservas y los secretos de Juancho con su familia. Pensando estas cosas sentía Nazaria a veces,

también, su cerebro inflamado.

Y a veces llegó a sentirse en peligro.

En la escuela Juancho volvió a ponerse tenso y amoroso y a abrazar a Nazaria, quien se separaba de él rudamente, pero luego se decepcionaba si el chico no insistía.

En la antesala de la comandancia volvía Nazaria a pensar en N. B. Entonces los jefes militares se llamaban sólo por el primer nombre y en algunos casos ni siquiera aquel nombre era verdadero sino inventado. ¿El nombre verdadero? ¿Para qué? A N. B. lo llamaban *comandante Marcos* en los periódicos. Aquello se le hacía raro a Nazaria, pero era una broma al lado de las cosas excéntricas que pasaban en la embajada de Siam.

Y de los apremios de Juancho, que había estado ya un poco loco — prematuramente— en el útero de su madre.

En la sala, el comandante seguía hablando. En su extraño monólogo (frente al teléfono o al dictáfono o a la taquígrafa) oyó decir el nombre de N. B. Ella se alertó y se preguntó: «¿Será ése, realmente, el de las bofetadas y el de la Galatea?». Porque podía haber otros Marcos y otros N. B. Y a vueltas con estas reflexiones, Nazaria sentía en aquel simple hecho como una señal propicia para no sabía qué porque, una vez delante de N. B. (si llegaba a verse delante de él), ¿qué iba a hacer? Nada grave, desde luego. Ver si era hermoso o feo, si era ciego o no. Ella conservaba el revólver en su bolso de mano y un día que lo vio la señora Evarista y le preguntó por qué lo llevaba, Nazaria respondió que era para disparar contra sí misma si alguien insultaba su honestidad de mujer. Pero no tenía balas, todavía. Evarista tuvo una salida un poco destemplada:

—Si se ve en peligro, quítese la peluca, mujer. Con eso basta.

Acordándose de Juancho le hizo saber Nazaria que había casos en que la calvicie de una mujer estimulaba a los hombres. Escuchaba Evarista con la boca abierta, y Nazaria insistía:

—Lo sé por experiencia propia, Eva.

Ella soltaba a reír, con una risa punzante y maligna. Luego, cuando pudo hablar, dijo, secándose los ojos:

—Madrid ya no es Madrid, ni la gente es lo que era. Estamos viviendo en las Batuecas.

En aquellos días en que la gente se veía asediada por el hambre y andaba buscando algo qué comer, los niños eran menos vigilados por sus familias. Juancho lo aprovechaba para escaparse. Iba a ver a Nazaria, y lo primero que hacía siempre era pedirle que se quitara la peluca. Ella accedía con cierto orgullo, pensando: «Si me viera mi vecina comprendería que tengo razón». Pero advertía a Juancho:

—Si me llamas *monicaca*, me la pondré otra vez. Algunos días Nazaria bajaba a ver a Eva y hablaban horas y horas. Evarista rara vez se refería a sí misma, porque había alcanzado esa edad en que se da uno cuenta de que la vida propia no les interesa a los demás. Nadie quiere saber nada de nadie, como no sea algo denigrante.

Nazaria aprovechaba la oportunidad para hablar de su difunto esposo:

—Tuve una sola ambición en mi vida —decía con los ojos encendidos—: amar y ser amada. Era yo bastante mayor y no había conocido íntimamente a ningún hombre cuando Dios puso en mi camino a Manuel. Era un hombre joven, esbelto, de buena familia, inteligente, que se desvivía por complacerme.

Olvidando por un momento que Eva lo había conocido, decía Nazaria que su difunto esposo era bello y enamorado. Y añadía:

—Aquel hombre excepcional me dijo un día con lágrimas en los ojos: «Eres el ángel de mi existencia». Eso, me dijo. ¿Qué mujer ha oído una cosa así, en su vida?

La vecina cambiaba de tema y le ofrecía un dedalito de aguardiente, reprimiendo las ganas de reír. Así decía ella: *un dedalito de aguardiente*.

Trataba de averiguar Nazaria en todo caso el paradero de N. B. No sabía si N. B. tenía los ojos azules, verdes o negros, si su cabello era castaño o rubio, su nariz chata o aguileña. No sabía si era alto o bajo de estatura. Le habría gustado tratar de comprobar los atractivos de su persona y ver en cuál de ellos había visto la Galatea el pretexto para el adulterio. O tal vez ese pretexto no estaba en N. B., sino más bien en su propio marido, que la había decepcionado. Se dan casos.

Porque Nazaria tenía la tendencia a justificar las debilidades de las mujeres, aunque en su fuero interno consideraba a los hombres más nobles y, sobre todo —así decía ella—, más limpios moralmente hablando. Seguramente N. B. tenía un perfil intrigante. También lo tenía Juancho cuando no hablaba. Si callaba y dejaba que su mirada se perdiera en el aire, tomaba a veces una expresión de veras sugestiva. ¿Sugestiva de qué? Del mundo absorbente y extraño de las pasiones humanas.

Tal vez N. B. era un tipo atolondrado (las bofetadas parecían demostrarlo). Era posible que no fuera siquiera muy inteligente, ya que de otro modo habría procurado dejar el taller del padre de Manuel para proteger sus amores con la discreción y el disimulo. Tal vez era un voceras que presumía de haber conquistado a la mujer de su patrón. Todo esto podría ella averiguarlo con sólo cambiar una mirada con N. B. También le habría gustado a Nazaria ver si era aquel hombre una clase de individuo del que ella podría enamorarse.

«No por nada —se decía a sí misma—. Manuel sabe muy bien desde el otro mundo que esta curiosidad mía no traería consecuencias bajo ningún pretexto, y no digo más porque Dios me entiende».

Seguía el comandante perorando en el cuarto de al lado. Nazaria atrapaba alguna palabra y la obsesión por N. B. era tal que se preguntaba si no estaría el comandante dándole órdenes en aquel momento por teléfono. ¿Qué órdenes? ¿Sería N. B. realmente militar, aunque estuviera ciego?

El tiempo para reflexionar no le faltaba y a veces iba demasiado lejos y al margen de las cosas razonables, igual que Juancho. «En realidad —se decía—, ese chico sufre de alguna irregularidad, pero hay pueblos, como los árabes, que creen que esta clase de locos ven más profundamente los misterios naturales de la vida». Por eso tal

vez Juancho la amaba a pesar de su calvicie.

Los ojos de Juancho eran hermosos cuando no se extraviaban y su estatura la de un mozo esbelto. Con la razón un poco floja, pero ¿no hay muchos hombres normales y aun admirables con la razón débil?

Por fin ella creyó oír su nombre dentro de la oficina del jefe y se levantó apresurada. La llamaban. Se asomó a la puerta, que estaba un poco distante, llevando consigo el bolso de mano y la bolsa de papel, y al asomarse vio más de cincuenta personas sentadas en varias filas frente a una mesa presidencial donde el comandante hablaba. No hablaba detrás de la mesa, con las manos apoyadas en ella (actitud frecuente en los oradores), sino delante de la mesa, recostado ligeramente en ella, y con aire de compañero más que de jefe.

Cuando se asomó todos la miraron en silencio y el comandante dejó de hablar para mirarla, también. Entonces ella se azoró un poco y dijo:

—¿No me habían llamado? ¿No? Perdonen ustedes.

Y volvió, un poco avergonzada, a una silla diferente de la anterior y más alejada de la puerta de la sala, porque no quería que pensarán que estaba escuchando, ya que debían estar tratando materias de importancia. Aunque no demasiado graves, porque en este caso habrían cerrado las puertas para impedir que entraran otras personas o que escucharan desde la antesala.

Ella no participaba en absoluto de las ideas de aquellos jóvenes, pero veía que se jugaban la vida y a veces la perdían, lo que era noble y merecía respeto.

Había ido a sentarse cerca de la vitrina donde había abanicos de Manila con nácares rutilantes y paisajes pintados a la acuarela y firmados por nombres conocidos. Había también estatuillas de jaspe, orientales. Y un juego de té en plata labrada a mano, que no había más que pedir. En la estantería más alta se veían también miniaturas en colores, retratos del siglo XVIII, porque antes de ser inventada la fotografía los pintores se especializaban en aquel arte sutil. Miniaturas fácilmente portables, pintadas para los príncipes que podían pagarlas, protegidas por marcos labrados con amor. Sobre todo, retratos miniados de damas de la corte austríaca o borbónica, algunas con los hombros desnudos y calidades de fruta en sazón o de prometedora flor. Las austríacas con el escote más cerrado.

Envidiaba Nazaria a aquellas damas, aunque con una envidia respetuosa. Todas tenían hermosas cabezas cubiertas por una exuberante cabellera rizada.

Y oyendo de lejos la voz del comandante recordaba el espectáculo que acababa de presenciar: varias filas de sillas ocupadas por tres o cuatro docenas de hombres, todos jóvenes y uniformados. Oficiales, comisarios políticos que trabajaban en los frentes y se habían reunido allí para tratar algún problema de organización.

Ella no podía imaginar en qué consistía aquel trabajo, pero la escena la había impresionado. Todos aguerridos y curtidos por la intemperie. El único que no parecía tan curtido era el que les dirigía la palabra. Por cierto que no hablaba con énfasis, ni alzaba la voz, ni hacía grandes gestos, sino como podía hablar un amigo en la

sobremesa, de igual a igual, y por eso debía ser más convincente. Llevaba un brazo en cabestrillo. Una herida de guerra.

Tal vez aquellos jóvenes eran aviadores (por los uniformes no se podía deducir nada), y en ese caso Nazaria pensaba en ellos con admiración. Subir al aire en un frágil avión y desafiar a la muerte en combate con otros aviones o afrontando el fuego de los cañones antiaéreos, aquello le parecía a ella digno de los héroes de la antigüedad remota.

Las filas de la sala no eran regulares. La primera y la segunda lo eran, pero las otras se quebraban y la última estaba de veras desnivelada y los concurrentes se sentaban como querían. Alguno había puesto la silla al revés y se apoyaba con los dos brazos en el respaldo mientras oía —eso sí— atentamente.

La última vez que estuvo Juancho en su casa sucedieron cosas alarmantes, de veras. Ella lo recordaba asustada y no lo habría confesado a nadie, ni siquiera a la señora Eva. Menos que a nadie a su vecina Evarista con sus risas espinosas.

Allí, en la antesala, no podía hacer nada sino recordarlo. Nazaria se removía en su asiento y comprobaba con la mano que la peluca estaba en su sitio.

Por algunos momentos su atención quedó prendida en un cartel de propaganda de guerra que había en el muro. Lo había visto antes en otras partes. No era el lugar adecuado para aquel cartel, en el que había una oreja humana blanca, muy grande, sobre fondo azul, y debajo unas letras que decían: «Cuidado, las paredes oyen». Asustada, pensaba Nazaria: «Yo no soy pared, pero oigo, también. Es peligroso oír, según parece». La seguridad de su propia inocencia la tranquilizaba, aunque si se enteraban de su calvicie podría ser que nadie creyera en ella. Por otra parte, ¿a quién iba a contarle las revelaciones que oyera, aunque fueran sensacionales?

Volvía a pensar en su pisito de la calle de Velázquez. Juancho había llegado un día con comida robada de su casa. Eran cosas de poca importancia en tiempo normal pero, en medio de las escaseces de la ciudad, unas lonchas de jamón y un poco de azúcar representaban pequeños tesoros.

Los devoraron juntos y después Nazaria preguntó:

—Dime la verdad: ¿de dónde los has sacado?

El hecho de que lo preguntara después de habérselos comido y no antes demostraba hasta qué punto el hambre prevalecía sobre el decoro. Juancho decía:

—Debajo del fregadero de mi casa, estaban.

Era todo lo que podía decir. Ella sacó después una botella mediada de vino y se la bebieron los dos. Como la comida había sido muy frugal el alcohol hizo más efecto del que se suponía y el chico volvió a sus manías:

—¡Quítate la peluca, Nazaria!

Ella se la quitó, recordando —cosas del alcohol— su posible vida pecaminosa en encarnaciones anteriores. ¿Mesalina? No estaba segura de la clase de persona que aquella Mesalina había sido, aunque recordaba que en la corte romana de Claudio había escandalizado a todo el mundo por sus debilidades. Así decía ella: *debilidades*.

No eran aquellas princesas imperiales hetairas vergonzosas, sino féminas puestas en lugares donde su situación las rodeaba de tentaciones. Mesalina tenía seguramente una buena cabellera rubia o negra y, en cambio, Nazaria no necesitaba cabellera alguna para ser ocasionalmente seductora. Allí estaba Juancho como testimonio:

—¡Qué hermosa eres! —decía el chico en éxtasis. Con su cabeza descubierta se consideraba Nazaria una Mesalina calva como una calabaza (ella se daba a sí misma el diminutivo: *calabacita*) y se preguntaba qué clase de seducción podía ejercer. Pero nunca se sabe, y menos con un hombre que ha padecido encefalitis en el útero materno. Ella no entendió nunca a los hombres. Era un puro misterio el trato con ellos. A veces un misterio propicio. Por ejemplo, para ella, quitarse la peluca sin sentir vergüenza sino, al contrario, comprobando su poder de seducción, era un alivio. Aunque Juancho iba en serio aquella tarde. Sentía ella la fuerza del deseo viril en los músculos de sus brazos. El chico se ponía rígido, miraba con los ojos desorbitados y daba señales de haber aprendido la fisiología del amor. Ella se veía en situaciones difíciles.

Fue de veras terrible, aquello.

Resistía ella con la misma energía y por fortuna no había alrededor ningún objeto que pudiera ayudar a Juancho en su locura de dominio, por ejemplo, un arma amenazadora o un simple objeto contundente.

—¡Juancho! —gritaba ella, monitora.

Si el chico la escuchaba con respeto añadía, afable:

—Estate quieto y hablemos como dos amigos. Tú eres un hombrecito y yo una mujercita. ¡Deja las manos quietas y hablemos!

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó él dócilmente—. Tú eres la calvorota guapa.

—No me digas eso. No son maneras de caballero. Además es tarde, Juancho, y pronto vendrán a buscarte. Aquel día era domingo. Ella no lo olvidaba, aunque entonces y en Madrid no se sabía cuándo era domingo, ya que no había iglesias abiertas ni misas a las que asistir. Pero ella tenía un calendario colgado en la puerta y hacía marcas en él a medida que pasaban los días. Juancho no podía estar quieto. Nazaria se ponía la peluca para tranquilizarlo, porque aquello apagaba un poco sus ímpetus.

Fue al espejo a reacomodarse el cabello. Entonces, y en el cristal, vio que el chico llegaba por detrás, le arrancaba la peluca y la abrazaba dando alaridos.

Era lo que la asustaba a ella: los gritos. Gritaba Juancho guturalmente y agriamente, como un animalejo en el fondo de la selva. Uno de esos animales que se oyen gañir o graznar o gorgoritear, pero que no se ven casi nunca.

En un momento de pánico, ella se volvió y lo empujó con las dos manos, pero él se desvió y saltó sobre ella como un tigre. Entonces Nazaria, la virtuosa Nazaria, pudo liberar un brazo y lo golpeó dos veces, la primera sobre los dientes y la segunda sobre un ojo. El muchacho la soltó y se puso a llorar. Tenía un hilo de sangre en la

coyuntura de los labios y ella lo llevó al cuarto de baño y le hizo enjuagarse con un desinfectante.

A ella le daba pena, a pesar de todo. Pero Juancho seguía con la peluca de Nazaria en la mano y fue entonces cuando llamaron a la puerta. Era la madre de Juancho, que iba a buscarlo. Había ido a la escuela y al ver que no había nadie fue al piso de la maestra. En el marco de la puerta se quedó mirándolos a los dos con ojos inquisidores.

Nunca había visto la madre de Juancho a Nazaria sin la peluca y cuando vio que su hijo la llevaba en la mano, como un harapo sucio, le dijo gravemente:

—Devuélvele eso a la señora y vamos a casa.

Nazaria se sentía terriblemente humillada.

IV. Donde aparece el embajador de Siam

Nazaria había olvidado que estaba con la cabeza desnuda, pero lo vio al pasar ante el espejo y dio un pequeño grito de espanto. Alargó la mano en la dirección de Juancho, quien se acercó y quiso ponerle la peluca él mismo. Ella se la quitó y se la acomodó cuidadosamente, mientras la madre miraba en silencio.

—Mañana saldremos mi hermana y yo —dijo por fin— con un convoy de evacuación para Valencia.

Solían sacar de Madrid a la gente que no era necesaria para la defensa de la ciudad. Así esperaba la Junta de Abastecimientos ahorrar víveres y, por otra parte, aligerar la urbe de personas ociosas y tal vez enemigas. Recibió Nazaria la noticia como una broma adversa de la fortuna. «Si evacúan a todos los niños, ¿de qué voy a vivir?», se preguntaba, asustada. Por otra parte, el hecho de que la madre de Juancho la hubiera visto con la cabeza pelada del todo la tenía consternada. Cuando se quedó sola, Nazaria estuvo pensando que lo mejor que podría sucederle era que la evacuaran también a ella con alguna expedición de niños anormales. Y pensaba a quién podría dirigirse para conseguirlo. Pero al día siguiente la familia de Juancho no se marchó, ni tampoco el otro. Había cierto desorden en las tareas de evacuación y preferencias y malentendidos. No se fueron. Ella encontró a Juancho en el centro de evacuación pocos días más tarde. Lo primero que Juancho le dijo fue:

—Mi madre no me deja ir a casa de la pelona. Dice mi madre que no vaya más a tu casa porque tuviste la tiña.

Eran pruebas que le enviaba Dios y, cuando no podía más, Nazaria se refugiaba en la memoria de su marido. Le hablaba por la noche a su difunto esposo, pero lo que Manuel le respondía no la ayudaba mucho, porque las palabras de Manuel se las prestaba ella, que se sentía culpable por los juegos con Juancho. Y ella se acusaba a sí misma a través de las palabras que le prestaba a Manuel.

Un médico se acercó a Nazaria en las oficinas de evacuación. Era joven y tenía a su cargo la supervisión de alguna clase de servicios.

—Queremos salvar primero a los niños normales —dijo—. Es una medida de una dureza un poco espartana, pero ¿qué vamos a hacerle?

Quería ella hablar con el médico de igual a igual, es decir, como pedagoga, pero él no la escuchaba. Nazaria no era, frente al médico, sino una enfermera, y ni siquiera una enfermera diplomada.

Como estaban allí Juancho y su madre, quiso Nazaria decirle al médico que el chico era casi normal, y el médico le preguntó:

—¿Puede atarse los zapatos?

—Cuando vino a mi escuela no podía, pero ahora, sí.

Lo decía ella con cierto orgullo y el médico pareció escucharla con más atención.

Entonces comenzó a hacerle preguntas. ¿Había leído a Freud? Ella respondía: «Un poco». (Freud le parecía un sabio pornográfico y poco inteligente y no podía comprender que hubiera alcanzado tanta reputación hablando y escribiendo sólo de cochinerías).

Porque ¡había que ver las procacidades de Freud! No se detenía ante ninguna consideración ni ante ningún respeto y entraba a saco en la intimidad de sus pacientes y de sus lectores.

«Santa madre de Dios —se decía Nazaria, recordándolo—. Parecía mentira que cosas como aquéllas anduvieran impresas».

Volvió el médico a preguntarle qué le parecía Freud, y ella respondió, evasiva: —Una tiene también sus principios.

Después de hacerle algunas preguntas a Juancho y a su madre, el médico le dio a Nazaria una hoja mecanografiada con una lista de preguntas que Juancho debía contestar por escrito. Eran las preguntas que el médico solía usar en su clínica para diagnosticar a los pacientes.

Como recelaba que aquellas mujeres ayudarían a Juancho a escribir las respuestas, les dijo que el chico debía llenar las dos hojas solo y en un cuarto aparte. Mientras el muchacho lo hacía, Nazaria encontró a otra mujer con su hijo (alumno en la guardería de Hilarión Eslava), que tenía nueve años, se llamaba Reinaldo y lo llamaban por la abreviatura, Rey. El chico odiaba a una hermana suya que no iba a aquella escuela ni a ninguna otra, todavía. Y para mostrarse Nazaria entendida y mejorar de esa manera en la consideración del médico, preguntaba al niño anormal lo que había hecho los últimos días en su casa.

Decía Rey que había encerrado a su hermana en un cuarto oscuro y tirado la llave a la calle. Luego, aquel mismo día, se asomó a la ventana, desde fuera, diciendo que era un lobo y ululando, para asustarla.

—¿Y después? —preguntó Nazaria, viendo que el médico escuchaba con atención.

Rey no respondía, pero gruñía arrugando la nariz, enseñaba los dientes y ponía los músculos de su pequeño cuerpo en tensión. Nazaria, siguiendo el juego, preguntaba:

—¿Contra quién es toda esa rabia?

—Ahora es contra mi padre. Anoche le pegué un tiro a mi padre. Pero el cartucho estaba mojado.

Al llegar aquí, Nazaria miró al médico. Complejo de Edipo. Antes de la guerra no creía en Freud. No es que ahora creyera, pero quería hacer ver que estaba enterada. Repitió, dándoselas de advertida:

—Tiene ese niño un *edipito* que ya, ya. ¿No le parece? Digo, un complejo incestuoso.

No sabía la madre de Rey lo que aquello quería decir, y entonces Nazaria se lo explicó, añadiendo lo que sabía sobre aquel escabroso tema. A la madre no le disgustó que su hijo estuviera inconscientemente enamorado de ella, y Nazaria

repetía aquello del edipito en diminutivo, lo que la mostraba más familiarizada con la psicología moderna. Esperaba oír al médico, que parecía distraído y no decía nada.

Entretanto, Juancho había completado las frases truncas del cuestionario. Éste iba escrito en mayúsculas y las respuestas de Juancho en letra cursiva:

SI YO FUERA MÁS GRANDE, *sería el rey de la puta madre gigante y tendría dineros.*

ME GUSTARÍA ENTONCES *ir a nadar.*

OJALÁ PUDIERA TENER *dos bicicletas, una para correr por encima del agua y otra por debajo y pescar el oro de los barcos hundidos.*

ODIO CON TODA MI ALMA *a los ratones porque no saben cantar como las cardelinas y ni siquiera subirse a los árboles.*

¡CÓMO ME GUSTARÍA QUE ME COMPRARAN *una vaca, un billete de lotería y una gamberra eléctrica!* (Luego había borrado *gamberra* y escrito encima *guitarra*).

ESTOY TRISTE PORQUE *doña Nazaria no quiere que la vea entera por debajo y sólo por arriba, sin pelo. Por abajo tiene calzones.*

ALGÚN DÍA ME COMPRARÁN *una máquina de escribir.*

ECHO EN FALTA *el corral de Hilarión Eslava y el camioncito y las hermanas mellizas que se llevó el alguacil.*

QUIERO IR *A la música y soplar en el trombón y ganar salario.*

CUANDO ESTOY SOLO *cuento las moscas buenas y las malas y nunca me sale bien la suma.*

QUIERO VER *un cementerio lleno de pavos reales haciendo la rueda.*

UNA VEZ SUBÍ *a la torre de la iglesia y no llegué arriba porque había un perro rabioso debajo de cada campana y porque me atrapó en las escaleras la maquinaria del reloj grande que daba la hora y me dio miedo.*

ME GUSTARÍA SER *un carnero y topar a las chicas en la rodilla y romperles el huesito dulce que hace reír y tener muchos duros.*

UNA VEZ ME CAÍ *de la cama porque la ropa estaba meada y mi madre me llamaba Judas y me quería pegar.*

SI YO FUERA MÁS LISTO *iría a la procesión con una vela encendida y luego me nombrarían virrey, obispo y bombero mayor y viajaría siempre en tranvía sin pagar.*

YO QUIERO MUCHO *a las señoras como mi tía, sólo que ella tiene demasiado pelo en la cabeza.*

LAS CHICAS SON *moñas con culo de carne y pechos para el aire del aliento y para la leche cuando se dediquen a nodrizas.*

LOS AMIGOS CREEN QUE YO SOY *el que rompe la nuca en broma a las muñecas de las chicas.*

LO QUE MAS ME GUSTA ES *comer las rosquillas de anís en la plaza y*

esconderme en la iglesia dentro de un confesionario.

YO QUERRÍA APRENDER A escribir a máquina cartas para doña Nazaria acabando en el un dos tres calva es.

CUANDO SEA GRANDE tendré un empleo y un rifle y un caballo rabioso que se levantará en dos patas para relinchar.

MI PADRE Y MI MADRE dicen que soy lerdo y que no aprendo la tabla de multiplicar, pero es por la guerra.

MI CUERPO ES DE Dios Nuestro Señor y también del diablo y, sobre todo, de mi madre y mi tía, que me dan de comer.

YO ACOSTUMBRO A ENFADARME cuando entro en los retretes de las chicas y me echan o me quieren meter en la cárcel porque saco níqueles de los cepillos de las iglesias.

SUEÑO CON ANIMALES, ESPECIALMENTE con chimpancés que fuman y me dan sus cigarros y me dicen que me saldrán pelos en la frente y en las orejas.

A VECES PIENSO que me voy a morir el día de mi boda con la zamacueca chica y entonces ella llorará y todos rezarán la letanía.

MI MADRE NO ronca. Mi padre sí, en la siesta, y se deja el chaleco con dinero en una silla.

CUANDO ME DESPIERTO POR LA NOCHE tengo hambre y voy a la cocina, pero no hay comida más que en el frente y entonces quiero ir a las trincheras a comer y a pegar tiros y a que me paguen como a los capitanes.

DIOS ES malo cuando hay tronada y trueno. Luego es bueno y hace arcos iris, pero poco me vale a mí. Sólo les vale a los curas y a algunas monjas guapas.

LOS OTROS CHICOS SON hijos de puta aunque bautizados, menos mal. Las chicas son mamíferas. Nosotros, no tanto.

TENGO MIEDO DE los cementerios por la noche y de los leones por el día, pero están enjaulados o enterrados y no importa.

ME INCOMODO CUANDO me visto yo solo y mi madre no viene a meterme el faldón de la camisa y cuando doña Nazaria me echa y cuando llueve y no salen las ranas brincando y no tengo dineros.

LOS OTROS CHICOS Y CHICAS me tienen miedo y hacen bien, porque cuando acabe la guerra y cambiemos de casa y me compren botas de campo con hebillas voy a matarlos a todos.

MI PADRE ES malo, pero se morirá y entonces robaré dinero para mi madre y para Nazaria en un Banco, todo en pesetas de plata.

CUANDO DUERMO viene a verme una mona llena de tetas, yo le digo monicaca y ella se enfada como doña Nazaria.

YO ME PAREZCO a un perro lobo que tenía el médico, pero los perreros le dieron morcilla, así es que todo tiene su pro y su contra.

PIENSO A MENUDO EN QUE tengo que marcharme al cementerio como los demás y no me importa porque después de muerto espantaré de noche a las chicas en

los excusados.

ESTOY ORGULLOSO DE llamarme Juancho como el padre y de ser más joven y más mala leche, aunque no tanto como los demás porque yo soy sincero.

LOS OTROS CREEN QUE YO SOY tonto, pero es porque voy a la escuela de doña Nazaria y porque no tengo máquina de escribir y por eso bago faltas de ortografía.

ME ARREPIENTO DE haber soñado que le pegaba una paliza a mi madre, pero era para hacer reír a un gorila, y aunque le pegaba el gorila no se reía sino que gorgoriteaba con los morros apartados. No se reía. Por eso me arrepiento. Aunque se sueña sin querer y no adrede como cuando uno está despierto.

YO TRATO DE SER Juancho el memo, que vuelve tarumba a mi padre cuando viene del frente y a doña Nazaria con el camioncito.

ME DIVIERTO CUANDO juego y hago trampas y si se enteran les pego.

SI ALGUNO EN MI FAMILIA ESTA ENFERMO YO ME SIENTO contento porque podría morirse y entonces toco a más y si se muere lloro, pero me alegro por dentro.

CUANDO ALGUNO ME PEGA yo digo que voy a prenderle fuego a la casa y mi madre lo sabe y esconde las cerillas y entonces me deja en paz.

CUANDO VIENEN VISITAS A CASA YO me aburro y digo cosas como rediós y puta y se van antes de lo que pensaban.

A LAS HORAS DE COMER YO tengo más hambre que los otros porque comiendo crezco y me salen pelos en la tripa.

SI VEO UN PERRO QUE TIENE FRÍO lo cojo y lo meto en el seno debajo de la camisa, pero tiene pulgas y entonces me rasco y lo mato y cuando lo veo muerto me da pena.

ME GUSTA quitarle la peluca a doña Nazaria y frotarme con ella la cara o la bragueta, según.

SI NO ME DAN EN CASA LO QUE QUIERO digo juramentos y mi madre se asusta y viene mi tía y me da un duro porque salgo al abuelo manco que con la izquierda arrimaba sopapos a los chicos de los vecinos.

CUANDO HE HECHO DAÑO A ALGUNO espero que lllore y entonces me gusta y luego me arrepiento y mi madre se santigua y no me da nada y a mí no me importa.

Cuando el médico leyó esas respuestas dijo, ante la extrañeza de Nazaria (que se había ruborizado cada vez que en el escrito se aludía a ella):

—Este chico no está loco ni mucho menos. Al revés.

La madre de Juancho concibió esperanzas y Nazaria se llevó una sorpresa agradable. Lo primero que pensó fue: «Si no fuera tan joven podríamos incluso casarnos, aunque parezca una idea extravagante». En aquellos tiempos locos, la locura parecía razonable. Pero ¿qué era lo que quería decir el médico con aquello de

al revés?

Porque una vez más pensaba que Juancho estaba enamorado de ella. Y aquel *revés* podría ser halagüeño.

Por el momento no los evacuaban a Valencia. La madre y el hijo se fueron a casa con vagas promesas y Nazaria volvió a la suya evitando los lugares enfilados por la artillería, que eran fáciles de reconocer porque tenían casas deterioradas y cachizas de cristales por las aceras.

Más que las ventanas con cristales rotos, lo que daba a Nazaria una impresión deprimente y a veces desolada era el hecho de que aquellos cristales, con los saetinos de las ventanas todavía adheridos, persianas mutiladas y pedazos de techumbre se extendieran por el pavimento sin que nadie se preocupara de limpiar la calle.

Aquellas cosas daban a Nazaria la impresión de la inutilidad de las defensas. A pesar del cielo y del infierno y de la supuesta buena voluntad de la humanidad entera. Nada podía ser remediado.

Nazaria, caminando con cuidado, porque a veces había pedazos de madera con clavos hacia arriba, sentía ganas de llorar.

Pero se decía: «Manuel me mira desde el otro mundo, Juancho no está loco, sino al revés, y su aparente locura es sólo la consecuencia de su amor por mí». El amor podía explicar todos los desarreglos de la mente de aquel chico. En cuanto al embajador de Siam, en aquellos días no lo había conocido aún.

Seguía caminando. En dirección contraria llegaba un hombre de media edad, tanteando delante con el bastón. No podía entender Nazaria que la miseria *natural* — así decía ella— por que atravesaba la ciudad pudiera tener circunstancias agravantes como aquélla. Un ciego en la urbe del hambre, del frío y de la muerte airada. ¿Sería N. B.? No se atrevió a preguntarle.

El destino le parecía cruel, pero mirando al ciego acabó por encogerse de hombros. Estaba deprimida, Nazaria. Desde que no había cultos religiosos se sentía abandonada o, como decía ella, dejada de la mano de Dios. Podía rezar en casa, pero no era lo mismo, porque en la iglesia se sentía integrada en la *comunidad de los justos*.

En las oficinas de la Junta de Evacuación solía haber siempre gente esperando. Allí conoció Nazaria, días después, a una ancianita medio inválida que sabía muchas cosas. Parecía tener un hilo personal y secreto con el campo enemigo.

Fue a partir de la conversación con ella cuando Nazaria se había decidido a visitar al comandante de milicias. Porque la viejecita le dijo con la confianza que les daba a las dos llevar un rosario arrollado en la muñeca: «¿No sabe usted que han matado en Salamanca al padre del comandante de milicias de su barrio? Es una familia salmantina medio pariente de parientes míos. Gente de posibles y que no merecía tanto rigor, la verdad». Nazaria le preguntaba:

—Pero ¿cómo se entera usted de estas cosas? Generalmente nadie sabía lo que pasaba al otro lado de los frentes, pero había damitas como aquélla que se enteraban

de todo. Por ejemplo, aquella viejecita sabía más de la familia del comandante que él mismo. Nazaria habría querido volver a encontrar a aquella señora toda arrugadita, pero tal vez la habían enviado ya a Valencia, desde donde seguiría informándose de todo, a la medida de sus curiosidades y a través de sus agentes personales, que eran también virtuosos de la chismografía. De una comadrería que siempre suele ser más trascendente en tiempo de guerra y que es más poderosa que la guerra y la paz de los políticos.

En la soledad de su casa no podía comprender algunos días Nazaria aquel peso abrumador que se le ponía en el corazón. Necesitaba que alguien le demostrara que su presencia en este mundo era digna de ser tomada en cuenta. Y sólo se lo decía con sus ojos extraviados, de tarde en tarde, el pobre Juancho.

Su vecina Evarista le dijo un día:

—Yo también tengo un vacío en los adentros que me hace verlo todo negro. El médico me da una píldora azul, pero no la tomo porque luego, para remediar el trastorno, tiene que darme otra verde y luego amarilla, y se le queda a una desguitarriado el cuerpo para siempre.

Como se ve, no se fiaba Eva de los médicos.

En cuanto a Nazaria, en todas partes se sentía insegura, menos en aquella antesala de la comandancia de milicias frente al retrato de las azucenas y al de los crisantemos, oyendo en el cuarto de al lado la voz del comandante. Esperando todavía que la invitaran a pasar. Hacía ya más de dos horas que esperaba y no le importaba, porque se sentía protegida por las dos imágenes del muro y por la voz del orador. Las pinturas del muro aludían a la grandeza y al esplendor social, y la voz tenía un eco realmente acogedor y propicio.

Pasaban las horas en la antesala sin sentir. Y volvía a sus memoraciones.

Fue en aquellos días cuando las fuerzas que defendían Madrid atacaron en el sector de los desmontes de Hilarión Eslava y avanzaron más de dos kilómetros. El enemigo confesaba por la radio que había tenido que rectificar sus líneas. Y la casa donde había vivido Nazaria quedaba dentro del sector reconquistado. Al enterarse, lo primero que se le ocurrió fue ir a ver si algunos libros y papeles que dejó se habían salvado. Y con ellos la silla extensible de Manuel.

Era uno de aquellos días en los que sufría una angustia insuperable y se sentía abandonada y sola al borde del abismo.

No era fácil acercarse al frente, pero consiguió los pases adecuados y pudo llegar. No iba sola porque se le unió una mujeruca que tenía también la misma curiosidad en relación con su perdido hogar.

Por el camino iban hablando, y aquella mujer, que se llamaba Agustina, dijo que no le importaban los peligros del frente porque había perdido dos hijas algunos meses antes a causa de la explosión de una granada de artillería.

Contaba Agustina cómo sucedió la muerte de las dos niñas y por la manera de hablar se veía que la había contado centenares de veces y que sabía transmitir a los

otros la emoción que ella misma sentía. Estaban las niñas en la calle con sus amiguitas jugando a las cuatro esquinas. Es decir, se trataba más bien de dos juegos combinados: el de los cuatro cantones y el de la cocina de Santa Catalina. La hija mayor de Agustina, que tenía siete años, había distribuido los papeles del juego así: «Tú eres el aceite, tú la sal, tú el pan, tú la manteca. Yo soy el azúcar». Se reservaba para sí el ingrediente que le gustaba más. Su hermana menor era la manteca. «Vamos a hacer manteca con azúcar», gritaba, y tenían que permutar las esquinas bastante rápidamente, para que no se adelantaran las otras a ocuparlas, en cuyo caso tendrían que pagar prenda el azúcar y la manteca. La prenda consistía en aguantar el mosqueo con un pañuelo en cuya punta habían hecho un nudo para que doliera. Y reían todas mientras azotaban a la culpable en la espalda.

Allí estaban a media mañana el aceite, la sal, el pan, la manteca y el azúcar cuando llegó la granada y estalló en el aire. El azúcar quedó en el suelo, junto a la esquina que acababa de ocupar, y la manteca, su hermana, en el centro de la plazuela. El aceite y la sal, a mitad de camino, porque iban a castigar al azúcar con el pañuelo.

Así de simples fueron las cosas. Al azúcar le salía sangre por la boca.

No tenía miedo Agustina de entrar en el sector batido por el enemigo. ¿Qué miedo iba a tener —decía— después de lo que les sucedió a las niñas? Su marido y su hijo varón estaban en el frente. Menos mal que allí no faltaba la comida y a veces incluso le enviaban a ella pan y lentejas y hasta alguna lata de sardinas.

Estas cosas iba diciéndole su vecina.

Cuando llegaron hallaron la casa de Nazaria en escombros. Verdadera desolación. No quedaba un solo muro en pie, ni siquiera la valla del corralito. Por un azar absurdo se veían los tubos del drenaje (las cañerías) en el aire e intacta la taza del retrete, inmaculada, con su tapadera y todo.

Era desolador, aquello, pero el recuerdo del azúcar y la manteca muertos en la calle parecían justificar y atenuar la desolación. El retrete en medio de las ruinas, limpio e intacto, la fascinaba. Se recordaba a sí misma, sentada allí, con vergüenza. Y miraba en silencio, pensando que siempre solía haber en su desgracia algo grotesco.

En la casa de su vecina quedaba un muro en pie y en la parte interior había un dibujo en colores hecho por una de las niñas muertas (la manteca) y clavado con cuatro tachuelas ya oxidadas y rotas. Agustina pudo llegar allí y recuperar aquel dibujo. Eso la consoló un poco.

Luego buscó algún objeto entre los escombros ayudada por Nazaria, pero no encontraron nada. Como olía mal (debía haber perros o gatos muertos y sin enterrar e incluso quién sabe si algún ser humano), se marcharon pronto.

Antes de retirarse de aquellos lugares fue Nazaria a ver las huellas de *Pito* en la acera de una calle también medio destruida, que no caía lejos. Su vecina le acompañaba.

Le gustaba a Nazaria ver alguna cosa ligada a su vida pasada, algo menos ominoso que la taza del retrete. No se atrevió a decirle a Agustina de qué se trataba

porque temía que se burlara. Fueron allí como por azar. La verdad era que ella había querido a *Pito* porque el animalito se encariñó con su marido y lo acompañaba y si no hubiese sido por los niños que le tiraban de las orejas y le querían meter palos en el trasero, nunca se habría marchado.

Dio la casualidad de que la casa inmediata al lugar donde *Pito* había dejado la huella de su mano era una de las pocas que habían salido indemnes de los bombardeos en aquel sector. Así, pues, la acera estaba descubierta y la traza de *Pito* se veía tan fresca como el primer día. Nazaria se conmovió y estuvo a punto de lágrimas. Agustina la miró de un modo despegado y reticente, y le dijo:

—Es que usted no ha debido tener hijos. Si no los ha tenido, agrádzcalo a Dios, criatura.

Ser llamada «criatura» le parecía a Nazaria amable y tierno y el llanto fluyó de sus ojos.

—Esa marca —decía Nazaria, señalando la del pie de *Pito*— me recuerda los tiempos de mi felicidad.

Y comenzaba a contar maravillas de Manuel. Hablaba de la nobleza de su familia, de su figura esbelta, de su belleza varonil, de otras formas de grandeza. Pero las decía sin acento convincente alguno, y Agustina fingía creerlas.

Volvía Nazaria a hablar de *Pito*. Poca cosa debía ser la vida de un perro callejero. Para *Pito*, amigo de su esposo muerto, la vida debió ser una sucesión de catástrofe. Tal vez había muerto ya, *Pito*.

Salieron de allí en silencio. Para Nazaria lo único importante que había en aquella zona (que los militares llamaban *segunda línea*) era la taza del retrete y la huella del perro en el cemento, graciosa como una flor. Entre las dos estaba todo su pasado, toda su vida.

Un poco de la posible perennidad de Manuel y de ella misma estaba en aquella huella, ahora que no habiendo templos dudaba de obtener alguna clase de inmortalidad. Si moría sin la asistencia de la Iglesia temía caer en la condenación eterna. Aunque tal vez no, porque la culpa no era suya.

Pocos días después sucedió algo de veras lamentable. El enemigo recuperó los dos kilómetros perdidos y la huella de *Pito* quedó otra vez en el lado de los llamados nacionales. Todo el mundo lamentaba la victoria del enemigo por razones políticas o militares, pero Nazaria se dolía sólo porque no podría volver a ver la huella del pobre animal. El futuro, por esa y otras razones, se presentaba sombrío.

En cuanto al momento presente, estaba representado por Juancho. Algunos días se sentía ella tan culpable que, no sabiendo qué hacer, se ponía a beber. Primero con el pretexto de la falta de víveres y del frío del invierno. Después por costumbre, ya que el vino atenuaba las impresiones de fuera.

En el piso de la calle de Velázquez había visto Nazaria varias estatuillas de Buda en jaspe, mármol, cristal. También dos o tres lámparas con motivos orientales. Un día vio entre los papeles del dueño del piso las siguientes líneas: «El lugar del que yo

guardo mejor recuerdo en mis viajes a Oriente es Bangkok, capital de Tailandia, como prefiero llamar al país que otros llaman, Siam. He traído de allí *souvenirs* de algún valor, que podré revender si llega el caso: un yelmo dorado del siglo XVI, varios Budas y dos túnicas azafranadas de monjes del Tíbet. Casi me hice budista, cuando estuve allí, pero esta religión, hermosa y todo, me parece más bien para gente con tendencias radicalmente negativas».

Era hombre culto, aquél.

Buscó Nazaria a ver si hallaba nuevas declaraciones que revelaran la clase de persona que era, pero de momento no encontró nada más.

El tiempo era variable e incómodo. Algunos días había vientos mojados que ululaban como antes en la calle de Hilarión Eslava. A veces, Nazaria no podía más y acudía a su vecina Eva, quien atribuyendo su angustia a causas físicas le ofrecía algo de comer. Más de una vez le suplicó Nazaria que pusiera manteles en la mesa. Parecía una tontería, aquello, y Eva estuvo a punto de ofenderse, pero también a ella la confortaban aquellas muestras de bienestar, que eran como el regreso a la normalidad de los buenos tiempos.

Las dos soñaban con aquellos buenos tiempos que, en realidad, no habían tenido nunca. Como no podían esperarlos ya en un futuro que les sería adverso, los imaginaban en el pasado (tampoco muy propicio). La ilusión funcionaba en las dos direcciones, y al fin la vida es cosa de la imaginación.

El piso de Nazaria era de lujo, pero sus ventanas daban al mundo y éste era, por el momento, un mundo contrario e impropicio. Lástima. Habría querido Nazaria estar aquellos días en un país lejano, con palmeras enanas y pinos gigantes, y sentir su aburrimiento al caer la tarde, un aburrimiento tranquilo entre la dulce prima noche y las tormentas de los países exóticos con centellas color rosa o color magenta.

Buscando entre los papeles halló una carta de mujer y la leyó muy impresionada. Decía:

«Querido mío, he pasado toda la semana en la cama escuchando discos nuevos y tratando de reponerme, pero, francamente, no sé si esto será posible. Ya son siete años después de nuestra horrible tragedia y estoy recordando un artículo de un médico que decía que siete años después de una catástrofe emocional comienzan los síntomas de lo que puede ser el fin. Si tienes todavía un momento de ternura para mí, te suplico que me llames a cualquier hora del día o de la noche. Cuando no pueda más sin oír tu voz, te llamaré yo. Pero me da miedo. No quiero que conteste el teléfono otra mujer: la que en ese momento esté contigo.

»No sé por qué crees lo que dicen mis enemigas (y todas las mujeres que quieren ocupar mi sitio a tu lado lo son), cuando yo nunca escucho a los tuyos. Lo único bueno de las trágicas horas de hace una semana es que ya sé quién era la idiota —ella misma me había dicho que sería capaz de cometer verdaderos crímenes a cambio de quince días de vida contigo. Claro, se dio cuenta de que esto podría ser posible sólo

matándome antes a mí. Y casi lo ha conseguido. También María Jesús quería matarme a mí para tenerte a ti a su lado... y Dios sabe cuántas otras, ahora. Yo conozco a dos o tres más.

»Pero no puedo dejar de amarte, aunque me doy cuenta de que tú estarías más tranquilo si yo me muriera. Puedes alegrarte, tengo malas noticias. Demasiada alta presión, demasiada grasa en la sangre y también demasiado azúcar. Así, tengo que ir a la clínica, para pasar por más pruebas y experimentos aburridos, el martes que viene. Es martes trece y sabes que soy supersticiosa. Mejor. No quiero vivir más.

»Sin embargo, recuerdo los últimos días contigo como una bendición. Lástima que no me marchara el tercer día y así habríamos evitado la catástrofe del cuarto, cuando tú comenzaste a insultarme. Pero me siento tan bien a tu lado que no me marcharía nunca. Si vuelvo, es decir, si me llamas, puedes estar seguro de que me marcharé en un día o dos. Ya sé que mi presencia sostenida te irrita.

»En todo caso, espero que tú estés bien con la corte de chicas que te rodean y adulan. Si un día te convences de que nadie te ha querido ni podrá quererte nunca como yo, llámame. Pero temo que será demasiado tarde.

»Cuídate de las tentaciones locas y nunca olvides que te quiero con todo mi corazón y toda mi alma y toda la poca inteligencia que tengo.

R.

«Rompe esta carta. No quiero hacer más felices a mis rivales».

Al pie de la carta había una nota a lápiz hecha sin duda por el hombre a quien iba destinada. La nota decía: «Carta insincera porque habla al final de la poca *inteligencia* que R. tiene, y eso no lo cree nunca nadie de sí mismo».

Nazaria se quedó pensativa. Había mujeres tan enamoradas como ella lo había estado de Manuel. Pero además mujeres cuyo amor no las hacía felices como ella lo había sido. Enamoradas sufrientes, mientras ella había sido gozadora. Al menos Manuel nunca le dio motivos para sentirse celosa.

Sentía curiosidad por la persona del dueño de aquella vivienda, a quien imaginaba alto, moreno, corto de palabras, casi adusto, muy expresivo en sus silencios, gran viajero, un poco desdeñoso de las mujeres por amor a una dama ideal que llevaba en su mente y tal vez en su corazón.

Debía ser de veras un amante excepcional. Se propuso buscar más cartas, aunque dudaba de encontrarlas, ya que la mayor parte de los cajones de la mesa de su estudio habían sido cuidadosamente cerrados con llave. Le habría gustado leer alguna carta de María Jesús, también. Y de otras.

Comparándose con las amantes de aquel caballero, retrocedía en sus recuerdos hasta los tiempos de soltera, cuando había ríos de verano y sobre ellos lunas rojas, al atardecer. En los tiempos en que ella tenía pelo, todavía. Pensando en aquello bebía

un poco más en su piso de la calle de Velázquez.

No solía emborracharse, pero perdía una parte de su sensibilidad para el dolor y la grima. Habría rezado, pero tenía miedo a que Dios le contestara y ella no supiera escucharlo, a Dios, ahora que no había iglesias. Así, pues, bebía sólo para no tener necesidad de beber y cuando había bebido se sentía mejor. No tenía miedo, entonces.

La vida estaba llena de circunstancias imprevisibles. Por ejemplo, no había campanas. Esos bronces que avisan a los muertos de que no hay remedio, no se oían por parte alguna. Y había más muertos que nunca en Madrid. Sin campanas, claro. El alma de la gente no necesitaba rezos ni responsos para ir a donde quería ir, y nadie sabía, ahora, a dónde iban las almas. Y luego había extraños milagros, como el de la embajada de Siam. A veces pensaba que tal vez *Pito*, el perro que dejó la marca de su mano en el cemento, se había refugiado allí. Había cosas raras en las embajadas. Por ejemplo, en la de Siam había muñecas bailarinas que ella imaginaba pegadas por la espalda o por la cadera.

En la noche la cara de la gente se hacía más pálida bajo los arcos ciliares. Siempre le había gustado a Nazaria aquella expresión: *arcos ciliares*. Ella los tenía, porque la calvicie no había descendido a las cejas, por fortuna. Casos había en que las personas calvas por enfermedad perdían también las cejas. El que ella las conservase le daba algún motivo de satisfacción.

Y bebía. Sólo dejaba de beber cuando se daba cuenta de que el vino le recordaba a Juancho como se recuerda a un amante. Era Juancho sólo una falta venial, es decir, no un pecado y mucho menos un crimen. Además, Nazaria comenzaba a sentirse con derechos a la extravagancia aristocrática desde que vivía en aquel piso. No es necesario añadir que entre ella y Juancho no había sucedido nada que una beata pudiera considerar indecoroso.

Por entonces, después de tomar un par de vasos se acostaba a dormir, pero tenía frío y hambre y se pasaba largas horas mirando al techo antes de que el sueño llegara.

Así iban pasando los días.

Demasiado despacio. Miraba la foto de su propia boda en el muro, colgada con el lacito rosa, encuadrada en un marco de rafia trenzada. El rectángulo era irregular porque le faltaba alguna materia sólida dentro, un alambre, por ejemplo. El rectángulo era más bien, últimamente, un rombo. Aquello le parecía lamentable en una habitación tan coqueta y bien cuidada.

Ella la limpiaba cada tres o cuatro días con la aspiradora mecánica yendo y viniendo cuidadosamente sobre las alfombras. Eran bienes ajenos que ella custodiaba y protegía.

El dueño, que había viajado hasta Siam, debía ser rico. Y sus amantes lo adoraban, al parecer.

Se dormía algunas noches Nazaria pensando que era extraño que su calvicie fuera atractiva para alguien, y a veces sospechaba que era un don de Dios aquella complacencia de Juancho.

Todas estas reflexiones que desde la antesala de la comandancia la transportaban a su apartamento, le traían sentimientos diferentes de frustración. Se recogía en su asiento oyendo la voz del comandante, pero aquella voz cesó y se oía hablar a otras personas. Algunos hacían preguntas y el comandante las contestaba con acento convencedor. Ella sabía muy bien, por el tono, cuándo la voz de una persona era suasoria y convincente y cuándo no.

En aquel caso eran voces de hombres que sabían que iban a perder la guerra y sin embargo seguían peleando y afrontando nuevos riesgos. El mayor sacrificio era, sin duda, la esterilidad de su valentía.

Pero a propósito de esto, el comandante de milicias tenía algo que decir:

—No hay nunca un sacrificio inútil y, a pesar de todo, creo que tenemos alguna posibilidad de victoria, una victoria que no se logrará en los frentes, sino en las cancillerías. Para eso necesitamos seguir resistiendo. Oyéndolo recordaba Nazaria que la señora Eva le había dicho más de una vez: «Mis sobrinos dicen que todo está perdido, pero que pelearán suceda lo que suceda. A mí no me extraña que perdamos —añadía ella—, porque los otros hacen una guerra dura mientras que nosotros hacemos una guerra con amores universales y verbenas y buenas palabras y dulces ilusiones». Creía Nazaria que había ilusiones que no eran tan bobas, pero en eso Eva era intransigente. Las ilusiones llevan al hombre al fracaso. No había más que pensar en don Quijote. El pobre muere y Sancho le sobrevive. También le sobreviven el bachiller Sansón Carrasco y el ama y la sobrina y el cura y el barbero. Todos gente razonable. Eso decía Eva, que no era muy ducha en el análisis moral.

Al fin, Nazaria fue llamada por el comandante. Es decir, antes oyó que se marchaban los otros. La sala donde estaban era, sin duda, una sala de fiestas y tenía salidas diferentes; la principal, sobre una escalera ancha que debían usar, en el pasado, para las grandes solemnidades.

Pero cuando Nazaria se asomó tímidamente a la oficina del comandante había otro hombre con él. Nazaria cambió algunas palabras con los dos y después el comandante le dijo:

—Perdone que le haya hecho esperar, aunque parece que tampoco usted tenía prisa.

—Eso, según —replicó ella, cauta.

Entonces el comandante, un joven de cara adusta pero de maneras afables, se dirigió a otro que llevaba una insignia de capitán y le dijo:

—Espera por ahí fuera.

Salió el capitán sin prisa, llevándose detrás la mirada alucinada de la mujer. No podía menos de pensar Nazaria que aquél podría ser N. B., el de las bofetadas y la Galatea. En sus ojos había algo de rana adulta. Pero debía ser una rana —su voz recordaba a las ranas—, por decirlo así, inspirada. A pesar de todo resultaba amable y atractivo. Todos los hombres tenían algo atractivo para Nazaria, pero en aquel caso no tuvo tiempo para acabar de formar opinión porque desapareció, mientras el

comandante se sentaba en una esquina de la mesa y decía:

—¿Qué puedo hacer por usted?

Comprendió ella que no era el momento ni el lugar de sacar los pendientes de Marta ni plantear allí aquel asunto, ya cancelado. Sólo importaban las cosas de la guerra. Comenzó, pues, diciendo que era viuda de un trabajador, hija de trabajadores, nieta de campesinos humildes, aunque sus bisabuelos eran nobles venidos a menos; con todo esto quería instalarse en la gracia de aquel hombre que parecía inteligente y bondadoso y que sólo accionaba con una mano.

Después de haber hablado más de seis minutos con una fluidez incontrolada, se dio cuenta Nazaria de que estaba diciendo tonterías. Se disculpó y añadió:

—Usted sabe que como las iglesias están cerradas nos falta el consuelo de la comunión, y eso hace las cosas más difíciles para todos.

Aquello era verdad.

—Entonces, ¿viene usted a pedir que abramos las iglesias? Yo no tengo autoridad para eso.

Diciendo eso pensaba: «He aquí una beata que se atreve a venir a decirme esas cosas extemporáneas. Debe ser una persona excelente y un poco tonta».

—La mayor parte de los curas —añadió el comandante— se han escondido por ahí y no son tan honrados como usted, que viene a reclamar. Ellos están de acuerdo con el campo contrario y se han metido en sus madrigueras. No se fían del pueblo, es decir, de nosotros.

Se acordaba ella de la viejecita que en el centro de evacuación le habló del padre de aquel comandante para decirle que había sido fusilado en Salamanca. Y tenía la tentación de decírselo, pero no se atrevía. Si el lugar hubiera estado más oscuro, tal vez; pero había una lámpara que proyectaba demasiada luz sobre su propia cara.

Sonó el teléfono, lo tomó el comandante con gesto escéptico y fatigado, y le dijo a Nazaria:

—Perdone. ¿Quiere esperar en la antesala un poco más, todavía? Supongo que no tiene usted nada mejor que hacer.

—Eso, según.

Pero obedeció ella, pensando que el comandante parecía divertido con aquel asunto de las iglesias y no burlón ni inamistoso. Además le gustaba a ella estar con un jefe militar sobre quien tenía secretos gravísimos. Lo oía hablar otra vez desde la antesala, y se decía: «Los teléfonos son importantes, aunque éste no llega a Salamanca porque los hilos están cortados. ¿Qué sería si no hubiera teléfonos?».

La voz del comandante se oía más estridente, pero no se entendían sus palabras. La tarde iba cayendo y la antesala oscureciéndose poquito a poco. No se atrevía Nazaria a encender lámpara alguna, porque las luces estaban controladas cuidadosamente a causa de los bombardeos aéreos y antes de encenderlas había que cerrar las ventanas que daban a la calle.

Pero había luz natural, todavía, y tal vez cuando fuera de noche se atrevería ella a

decirle al comandante lo que había sucedido en Salamanca si no había demasiadas luces alrededor. De ellas dependía siempre su atrevimiento.

Había a la izquierda del diván un cenicero grande, de esos que tienen un pie de metal en el suelo, y aquél estaba adornado con cuatro leoncitos rampantes, cuya nariz brillaba a la luz. Eran cosas que a ella le parecían bien. Un águila en el muro, cuatro leones al pie del cenicero. Animales emblemáticos. Más nobles que la mosca, en todo caso.

Un poco le extrañaba que, habiendo estado ya al habla con el comandante, éste le pidiera que lo dejara solo otra vez, pero la cortesía se deteriora con la guerra. Algunas cosas había visto en el comandante que le gustaban: pertenecía a esa clase de hombres capaces de escuchar si se les habla de la huella de la pata de un perro. No había en él estiramiento. No era un hombre-militar ni un hombre-religioso ni un hombre-político, sino un hombre-hombre.

Luego Nazaria volvía a pensar en Juancho, que la visitaba de nuevo en su casa. Se alegraba de saber que no estaba loco. Es cierto que los enamorados parecen un poco locos, a veces, y los parientes no debían sentirse muy a gusto viendo que el chico estaba loco de amor por ella. Esto creía Nazaria.

Se alegraba de que Juancho fuera a verla con menos frecuencia, pero así y todo iba más a menudo de lo que habría sido prudente y la madre la miraba de arriba abajo cuando se encontraban. En general, no pensaba en sí misma, Nazaria, como en una persona que tuviera derechos a ser tratada de igual a igual. Tuvo temporadas de crisis —la más grave siete años después de la muerte de Manuel, es decir, de su catástrofe, como decía la carta de R. a su amante, el dueño del piso de la calle de Velázquez. Entonces quiso meterse monja, pero ¿quién iba a aceptar en la comunidad a una monja calva? Es cierto que las tocas cubren la cabeza, pero se supone que en la cabeza hay cabello y ese cabello es una de las ofrendas que una monjita hace a Dios. Ella sólo podía ofrecerle su peluca.

En la vida todas las cosas tienen su pro y su contra. Si hubiera ingresado en el monasterio de monjas clarisas (clausura severa) estaría ahora, como las demás, cosiendo día y noche ropas para los milicianos. Vestida de civil (sin hábito alguno) y cose que te coserás (así decía ella imitando el ruidito de la canilla que va y viene: cose que te coserás, cose-que-te-coserás, cosequetecoserás), para que los soldados pudieran defenderse de las inclemencias del tiempo en los frentes, donde —de paso— se mataba a los siervos de Jesús y de María.

Todo había que considerarlo.

Nazaria suspiraba satisfecha y se remejía en su asiento. Era bueno saber la terrible noticia sobre el padre del comandante mientras éste la ignoraba todavía. Se diría que aquel secreto la consolidaba a ella sobre sus caderas, las flojas caderas de los tiempos de guerras y hambres.

Pocos días después de hablar con la viejecita en las oficinas de evacuación llegó Juancho otra vez a su apartamento y le hizo una revelación boba. Se trataba también

de noticias del campo enemigo. Habían cortado el pelo, como castigo, a una pariente de su madre en Zaragoza. Y Juancho ponía los ojos en blanco para decir que sin pelo aquella pariente debía estar hermosa.

—Aunque no tanto como tú —concluía—, porque una cosa es que le corten el pelo a una persona y otra que sea calva.

—Cállate —dijo ella, divertida—. Hablas como el tonto de Lumpiaque.

El chico repetía, según su costumbre, adhiriéndose a la última palabra de Nazaria:

—Yo el tonto de Lumpiaque y tú de Lumpiaca.

Las bromas de Juancho que acababan en «aca» tenían una resonancia despectiva y torpe. Luego quiso abrazarla y ella se levantó y cogió el hierro de la chimenea. El chico, al verla armada de aquella manera, se calló y el miedo súbito de Juancho le dio a ella pena. «El pobre se siente propenso —pensaba con un suspiro— y no es culpa suya, sino de la naturaleza».

Poco después Juancho se puso a llamar a la maestra no Nazaria sino Zanahoria. Al principio ella pensó que era un caso de afasia, es decir, de olvido de los sonidos verbales y de confusión de los genuinos con los asemejados. Nazaria y Zanahoria se correspondían. Otras veces le había sucedido en alguna aldea de Zaragoza, antes de ir a Madrid.

Pensaba también que el chico lo decía porque lo había oído en su casa y aquello le daba una desazón nueva. Nunca le guardaba rencor a Juancho, sino que culpaba a los otros y a veces se decía que la madre del chico abusaba cruelmente de su debilidad mental.

En cuanto a la tía, hablaba con la maestra afablemente, aceptaba sus opiniones y hasta le pedía consejo. Consideraba a Nazaria como a una mujer que sabía más que ella y tenía también más experiencia, ya que había estado casada. Lo que más admiraba en ella era que, siendo Nazaria del todo calva, hubiera encontrado un marido.

Nazaria ordenó al muchacho:

—Ven aquí, siéntate a mis pies.

Se quitó la peluca (era su concesión suprema) y se la dio. Con la fruición de siempre el chico manoseaba aquel andrajo peludo y a veces se frotaba con él la cara todavía imberbe. Decía que lo hacía para que le saliera barba, porque en su casa tenía todas las cosas necesarias para afeitarse. Sólo le faltaban los pelos.

—Oye bien lo que voy a decirte, Juancho. Mi esposo, don Manuel...

—Manolito.

—No. A los difuntos no se les nombra ya con el diminutivo. Mi esposo, don Manuel, era un caballero. Como éste —y señalaba un guerrero que se veía en un cuadro antiguo, hombre cenceño y barbudo del tiempo de las Cruzadas. Como ése.

Declaró el chico que también él quería tener pelos en la cara, en la nariz y en las orejas. «Para dormir contigo. Mi madre dice que quiero dormir contigo».

Se avergonzaba ella de tener que oír aquellas cosas, pero al mismo tiempo su

propia vergüenza le gustaba. Cada día era más incómodo y un poco más sugestivo, Juancho. Y eso representaba un peligro. Tal vez sería bueno romper toda relación con él y cambiar de domicilio. Pediría al comandante que la dejara pasar a vivir en aquel enorme palacio, y a cambio de la vivienda ella atendería a los pequeños quehaceres: vaciar los ceniceros, renovar los bulbos eléctricos, poner flores en la mesa, atender el teléfono cuando no hubiera nadie, barrer los suelos los días que por estar lloviendo llegaban los oficiales y los soldados con barro en las botas. Incluso hacer una taza de café. Mal café en aquellos días, pero ella podía conseguir de contrabando algo mejor (con los buenos oficios de la señora Eva). El comandante lo merecía. Con su brazo herido.

Si pasara a vivir en aquel palacio, con un par de milicianas que la ayudaran en las faenas duras, perdería de vista a la suegra apócrifa e inmerecedora. Le tenía miedo.

Pero no le gustaba perder a su enamorado y no sabía qué decidir.

El rencor de Nazaria contra N. B. y contra la Galatea había ido desapareciendo. Ahora que la gente moría y mataba, ¿qué importancia podía tener que quince años antes un obrero minervista le hubiera dado de bofetadas al dueño de la imprenta? En cuanto a la Galatea, podía acostarse con quien quisiera sin que se conmovieran las esferas. Además, desde que conoció Nazaria al embajador de Siam, su idea de las cosas cambiaba. Como todos los que no son destruidos por la incomodidad y el sufrimiento Nazaria iba fortaleciéndose. Había días que no creía en los nacionales. Otros se sentía socialista por la mañana y anarquista por la tarde. La verdad no estaba en un campo ni en el otro. Sólo era verdad el amor. Ya lo había dicho San Agustín: amad y lo demás no importa. O tal vez dijo: amad a Dios y haced lo que queráis. Eso ella lo entendía muy bien.

Pasaba largas horas buscando entre los papeles del hombre soltero que había vivido en aquel piso y encontró algunas cosas. Parecían notas sobre sí mismo y decían: «Me voy a Biarritz porque veo venir la catástrofe y soy conservador, reaccionario, gracias a Dios, y tradicionalista. Y me compadezco en serlo y en decirlo. Uno no debe traicionar a su clase.

»Tengo algunos bienes por herencia. No muchos. Pero si las cosas siguen como van podría perderlo todo.

»Y sería natural. Todo podría llevárselo el diablo. Los jefes políticos, militares y religiosos que conozco debían haberse quedado en sus aldeas natales, donde serían hoy, quizá, los tontos titulares. Porque una aldea no lo es, realmente, si no tiene su tonto titular.

»Un régimen en el cual el tonto de la aldea puede ser jefe en la ciudad tiene que desaparecer, tarde o temprano.

»Yo mismo soy un ejemplo. También yo era en la aldea, cuando tenía siete años, el tonto o llevaba trazas de serlo, pero mi padre era barón. Cuando lo recuerdo siento en mi alma una esterilidad de lago desecado. Digo, ahora, porque sin dejar de ser tonto puedo ir a Biarritz y sentarme en la terraza de un hotel y tomar mi *courvoisier* y

si lo pago y doy una propina razonable paso por un ser no sólo normal sino *distinguido*. He aprendido a disimular mi tontería y puedo tratar de escribirla —digo, mi memez— y probablemente llegar a hacerme una reputación en la política o en las letras. Incluso en las letras, y no es broma. De menos nos hizo Dios.

»Yo, el tonto de la aldea. Tengo alguna fama en la corte como coordinador de esfuerzos baldíos. Y hasta de donjuán en ciertos sectores donde las mujeres padecen hambre sexual atrasada. Yo, que de chico me estaba las horas muertas mirando una mosca en el cristal del balcón, viéndola peinarse y volverse a peinar las alas con sus alas traseras. Una vez y otra y otra. También viéndola pasarse las patas delanteras por la cabeza y por los ojos, como despolvoreándose. Yo, que luego destripaba a las parejas de moscas que están haciendo el amor y que quedaban unidas, a pesar de todo, por un largo pene filiforme.

»Yo, el tonto de la aldea a quien consultan ahora los canónigos. (En la iglesia siempre han tenido respeto por los títulos del reino). A mí me respetaban ya de niño y me absolvían si les decía que había dado masaje al pecho sudado de alguna campesina».

Leyendo aquello Nazaria pensaba: «Parece este hombre un chico como los que vienen a mi escuela». A veces creía que podía ser uno de los que intervinieron en el asunto de las niñas desaparecidas y en vano buscaba fotos que le ofrecieran la imagen de aquel individuo por si lo recordaba entre las personas que vio en aquel tiempo.

Luego el barón escribía notas confusas con lápiz o tinta. Eran como larvas poéticas. A ella le dejaban fría porque los poemas de ella eran muy diferentes. Como decía su difunto marido, eran *puro sentimiento*. Aquellas notas aisladas decían:

«La carreta de la guerra se rompió y gemían en sus ejes los heridos más graves».

«... los recuerdos raciales de los hombres». No sabía ella si decía *raciales* o *faciales*. No estaba claro. Luego, más adelante, añadía: «El lecho de la historia se cubría de enanas». Y algunas expresiones como ésa desconcertaban, realmente, a Nazaria. Por ejemplo, más abajo, cuando decía:

«En su academia se pudrían los rectores...».

Tampoco sabía si decía los *rectores* o los *sectores*. Aunque, ¿cómo es posible que se pudra un *sector*? Tampoco lo era que se pudriera un *rector*. Nazaria no sabía a qué atenerse. Y en el margen de aquella página el barón añadía algo sobre el bobo de Coria, es decir, el idiota de Coria —decía él— que veía pasar los días en el museo del Prado perseguido por los perros, es decir, *corrido por los perros* y reía.

Volvía a lo mismo, con su pesadez: «Yo, el tonto de mi lugar, que iba por la calle comiendo mi rebanada cubierta con mantequilla y azúcar; yo, destinado a ser el bobo de la aldea y a quien ya miraban algunos como al candidato ideal, yo ahora soy en la corte casi un personaje. Ciertamente hay en mi familia otra gente con títulos de nobleza, pero un régimen que permite que personas como nosotros seamos

importantes en la corte no tiene derecho a existir. Debe desaparecer. Sin embargo, a mí me conviene este régimen puesto que yo, el idiota potencial de mi aldea, prospero y tengo, según me dicen, sin futuro.

»No sé cómo ni dónde. Desde luego, fuera del campo de las llamadas democracias del período neoindustrial.

»No es fácil ser el tonto oficial de una aldea, porque hay mucha competición. Sobre todo si la familia tiene bienes de fortuna, porque entonces el tonto quiere meterse en lo que no le importa y era lo que le pasaba al tonto de mi pueblo. El día 15 de abril de 1931, al enterarse de que se había proclamado la República, el tonto de mi aldea se puso a tocar en todas partes la marcha real (es decir, a cantarla acompañándose de ruidos rítmicos que hacía con piedras y con palos). Puesto que el rey se había marchado le parecía el momento más oportuno para la marcha real. No le faltaba razón.

»El incidente peor se produjo porque había dudas en el municipio sobre si el organista de la iglesia debía tocar la marcha real o el himno de Riego cuando se abriera el camarín de la Custodia entre nubes de incienso. Unos eran partidarios de la marcha real y otros del himno de Riego y como no podían ponerse de acuerdo decidieron por el momento suprimir aquel importante detalle del ritual.

»El tonto de la aldea no estaba conforme y resolvió a su manera la cuestión subiéndolo al coro subrepticamente, y cuando se abría poco a poco el camarín para dejar expuesta la deslumbradora Custodia se puso a cantar la marcha con la letra compuesta hace siglos en la parte que dice:

*... Vence al mundo,
al demonio,
a la carne.
Guerra, guerra
contra Lucifer.*

«Cantaba el tonto la marcha real con esa letra y a falta de otra música mejor se acompañaba a sí mismo con ruidos inarmónicos que producía cerrando la concavidad de la axila izquierda con la mano derecha húmeda de saliva y aleteando a compás con el otro brazo.

»Por mucha prisa que se dieron para impedirlo el tonto había cantado el himno entero acompañándose con las ventosidades sobaquiles, alta y enfáticamente.

»Los monárquicos creyeron que lo había hecho por burla y le dieron una paliza. Los republicanos sospechaban que era una provocación contra la República y le dieron otra. Anduvo el pobre diablo renqueando por la aldea más de una semana.

»Como se ve no es tan fácil el oficio de idiota de pueblo, sobre todo en tiempos de crisis históricas.

»Yo, que nací como tantos otros para ser el tonto de mi pueblo (el titular), aquí estoy en la corte hecho un personajillo.

»Yo era buena persona. Sólo sabía hacer una cosa maligna, en el mes de marzo,

que era el de las cometas. Los chicos volábamos las nuestras y yo ponía en la cuerda de la mía algunas hojas de afeitar enhebradas y cuando las cuerdas de algunos se cruzaban con la mía yo las cortaba con un pequeño tirón y así las cometas de los otros se iban al diablo.

»Como era un hecho malicioso y dañino la gente pensaba por un rato que yo era inteligente. La maldad tiene en todas partes prestigio, pero el tiempo de las cometas pasaba pronto y luego volvía a mi pan con mantequilla y azúcar que iba comiendo por la calle perseguido por las moscas, que querían su parte.

»Esas moscas asociadas y bien organizadas de las aldeas, afiliadas en clanes y tribus territoriales. Digo, *detritoriales*. Con algún que otro moscardón aterciopelado (arzobispo de las avispas), aunque éstos suelen ir solos y se bastan a sí mismos.

»A la virgen de los trigos no la dejaban en paz las moscas. Al menos en mi tiempo querían beber en sus labios, en sus axilas, en su sexo».

Al llegar aquí se dijo Nazaria que aquel hombre era sin duda tan loco o tan tonto como sus chicos enfermos. «Todos ellos tienen la manía de las moscas». Y miraba alrededor y a veces se sentía defraudada e incluso atemorizada.

Había tenido la intuición de que aquellas enfermedades nerviosas podían contagiarse. Nunca se sabe.

En los papeles del dueño del apartamento encontró una vez las iniciales N. B., lo que la dejó más intrigada que nunca. Aunque podría ser otro N. B. Por ejemplo, Nicolás Benavides. O Nemesio Benítez. Hay muchos N. B. en el mundo.

Y esperaba en la antesala mirando ahora una jaula dorada y vacía, una jaula que había tenido algún ave cantora. Ella creía oír sus trinos en el aire. «Menos mal —se dijo— si soltaron al pájaro y lo echaron a volar. Podía ser que la avecica se hubiera muerto de hambre o de sed, porque, en estos días, ¿quién se cuida de ponerle agua al canario?». Si ella hubiera estado en aquel palacio el canario no se habría muerto.

Cuando la llamó de nuevo el comandante se levantó dispuesta a decirle lo que pensaba sobre las aves enjauladas y abandonadas que morían inocentemente. Pero había oído mal. No la llamaba nadie, ya que el comandante no había dicho «pase» sino *el pase*. Y lo decía refiriéndose al pase militar para alguien que debía viajar dentro de España. *El pase*, repetía. Y aquello no era lo mismo que decir *pase*. Además esto último lo habría dicho desde la puerta asomándose y dirigiéndose a ella.

Y no hubo nada de eso.

Así es que no tenía por qué sentirse aludida y continuó donde estaba, en un extremo del diván con tapicería de terciopelo color de hoja seca. Un diván otoñal.

Sucedió algo más, es decir algo inesperado. Cuando estaba pensando en el ave canora apareció por la escalera de servicio otra mujer, antigua vecina suya de Hilarión Eslava, aunque apenas se trataron. Aquella hembra había sido desplazada como las demás cuando el barrio quedó a merced del enemigo. Una mujer con un nombre poco usual: Capistrana. Ya es sabido que algunas personas son bautizadas cuando nacen con el nombre del santo del día, cualquiera que sea. La maestra la

conocía. ¿Quién no conocía en el barrio a la señora Capistrana, aunque solo fuera de oídas?

Aquella mujer era sencillamente un misterio ambulante porque hacía cinco años estuvo muy enferma, tan enferma que la dieron por muerta. Es cierto que había tenido siempre un aspecto singular y parecía más bien una mensajera del otro mundo. Estaba tan delgada que sorprendía no oír las choquezuelas de las rodillas cuando caminaba. Y caminaba despacio y silenciosamente en sus zapatillas de orillo.

La señora Capistrana estuvo muerta (así decía todo el mundo) más de cuarenta y ocho horas. Si no la enterraron fue por mera casualidad. Fueron a velarla y el cura que le había dado la extremaunción le concedió indulgencias para todas las puertas del cielo.

No podía quejarse, Capistrana. Tenía su corona de flores color malva y ramitas de mirto, sus zapatos de charol brillante en los pies y el pelo rizado a tenacilla sobre la sien.

Estuvo Capistrana muerta, según decía la gente, aunque una vecina un poco bruja decía que no debían enterrarla porque el gato de la casa no andaba espeluznado, y los médicos se equivocaban a veces.

Resucitó cuando quisieron ponerla en el ataúd, y la cosa fue memorable de veras. En aquellas circunstancias, como en todas las de la vida (al menos en las excepcionales), se declararon dos corrientes. Había quienes creían en su muerte y otros no. Los milagros gustan a la gente y por eso el partido de los que la creyeron muerta tenía más adictos. En el barrio, cuando pasaba Capistrana, todos interrumpían lo que estaban haciendo y la miraban a través de las ventanas.

A veces le hacían preguntas sobre lo que había sentido mientras *estaba muerta*. Ella decía siempre lo mismo:

—Yo oía lo que la gente decía a mi alrededor, y al hombre de la funeraria que apalabraba el entierro le decía en mi magín: antes tengo que enterrarte a ti, tío lechuzo, hijo de puta.

No la creían. Todos preferían que hubiera muerto de veras y querían hacerle hablar sobre el lugar donde había estado y lo que había visto. Ella respondía:

—Vi una bola grande que daba vueltas.

—¿Cómo de grande?

—Como el mundo.

—¿Qué mundo?

—Un mundo redondo con ángeles en las esquinas.

—Si era redondo, ¿dónde estaban las esquinas?

—Ya lo he dicho todo —respondía ella con el entrecejo tormentoso— y lo demás es puro etcétera.

Entonces la gente del barrio dejó de llamarla Capistrana y la llamaban Etcétera.

A veces las vecinas la invitaban a beber para hacerla hablar y ella aceptaba un vaso o dos y se daba cuenta de que estaba casi borracha, pero se callaba. Algunos

decían que había estado en el cielo y otros en el purgatorio o en el infierno.

Y la Etcétera aparecía de pronto con una escoba grande como un báculo episcopal —la palma hacia arriba— en el marco de la puerta.

—¿Tú aquí, Etcétera? —preguntó Nazaria.

—Es que tengo que sacar las telarañas. Y en la sala hay dos rinconeras. Así es que ya ve. Antes, cuando era joven me buscaban los hombres y me convidaban al cine y en la oscuridad me mordían la oreja. Ahora todo lo que me queda es fregar escaleras y quitar telarañas. Mientras le llega a una su San Martín.

También tenía miedo Nazaria de morir, no ya por la muerte, que el fin es natural con bombas o sin ellas, sino porque cuando muriera descubrirían que era calva y aquello quitaría dignidad a su defunción. En el fondo no era miedo, sino más bien vergüenza.

No sería la primera vez que pasaba por esa humillación con personas mayores, porque su difunto esposo, la madre de Juancho y el embajador de Siam la habían visto sin peluca. El embajador la sorprendió así el primer día que se conocieron.

Por entonces los nervios de Nazaria estaban exhaustos. Tanto que, sin haber sido poseída por nadie desde la muerte de su esposo, tuvo los síntomas del embarazo. Un embarazo sin causa justificada. Después de pensarlo mucho decidió ir a una clínica y allí fue donde el médico le dijo que era un embarazo histérico y aunque el vientre se le abultaba no daría a luz. Ella se quedó asombrada, en un estado de alarma permanente, pero siguió la medicación del doctor y poco después se sintió aliviada y desaparecieron los síntomas. Cuando conoció al embajador de Siam le duraban, todavía.

Por culpa de Juancho —se decía a sí misma— había conocido también la antesala de la maternidad, aunque su preñez no tuvo consecuencias. Tampoco la antesala de la comandancia las tenía hasta ahora.

No estaba segura de lo que le diría al comandante cuando lo viera por tercera vez. No sabía si debía hablarle de las niñas desaparecidas y darle los pendientes. O del canario muerto.

Acusar a N. B. de haber causado la ruina de la familia de su esposo le parecía inadecuado al momento. Todo el mundo había adquirido responsabilidades mucho más graves que aquella de N. B.

Lo mejor sería pedirle empleo de ama de llaves, en cuyo caso pasaría a ser la jefa de la Etcétera, o gestionar la evacuación a Valencia, para lo cual el comandante debía darle un papel dirigido al centro de evacuaciones preferentes. ¿Sería ella bastante preferente? Nunca había gozado de ninguna preferencia a lo largo de su vida.

O decirle que su padre había sido fusilado en Salamanca.

Había algo más importante. Tanto, que hasta aquel momento no se había atrevido a hablar a nadie de aquello, ni siquiera a la señora Eva: su relación con la embajada de Siam.

Recordando cómo se inició, miraba fijamente un aplique de dos bujías en la pared

de enfrente. Pronto habría que encenderlos, aquellos apliques, cerrando antes por precaución la ventana. *Precaución* era una palabra que siempre le había gustado a la maestra. Le agradaba compararla con *caución* y las encontraba exquisitas. Cada aplique tenía un pequeño cuerno de la abundancia contra la pared, de cobre bruñido. Y ella recordaba al embajador de Siam. La relación que mantenía con aquel hombre era su orgullo secreto.

Algunas semanas antes estaba en su apartamento de la calle de Velázquez cuando llegó Juancho. Por acercarse la primavera la acacia que se veía desde la ventana estaba en flor. Y en ella algunos pájaros valientes, que no habían huido a Valencia, probaban a cantar. Llegó Juancho como siempre, como un heraldo torpe, pero un heraldo, en fin, de la primavera. Y allí estaba. Y luego vino también el embajador de Siam.

Aquel día, por cierto, había querido ir Nazaria al Retiro, que estaba verde y jugoso, prometedor e inocente. Pero le dijeron que no se podía entrar en el parque porque había muchas baterías que de pronto se ponían a disparar. Sin embargo, se enteró por Eva de que no todo el parque estaba clausurado sino sólo los sectores donde había instalaciones artilleras.

En todo caso allí estaba Juancho más excitado que nunca. La cosa fue de veras arriesgada porque nunca había presionado tanto Juancho ni se había sentido ella tan cerca del vencimiento. Estaban en el dormitorio y Juancho se había quitado los zapatos y mostraba dos dedos del pie izquierdo a través de un agujero del calcetín. Había una botella de vino en la mesilla de noche y los dos bebían del mismo vaso. La cosa se puso de veras crítica y temió Nazaria que aquella tarde ocurriera la claudicación, por lo cual se disculpaba de antemano: «¿Qué hacer? La acacia en flor envía sus efluvios sobre mi ventana».

Trataba más amistosamente a Juancho y éste quiso aprovechar la ventaja. Pero ella tenía miedo y quería a todo trance salir del cuarto y del piso (con Juancho), ir al Retiro y ver, por ejemplo, al viejo león, que en aquellos días de guerra debía estar mal atendido. El viejo león del Retiro debía tener hambre, y es triste para un león tener hambre, con guerra o sin ella.

Sin embargo, Nazaria y Juancho no salían del piso y seguían sorbiendo vino y jugando peligrosamente.

Como digo, fue aquel día cuando sucedieron los hechos más notables entre los que ella recordaba desde la antesala del comandante. Lo que pasó fue que cuando Nazaria comenzaba a ceder apareció en el umbral del dormitorio un hombre. Sin avisar. No entendía Nazaria. «Es un emisario de Manuel —se decía— que al darse cuenta de que mi resistencia con Juancho flaqueaba ha venido en mi auxilio. Me ha enviado un ángel». Un extraño ángel que la salvó. Allí estaba aquel hombre que vestía como nunca vistió hombre alguno. Llevaba un frac negro impoluto y en la cabeza una especie de casco guerrero de oro o de algún metal amarillo brillante. Llevaba también un manto rojo atado al cuello con cordones dorados. El manto caía

por la espalda como una clámide apoyándose, apenas, en el ángulo de los hombros. El casco no acababa en una punta como la de los alemanes del tiempo del káiser Guillermo, sino en una especie de obelisco florido con excrecencias graciosas, como los usan para bailar las dulces siamesas de uñas largas y doradas y rostro impávido.

Y aquel hombre miraba y se ponía un dedo en los labios demandando silencio.

—*I am the ambassador of Siam* —dijo en inglés.

Para Nazaria, que no sabía aquel idioma, sus voces eran una prueba más del misterio y del carácter sobrenatural de todo aquello. Tenía el ángel barbichuela y melena grises. La expresión entre severa y dulce.

No entendía Nazaria cómo había entrado aquel hombre sin llamar. Sin duda era un fantasma o bien tenía una llave. Y se había presentado en el justo momento.

Parecía el embajador de Siam igualmente asombrado mirando a Nazaria, quien sin peluca, sentada en el centro de la cama con las piernas cruzadas y vestida con el kimono negro que usaba para andar por casa, parecía un Buda redivivo.

Juancho quiso escapar. El ángel del yelmo de oro le cortó el paso y entonces Juancho tropezó con él y cayó ruidosamente al suelo. Le salía espuma por la boca. Ninguno de los dos hacía nada por ayudarle, ocupados en su propia perplejidad.

Los movimientos del hombre para cerrarle el paso a Juancho habían roto la rigidez de la escena y Nazaria fue a deslizarse de la cama en dirección al teléfono, pero se interpuso también el hombre, aunque sin violencia:

—*No, madame. Ne bougez pas* —dijo, ahora, en francés.

Se oía roncar a Juancho, que seguía sin sentido. En cuanto el ángel sacó una cigarrera de oro, extrajo un cigarrillo egipcio de boquilla dorada y se puso a fumar. «Es un hombre y no un ángel», pensó ella. (Los ángeles no fuman). El hombre pasaba revista a los objetos de la habitación y vio el retrato de boda de Nazaria y un crucifijo en la cabecera de la cama.

—¿A quién quería usted llamar por teléfono? —preguntó en buen castellano—. ¿A la policía?

—A una vecina, señor, para ayudar a este joven. Miraron a Juancho una vez más, caído en la alfombra, y el ángel fumador preguntó con la mirada.

—Un alumno de mi escuela —respondió ella.

—Tiene un ataque de epilepsia. Cuando vuelva en sí dígame que soy un fantasma. También yo creí, al entrar aquí, que era usted el mismo Buda resucitado.

Y por vez primera sonrió. Luego hizo otra pregunta:

—¿Se reúnen los chicos de su escuela aquí mismo?

—No. La escolita está dos casas más abajo, en un local que al parecer era el estudio de un pintor.

—Yo soy el barón de Algeciras y vivía antes en este piso.

Echó mano al bolsillo y sacó una llavecita, que mostró. Al mismo tiempo había sacado una pequeña cartera de seda cruda, cuero azul y cantoneras de marfil. Extrajo de ella algunos billetes y los dejó caer sobre la mesa. Tal vez para comprar su

silencio.

—¿De verdad es usted el embajador? —preguntó ella terriblemente satisfecha de sí.

Al parecer no estaba lejos la embajada, porque Nazaria había visto cerca una serie de edificios cuyos balcones del piso principal tenían un letrero muy ostensible que decía: *Embajada de Siam*. Todas las embajadas acreditadas en Madrid habían alquilado casas enteras para alojar a sus refugiados, a quienes ponían bajo su custodia y salvaguardia. Siam no tenía embajada en Madrid, pero cuando el gobierno se fue a Valencia, llevándose los archivos de Relaciones Exteriores y sus servicios, este extraño caballero que estaba escondido en condiciones muy precarias salió hablando inglés y francés, alquiló tres casas, puso el letrero sobre los balcones y se nombró a sí mismo embajador de Siam en Madrid. Así llevaba casi dos años. Los refugiados que no hablaban francés o inglés comunicaban con él por señas o por medio de intérpretes. Y todos pagaban un elevado pupilaje.

Dijo el embajador que aquel día era la fiesta nacional de Siam y tenía que presentarse ante sus protegidos en gran gala, hacer un discurso en inglés y levantar la copa en honor de su majestad el rey de Thailandia, quien, al mismo tiempo más o menos, alzaría la suya en su palacio de Bangkok a la salud de sus amados súbditos. Escuchaba aquello Nazaria creyendo de buena fe que aquel hombre era el barón de Algeciras y el embajador de Siam. Allí, delante, con su casco de oro en la cabeza rematado en una especie de minarete, y su frac cortesano y su clámide. Tal vez aquél era el hombre a quien la misteriosa «R» escribía sus cartas de amor.

V. Nazaria denuncia a don Onofre

Era poético ir a albergarse en una embajada inexistente para eludir una muerte segura y exacta. Tenía, aquella posibilidad, calidades mágicas. Ella dijo que le gustaría asistir a la fiesta.

Pareció vacilar el barón un momento y por fin accedió:

—Le daré una tarjeta para que la dejen entrar. Pero no me extrañaría que la policía nos vigile y en ese caso sería mejor que se vistiera usted de siamesa. Con todo aquello se sentía Nazaria fuera de la realidad y no sabía qué responder.

Dejó el barón su tarjeta personal sobre un mueble y fue a buscar el vestido siamés a un baúl que tenía todavía las marcas de la revisión aduanera. Lo mismo al ir que al volver pasó por encima del cuerpo de Juancho, evitando tocarlo.

Nazaria dijo que una vez había visto dos hermanas siameses en un circo pegadas por la espalda.

El barón se quedó un momento mirando a Juancho, porque parecía que se había movido, y cuando se convenció de que seguía desmayado dijo:

—A esos monstruos pegados por la cadera o por la espina dorsal los llaman siameses porque cada vez que se mueve uno de ellos el otro hace movimientos como los bailarines de Tailandia, es decir, pequeños movimientos convulsivos. Con la cabeza (el barón lo hizo ladeando la suya sobre el hombro derecho y luego el izquierdo con cierta destreza de culebra), el torso y la pierna. Siameses. Yo tengo aquí un par de cintas cinematográficas que impresioné en Bangkok en los jardines del palacio real. Puedo pasarlas para usted, si hay electricidad, pero antes debo darlas en la embajada como parte de la fiesta y si viene podrá usted verlas allí. Es bueno que acuda alguien a la embajada vestida de siamesa, y como no habrá otro natural de Tailandia no hay peligro de que la pongan en evidencia hablándole a usted en ese idioma. Si viene le aconsejo que no hable con nadie sino conmigo y en voz baja, de modo que los otros no vean que hablamos español. Cuando yo le hable en inglés usted no debe responderme sino con un gesto.

—¿Qué gesto? —preguntaba ella, intrigada.

El barón juntaba las manos abiertas como para rezar y bajaba la cabeza. Era el gesto ritual de dar las gracias en aquellos países del sudeste de Asia. Luego añadía:

—Si usted se dirige a mí tendrá que darme tratamiento en inglés: *Excellence*. Bueno, *your excellence*. Repita usted.

Ella trataba de imitarlo y lo hacía bien. Se extrañaba de lo fácil que resultaba todo.

—Cada vez que se dirija a mí delante de otras personas llámeme así y luego nos apartaremos y me hablará usted en español de modo que nadie, sino yo, la oiga. Y no olvide ninguno de estos detalles porque de ellos depende la libertad y tal vez la vida

de muchas personas.

Tenía ganas Nazaria de levantarse de la cama, vestirse aquellas ropas siamesas y ver cómo le quedaban. Nunca había estado en una embajada. Seguía creyendo que todo aquello de la embajada era cabal y verdadero.

Juancho seguía caído en el suelo y echando espuma por la boca. Viendo la botella en la mesilla, el barón dijo a Nazaria:

—Si es epiléptico no le dé vino.

Al ver que Juancho volvía en sí, juntó los pies, le tomó la mano a Nazaria, se la besó con una inclinación versallesca y salió de espaldas para cerrar la puerta sin ruido.

Desde el primer momento Nazaria se sintió a gusto con aquel hombre que había sabido aludir a su calvicie sin ofenderla y sin burlarse. Un Buda. Un Buda hermoso (él no había dicho tal cosa, pero ella había visto algunos en la casa y todos lo eran).

En vista de eso, cuando se vio (pudo echar a Juancho, que se marchó, todavía asustado), lo primero que hizo fue buscar en la enciclopedia lo que decían de Siam y de Buda. No tenía la menor idea. En las fotos de la enciclopedia la gente de Siam llevaba los mismos yelmos dorados que acababan en punta (había una página en colores). Sobre todo los bailarines y las bailarinas.

Al caer la tarde se vistió una serie de muselinas amarillas y anaranjadas (que, en fin, sugerían un vestido de gala de los que usan las damas en cualquier país) y, amparada en las sombras, se acercó a la embajada. Al entrar en el vestíbulo le salió al paso un criado de librea y le dijo en español con acento extranjero:

—Siéntese, madame, y espere. Pasaré aviso.

Era, la antesala, amplia y tenía pocos muebles, pero de calidad. En el muro había un escudo (el escudo nacional de Siam) y la bandera correspondiente. Vio también que el criado llevaba un arma disimulada en el cinto, bajo el chaleco listado de negro y sepia. Había en una consola una imagen de Buda con una lamparita de cristal de roca, encendida.

Y allí estaba Nazaria ahora, en la comandancia de milicias, esperando que la llamaran. Tenía algunas intenciones concretas, pero unas en colisión con otras, como suele pasar en la vida. No le faltaban cosas sensacionales que decirle al comandante, especialmente lo de Salamanca y Siam, pero sería cruel darle la noticia del fusilamiento de su padre, y sería una miserable delación informarle de lo de Siam. Entretanto pensaba en el embajador. Lo recordaba con su casco de oro llegando, providencial, para salvarla del epiléptico Juancho.

Por cierto, ignoraba que el chico padeciera aquella enfermedad y quizá tampoco lo sabía la familia. Podía suceder que aquel fuera el primer ataque que había tenido en su vida y se proponía hablar con su madre para decírselo, aunque la madre de Juancho seguía siendo una especie de suegra maligna, que tenía siempre razón. Era muy difícil afrontar a una persona que tenía anticipadamente razón contra uno.

Lo más extraño fue que el embajador no apareció en la antesala de la embajada ni

la invitó a entrar a pesar de sus promesas. Nadie salió a decirle que pasara y durante las dos horas que estuvo allí fueron acudiendo algunas personas a verla desde dentro, asomándose a un corredor con balaustrada que había en un nivel cinco escalones más alto. Desfilaron por allí de uno en uno casi todos los refugiados con la curiosidad de ver cómo era una dama siamesa. Luego desaparecieron para ir tal vez a la sala de fiesta y se oyó música lejana (sin duda el himno nacional) y finalmente la voz del embajador que hacía su discurso. Creyó Nazaria ver entre los que se asomaron desde la galería al hombre que solía ir a buscar a Marta y a María a su corralito de Hilarión Eslava. Era el llamado papá Onofre. Esto la sorprendió mucho y la asustó un poco y sin duda aquel hombre percibió las dos cosas: la sorpresa y el susto.

Como digo, nadie le dijo que podía entrar. Sólo salían a mirarla a ella vestida de muselinas.

La primera reflexión de Nazaria fue: «No soy bastante importante para que me permitan entrar en la embajada de Siam y formar parte de la concurrencia a la fiesta».

Aquella antesala parecía más rica que la de la comandancia de milicias. No había vitrinas con joyas, pero la atmósfera recordaba a los maharajaes y a los khanes con elefantes o con camellos cargados de diamantes y de esmeraldas. Y allí estuvo —en aquella antesala— más de dos horas. Dentro se oía la música de las bailarinas siamesas (en la película, sin duda) a las que Nazaria imaginaba danzando de dos en dos ligadas por la espina dorsal.

La verdad es que el barón no apareció y que al fin Nazaria tuvo que marcharse sin verlo. El que se asomó a verla otra vez desde la galería fue aquel hombre que años atrás se cuidaba de ir a buscar a María y a Marta. Pensó Nazaria cuando lo vio por segunda vez: «Siempre me dije que tenía una cara especial. Cara, yo diría, de epígono». Aunque no podía imaginar ni sabía ni había aprendido nunca lo que era un epígono.

No volvió a ver al embajador de Siam por algunas semanas. Un día se presentó otra vez de improviso, y comenzó a explicar por qué no la había dejado entrar el día de la fiesta. Ya no iba vestido de frac ni llevaba el yelmo de oro. No parecía ángel emisario alguno, sino más bien un vendedor de automóviles a plazos: charlatán, amable y falso.

—Es que aquel mismo día —dijo, confidencial— sucedieron cosas demasiado inesperadas.

No estaba ella segura de comprender.

Naturalmente el embajador no se lo decía todo a Nazaria; no le decía, por ejemplo, que tenía un coche grande y negro —los coches de las embajadas parecen ambulancias de hospital— con el escudo de Siam en la portezuela y la bandera en el guardabarros, siempre lleno de gasolina y dispuesto a salir a la menor alarma hacia la frontera de Francia o al puerto de Alicante (eso no lo había decidido aún). Para aquella emergencia tenía papeles especiales y dos trajes siameses. Los papeles falsos y los trajes auténticos.

Esas cosas no se las decía a Nazaria porque tal vez ella habría querido unirse a la expedición con su cabeza de Buda y sus muselinas azafranadas. Y en aquellos trances, cuanta menos gente, mejor.

Era natural que Nazaria no inspirara confianza fácilmente a los que conocían su calvicie, porque sólo los seres regulares se conducen regularmente. Dijo al embajador lo que le había sucedido en la antesala, es decir, el incidente mudo con papá Onofre.

—El apellido de ese caballero no lo conozco, pero me miraba Onofre desde la baranda como un ave de mal agüero.

Iba a decir como un *alcotán*, pero se dio cuenta de que no sabía lo que era un alcotán. Un ave de mal agüero posada en la baranda era bastante para dar una idea. Y callaban los dos. El embajador se fingía distraído y quería proyectar la película de Siam para que la viera Nazaria.

Cada palabra de Nazaria preocupaba, sin embargo, al embajador, quien sin perder su aspecto taciturno preparaba los útiles de la proyección. En aquel momento se dedicaba a limpiar una lente con dos papeles de fumar. Dijo que no se fiaba un pelo de nadie, y mucho menos de tipos como Onofre, que tenía la cabeza pregonada.

—En estos tiempos —concluyó, ajustando el tubo de las lentes a la cámara— no hay que creer ni en la misma madre que lo parió a uno.

La expresión le pareció a Nazaria vulgar e indigna de un barón. Y, todo dispuesto, el barón de Algeciras encendió la luz. Se vio en el muro un amplio cuadrilátero dorado.

El embajador se puso a hablar de Siam mientras la película iba desarrollándose en el muro blanco. Aparecía en ella un parque. Al fondo había un edificio que resultó ser el palacio real. Nazaria se decepcionó porque aquel palacio no era muy grande. Parecía un puesto de refrescos o un establo para caballos de lujo.

Las bailarinas habían sido especialmente educadas para aquellas danzas rituales. Parecían de masa cruda y sin cocer. Tenían los dedos alargados con uñas doradas y largas, eran sus caras impasibles y su piel rosada y floral. Pequeñas y frágiles, parecían muy seguras en sus movimientos. La pasta cruda y sin cocer tenía —eso sí— mucha levadura.

Todo sonaba muñequil y, sin embargo, se advertía detrás una seriedad secreta que no se sabía qué propósitos tenía. Porque el secreto estaba sugerido en cada movimiento, en cada nota, en cada silencio. Pero no el objeto del secreto.

Un secreto inútil, seguramente. También el embajador de Siam parecía cifrarlo todo en un secreto inútil. Ella le ofreció un sorbo de vino, diciéndole: «Es su propio vino el que bebe», y pasaron algunas horas amablemente. Cuando el embajador se iba, Nazaria le dijo con su rostro iluminado:

—Ésta ha sido una de las tardes más felices de mi vida.

Había dejado el embajador en el apartamento los ficheros de identidad de los refugiados. Hallar aquellos ficheros habría sido bastante para comprometer a Nazaria, y ella no lo sabía. Nunca sabía las cosas que los demás fraguaban, y por eso en la

antesala de la comandancia no estaba segura de cuál de los problemas que pensaba plantear importaba más.

Por aquellos días Juancho parecía enfermo o atemorizado y cuando llegaba entraba recelosamente porque podría encontrar a Satanás —así decía él— con el yelmo de oro en la cabeza y la clámide sobre los hombros. Tenía verdadero pánico.

Tuvo el chico bastante sentido de la discreción para guardar el secreto durante algunas semanas. Ni siquiera a su madre se lo dijo. A quien se lo dijo todo fue a su tía. Es decir, le dijo que se había caído *muerto en el suelo* cuando se le apareció Satanás en traje de gala. La tía corrió a contárselo a su hermana, quien comentó, alzándose de hombros:

—Alguna ocurrencia de esa momia de Nazaria.

El chico lo oyó y fue a decírselo a ella:

—Tú la momia y yo el momio. Vamos a casarnos.

—Ahora —dijo ella, quitándose la peluca— no se casa nadie. No hay curas para casarse en ninguna iglesia.

—Hay uno —replicó Juancho— en un camposanto que tiene ángeles con trompetas. Allí nos casaremos.

Casarse en un cementerio con un atrasado mental treinta y cinco años más joven debía ser cosa notable, sobre todo siendo la novia calva y el novio epiléptico. Averiguó Nazaria que el embajador de Siam tenía cincuenta años, es decir, algunos más que ella. Como no dejaba ningún rincón sin escudriñar logró descubrir los ficheros de la embajada. Al comprobar de qué se trataba se asustó y volvió a dejarlos en aquella caja de metal que había sido cerrada con llave, pero cuya cerradura funcionaba mal. El embajador, a quien ella llamaba ya por su primer nombre —don Gustavo—, creía haberla cerrado, pero seguía abierta. En la ficha de don Onofre decía: «Onofre Gavilán y Girasola de San Marcial, Monteleón, 108, concuñado de la R. de la V., secretario del P. N. en Álava». Y al lado de estos datos había una cruz de Santiago en tinta roja.

Volvió Nazaria a guardar las fichas sin investigar más y cerró la caja, recordando que don Gustavo le había dicho que en Alemania podían curarla de su alopecia.

A ella le pareció intrigante aquella preocupación. Aunque «mi alopecia tampoco le molesta. Quizá le gusta». El hecho de que el embajador hubiera relacionado desde el primer momento su calvicie con Buda le daba qué pensar. Al fin Buda había sido un profeta digno de reverencia.

En todo caso, si don Gustavo llegaba a sentir impulsos como los de Juancho —atraído por su calvicie—, ella sabría resistir honestamente, y la relación íntima, si llegaba, sería sólo a través del vínculo matrimonial. Podía ella caer en extravagancias, como la de vestirse de siamesa una tarde, pero aquello no la comprometía a nada.

El embajador le dijo que la guerra iba mal para los que defendían Madrid y bien para los que lo asediaban. No duraría ya mucho, pero así y todo podía suceder que la embajada durara menos si alguien la denunciaba a la policía.

—¿Quién? —preguntó Nazaria.

—Por ejemplo, usted. No. Ya sé que no lo haría. El primer día que la conocí vi a Dios en su cara. Lo digo como un ejemplo absurdo.

Se sintió ella terriblemente adulada por aquel piropo teológico, pero no sabía qué responder y prefirió callarse.

El embajador sabía expresarse muy bien, aunque a veces se olvidaba de su alcurnia y en confianza perdía los estribos y hablaba de una manera un poco chocante, como un granuja de barrios bajos. Cuando Nazaria aludió al fichero de los refugiados, Gustavo hizo un gesto ambiguo y dijo:

—Bah, hay de todo entre ellos. Santos, demonios, sabios, idiotas y algún que otro carajo a la vela que merece que lo maten por imbécil. Ése es don Onofre. El otro día no le dije a usted toda la verdad, por no preocuparla, pero si yo no la invité a pasar al salón de fiestas fue porque don Onofre la había reconocido en la antesala y vino a decírmelo. Había en todo aquello un peligro serio. Ese Onofre, aquí, entre nosotros, es un marrajo de órdago a la grande.

La expresión, desgarrada y todo, era adecuada y más que merecida, y el barón continuó:

—La mayor parte no merecen la saliva que gastamos en hablar de ellos. Acuden a mi embajada diciendo que les va la vida y yo los recibo por puro altruismo. Algo pagan. La verdad es que la Junta de Abastos nos considera a las embajadas como instituciones preferentes y no podemos quejarnos, porque nos cobran los víveres al precio de tasa oficial. Así, pues, de lo que pagan, algo sobra, y bien me lo gano con los peligros que afronto. Reconozco que estos milicianos se portan bien, no hay duda. O tal vez son sólo unos calzonazos huevones. (Nazaria parpadeó, nerviosa). Nadie piensa, entre ellos, en hacer fortunas ni en robar joyas de los palacios. (Nazaria se ruborizó un poco mientras recordaba estas palabras, mirando de reojo la vitrina de donde había sacado el marco de plata). A cada cual lo suyo. Pero ¿por qué no nos tuteamos? Tú comprendes, Nazaria; yo he llegado a la solución budista y creo que no hay que estar con los azules ni con los rojos, como en las apuestas del *jai-alai*. Pero a mí el régimen republicano me afecta aquí. (Señalaba el hígado, aunque podía referirse al bolsillo también, porque llevaba chaleco).

Nazaria se decía: «No soy bastante atrevida. Si lo fuera le daría a entender a Gustavo (sin el don) que estoy dispuesta a aceptar cualquier sugestión, pero sobre la base de una boda honorable, como años antes con Manuel».

Gustavo le dijo, tomándole una mano:

—Querida Nazaria, cuando se restablezca la normalidad cada cual será quien es y yo tendré algo serio e importante que decirte a ti.

Pensaba honestamente en ofrecerle, después de la guerra, un empleo mejor que el que tenía. Pero ella lo entendía de otra manera. Le habría gustado ser embajadora, aunque fuera de Siam.

Cuando ella le respondió que le agradecía sus sentimientos, añadiendo que no era

mujer capaz de desalentar las inclinaciones de un alma noble, aunque fuera en tiempo de guerra, Gustavo se apresuró a decir que también había pensado en aquello, pero en caso de boda tendría que revelar su verdadera identidad de falso embajador, lo que sería muy peligroso.

Replicó Nazaria que un sacerdote podría guardar el secreto.

—¿Un sacerdote? —respondió Gustavo, alarmado—. ¿Dónde hay ahora un sacerdote?

Ella pensó en el cementerio y en lo que le había dicho Juancho. Pero le pareció que no era delicado insistir en aquello.

Cuando se marchó Gustavo fue Nazaria delante de la foto de su esposo y con expresión contrita dijo:

—Gracias, Manuel. Yo sé que al barón me lo has enviado tú, pero no sé todavía lo que debo hacer. Ilumíname, Manuel.

Recordó lo que le había dicho Juancho y decidió ir al cementerio del Este, a ver si en la capilla se celebraba el culto ordinario. Allí había estado algunas horas el cuerpo de Manuel cuando lo enterraron, y los muros parecían llenos de resonancias del *Dies irae* y de los *Réquiems* del ritual funerario.

Desde aquella tarde, ella peinaba, ondulaba y perfumaba su peluca, y lamentó no tener más que aquélla, porque teniendo dos —de quita y pon— habría sido más fácil mantener, por ejemplo, sus rizos con una apariencia natural.

En aquellos días era absurdo pretender que alguien se ocupara de fabricar pelucas para mujeres calvas, aunque no sería imposible, con la ayuda de la señora Eva, encontrar alguna en los salones de belleza cerrados por la guerra.

Un día gris, de los últimos del invierno, Nazaria tomó el metro de las Ventas y fue hacia el cementerio. Esperaba encontrar al hombre que conoció años antes una tarde del día de Difuntos cuidando la sepultura inmediata a la de Manuel, pero no fue así.

El día seguía gris y propicio, porque cuando el cielo estaba nublado los aviones no bombardeaban y eran días relativamente tranquilos. Llamó a la puerta y le abrió una mujer con un lobanillo en la sien, que la miró recelosa. Dijo Nazaria su nombre, sorprendida por la rudeza de aquella mirada, y la mujer preguntó:

—¿Le ha señalado hora el sacerdote? Con los tiempos que corren no hay vagar para todo el mundo, y no es cosa de abrirle la puerta al primero que llega.

Pensó Nazaria que aquella manera de hablar era de campesina y que seguramente era la madre aldeana del cura. Seguía preguntando:

—¿Un entierro? ¿O viene a pedir la extremaunción? Estuvo Nazaria a punto de reír porque la manera de preguntarlo dejaba en el aire la posibilidad de que estuviera pidiendo la extremaunción para sí misma.

Eludió la respuesta y dijo sencillamente:

—Prefiero hablar a solas con el señor cura.

Aquello ofendió un poco a la mujer del lobanillo, quien arrugó el entrecejo y desapareció. Quedó Nazaria en la antesala, que era espaciosa, limpia, con muchas

sillas de enea y respaldo negro arrimadas a las paredes. Un *Ecce homo* presidía la habitación.

Cuando la brisa era propicia se oían los cañones más cerca o más lejos, y con ellos los dobles fondos del aire.

Nazaria, que estaba acostumbrada a los ruidos de la ciudad en guerra, se dijo: «Ahora son las baterías del Retiro, que disparan».

Enfrente había una hoja grande de pergamino pegada al muro con un versículo del Nuevo Testamento, que decía: «El que ha escuchado mis palabras tendrá la vida eterna y no sufrirá condenación, sino que pasará de la muerte a la vida». (San Juan 5, 24).

Nazaria lo leía una vez más, pensando: «De la muerte a la vida». Hallaba un sentido sorprendente en aquellas palabras: la vida estaba más allá de la muerte. Así, pues, el cementerio era, en cierto modo, la antesala de la vida, es decir, de la Vida en mayúscula. Allí estaba ella, en la antesala, y no sabía hacer sino eso: esperar. Del lado de la ciudad llegaban truenos persistentes, que a veces enlazaban unos con otros y hacían temblar un cristal de la ventana. Por el otro lado estaba el cementerio con aquel silencio, que se debía mezclar con el silencio de los cementerios antípodas a través de las sepulturas más hondas y más antiguas.

Creyendo que era el lugar y la ocasión para rezar se puso a recitar el rosario, sacándose antes de la muñeca, donde solía llevarlo como pulsera. A veces tanteaba su sombrero para cerciorarse de que la peluca le cubría del todo la cabeza.

Pensaba en la embajada de Siam sin dejar de rezar mecánicamente. Quería hablarle al cura de la boda y también de aquella embajada falsa y del barón, porque no sabía ella misma qué pensar y menos qué hacer. Era la cosa de veras conflictiva y turbadora.

Demasiadas complejidades para afrontarlas todas juntas. Lo mejor que podía hacer era contárselo todo al cura y pedirle su opinión, pero cuando pensaba así volvía a dudar y añadía: «Es posible que Gustavo no quiera casarse conmigo. Si lo aplaza para después de la guerra es dudoso que lo cumpla, porque entonces las cosas serán muy diferentes y volverán a su estado anterior, cuando yo no era nadie. Los niveles sociales nos apartarán otra vez».

Cerca de la puerta había una pileta de agua bendita, donde se suponía que la gente ponía sus dedos y se persignaba al entrar. Ella no lo había hecho y se levantó, llevó su mano al agua, se santiguó e hizo una profunda genuflexión ante el *Ecce homo*.

Volvió a sentarse. A la derecha había una palma pascual sesgada y que ocupaba casi toda la pared. El color blanco se había hecho amarillento y las hojas debían estar secas. Una palma pascual que tenía trenzadas las hojas en la base con un enrejado simulando una linterna, y tenía también un lazo de raso blanco en la mitad, con los extremos colgados de tembleques que brillaban bajo la luz gris de la ventana.

Aquel cuarto no era la antesala, sino el *atrium* de la vida eterna con tanta alusión religiosa y tanta paz.

Ya desesperaba de ver al cura cuando éste apareció. Traía un aire agitado (había estado tratando con alguien de asuntos graves e inmediatos) y su aspecto era poco sacerdotal, la verdad. Parecía más bien un hombre de negocios —negocios del alma, sin duda— en días de crisis, crisis del alma, también. Comenzaba a dudar de que valiera la pena hablarle y de que el cura estuviera en condiciones de escucharla.

Iba ella a decir que necesitaba confesarse, pero si todos los que necesitaban confesarse acudían a él (en una ciudad de millones de católicos), el cura se volvería loco. Entonces fue derecha al asunto:

—Desearía saber si se podría celebrar una boda en su capilla.

—¿Una boda aquí, en el cementerio?

Parecía estar pensando: «¿Qué necesidad hay de casarse? ¿Es que no pueden aguantarse los novios hasta el final de la guerra?». La miraba el cura como si pensara: «¡Qué frivolidad el matrimonio, qué tontería el amor!». Ella añadió, con el acento más modesto que pudo encontrar:

—Mi prometido es el barón de Algeciras.

La miraba el cura de arriba abajo y la veía humildemente vestida y pobremente calzada. Bien, podría ser un disfraz, ya que en aquellos tiempos parecer aristocrático era llamar la atención innecesariamente y algunos hombres del pueblo tenían grandes inclinaciones a la justicia o a la venganza.

Sospechó el cura que aquella mujer no estaba bien de la cabeza. ¡Enamorarse a su edad y querer casarse en el cementerio!

—¿Cómo se llama usted?

Ella dijo su nombre y el cura creyó que debía seguirle el humor:

—¿Tiene algún título de nobleza, también?

—No, señor.

Quedaron mirándose en silencio. Fue un momento largo y difícil, porque él daba pruebas evidentes de que no la tomaba en serio y la ironía de los curas es más acerada e hiriente que la de la gente común. Entonces ella, sintiéndose en ridículo, y para mostrar que tenía secretos importantes por los cuales se la podía tomar en serio, le dijo lo que estaba pasando en la embajada de Siam.

Cambió el cura de expresión, se puso a escuchar gravemente y le pidió que bajara la voz. Al final, Nazaria, satisfecha del efecto que había causado, dijo:

—Le comunico todo esto en el mayor secreto.

Él abrió su ancha mano en el aire:

—Por los clavos de la Santa Cruz, no repita en otras partes lo que acaba de decirme. Si se enteran los rojos, esa gente de la embajada está perdida, aunque, mirándolo bien, estamos todos perdidos hace tiempo. Perdidos por nuestros pecados.

Se animó la entrevista a partir de aquella revelación. Pasado el asombro del primer momento el cura comenzaba a sentir simpatía por el pícaro que había tenido la ocurrencia de improvisar una embajada de Siam. A no ser que se tratara de una ratonera para pescar incautos enemigos del régimen republicano. Bien podría ser.

SIAM parecía una sigla de *Servicio de Información Auxiliar* de algo, quizá de *la Muerte*. Aquella reflexión del cura, barroca y todo, parecía natural.

Con súbitos deseos de acabar la entrevista, el cura preguntó:

—Entonces, ¿quiere usted que la case con ese barón embajador de Siam?

Todavía reprimía el cura en sus labios una sonrisa de humor, pero ahora benevolente. Ella, avergonzada, se daba cuenta de que, a pesar de su revelación sobre la embajada, había algo que no iba bien. Era, sin embargo, cómodo y consolador hablar con el cura. Éste le dijo, acompañándola a la puerta:

—No olvide que la boda tiene requisitos y que hay que avisar algunas semanas antes para las amonestaciones. Y sobre la embajada, silencio.

La verdad es que la echaba, y en la puerta misma ella preguntó si la boda se celebraría en la capilla de los ritos fúnebres.

—La ceremonia sería aquí mismo —respondió el cura, impaciente—, ya que tengo en mi casa un altar consagrado.

Se fue Nazaria segura de sí y al llegar a casa estaba casi de buen humor, pero el día era lúgubre y frío. Siempre que iba al cementerio del Este hacía un tiempo desapacible con cielo gris y ráfagas de destemplada brisa. Parecía como si aquellas brisas salieran del camposanto y eran, según ella creía, el hálito de una eternidad fría y brillante.

Tenía ganas de ver a Gustavo para decirle que había un cura en condiciones de casarlos, pero era mejor dejar la iniciativa al hombre por decoro. Y él no había hablado de boda, todavía.

Recordando aquel día se estremecía en la antesala de la comandancia y se sentía terriblemente aventurera.

El día siguiente llegó Gustavo. Creyó ella que iba a hacerle una declaración amorosa, pero habló sólo de don Onofre, el de las niñas desaparecidas. Se había enterado el embajador de lo que había sucedido con ellas. Marta y María eran hijas de una jovencita de diecisiete años, soltera, hija de un tal conde de Labastida y de su ayuda de cámara. El conde era viudo. La joven madre era casi una niña y después de dar a luz el padre la recluyó en un convento de clausura. El ayuda de cámara murió en condiciones más que sospechosas y algunos decían que lo había hecho matar el conde.

Parece que era verdad. Todavía hay padres calderonianos. En cuanto a las niñas, las adoptó don Onofre, quien les dio nombre y no precisamente por generosidad, sino a cambio de una pensión que recibía mensualmente del conde de Labastida. Era, pues, Onofre, un padre legal, pero de alquiler. Cuando murió el conde algunos años antes de comenzar la guerra civil, perdonó a su hija, quien salió del convento y reclamó a las niñas. Don Onofre se negó a entregarlas haciendo uso de sus derechos y declaraba que, según la ley, era el padre. Como los subsidios del conde habían cesado a su muerte, exigía don Onofre la misma pensión de la condesita —una pensión vitalicia—, pero la joven madre quería que le devolviera a sus hijas gratis. Así decía

él: *gratis*.

Onofre y la joven madre tuvieron escenas y altercados. Él amenazaba con el escándalo y ella se reía valientemente en sus narices, y decía que iba a ser la primera en proclamar que las niñas eran suyas y las había tenido en plena adolescencia y sin casarse, y que la opinión de la gente le tenía sin cuidado. Como solución, don Onofre le ofreció matrimonio, y ella se negó a volverlo a ver. Nombró un abogado, que se encargó de continuar las gestiones. Don Onofre quería sacar algún partido, pero un día las niñas desaparecieron. Eso fue todo, ni más ni menos.

Oyendo Nazaria hablar a Gustavo recordaba la cara de Onofre, y se decía: «Creo que don Onofre era croupier de ruleta cuando el juego estaba permitido en España». Por eso Nazaria atribuía a los jugadores profesionales, si oía hablar de ellos, la cara de don Onofre. Una cara de expresión entre impasible y bellaca.

Sabía el embajador de Siam que Onofre había sido, durante la República, uno de los pistoleros de una organización secreta de activistas que manejaba dinero alemán. En caso de ser aprehendido habría sido fusilado. En la embajada se pasaba la vida, Onofre, haciendo planes para salir de España.

—Pero ¿dónde están ahora Marta y María? —preguntaba Nazaria.

—Ah, eso yo no lo sé.

Quería el embajador liberarse de Onofre, porque habiendo éste reconocido a Nazaria sospechaba que el embajador era tan español como él mismo y podría alcanzar algún provecho si se presentaba la ocasión de una denuncia. Su mirada era insegura detrás de unas gafas rosadas que le daban la apariencia de un hurón demasiado crecido y un poco decrepito.

Entonces el embajador habló a Nazaria de un plan que había fraguado para sacar a Onofre de la embajada y entregarlo a las autoridades:

—Se trata de escribir dos cartas; una a Onofre diciéndole que aquel día de la fiesta fue usted a verlo para ayudarlo a salir de España. Debe decirle que acuda a tal hora de tal día a un lugar determinado. Esa es la primera carta. La segunda, a la Dirección de Seguridad, aconsejando a la policía que espere a Onofre en ese lugar el día señalado. Lo atraparán como a un conejo.

—¿Pero Onofre creerá en mi carta?

—Él me preguntará a mí y yo le aconsejaré que acuda a la cita.

—¿Y lo fusilarán?

—Seguro. No lo salva ni el patriarca de Indias.

Lo decía con una expresión tan satisfecha y feliz que intimidó a Nazaria, quien se quedó reflexionando, y de pronto dijo:

—No. Yo no sirvo para esas cosas.

No comprendía el embajador que en aquellos días tuviera nadie escrúpulos de conciencia.

—¿En qué idioma se entienden usted y Onofre?

Vaya una pregunta excéntrica, aquélla. Pero las mujeres eran así. Dijo que se

entendían en francés y añadió:

—Hay que dejar que le den a Onofre en la cresta para salvar a los otros y salvarme yo. Y tú. Nosotros dos tenemos que hacer cosas importantes en la vida, digo, los dos juntos. A ti te he dicho medias palabras antes y ahora te digo palabras enteras. Tenemos un futuro juntos —esto le llegó al alma a Nazaria—. Te conviene hacer algo que les guste a los milicianos, porque a ti te pueden apiolar un día por la menor sospecha y te veo caer delante del muro con tu peluca volando por el aire como un pajarraco —esto de *pajarraco* hirió a Nazaria—. Pueden darte el susto cualquier día, esta misma noche. Y lo que vas a hacer te dará buena reputación con la policía roja. Claro es que será un favor para mí. Como te digo —repitió—, se trata sólo de que escribas dos cartitas con tu buena letra de monja recoleta. Yo te las dictaré.

Ella resistía aún, a pesar de todo.

—Es superior a mis fuerzas —decía— eso de delatar a un ser humano.

Vacilaba Gustavo, y por fin, con un gesto de resignación heroica, volvió a hablar:

—Voy a abrirte de par en par mis adentros para que veas que confío en ti, porque el día de mañana esa confianza va a ser algo más que una simple amistad. Te lo juro. Este cura no es barón de Algeciras ni Dios que lo crió. El verdadero barón está en Biarritz dándose la gran vida, aunque debe andar flojo de numerario. Bueno, ellos entre sí se ayudan y no le faltan parientes en Francia. Yo no soy, sino el criado del barón. ¿Estamos? El *valet de chambre*, el secretario, el lacayo, el mayordomo, todo en una pieza. ¿Te extraña?

—Un hombre como tú —decía ella, asombrada—, que habla idiomas extranjeros, que tiene un yelmo de oro, que sabe montar una embajada...

—He viajado por las cuatro partes del mundo, he estado en Siam con el barón, y aunque no puedo leer inglés y sólo medianamente francés, los hablo mejor que mi amo. Hemos pasado largas temporadas en Londres, en París, en Biarritz. Yo hablaba con la gente del país, lo que es una ventaja para aprender el idioma, y mi señor andaba sólo con españoles de su cuerda. Manuses de la goma, hablando castellano. Tengo facilidad de labia y es cosa de familia. Puedo, incluso, imitar a los árabes y a los chinos, y aunque no he aprendido una palabra de esos galimatías, cualquiera diría que los hablo. En el fondo yo debía haber sido actor. Confieso que en las cosas de mi vida soy un poco farsante, pero ¿a quién le hago mal con eso? Ahí tienes, en mi embajada, a todos esos pobres tíos resguardados bajo mis alas de falso embajador, pero de verdadero hijo de puta, yo, con un pesquis que conoce sus clásicos porque así lo ha querido Dios. Los criados somos más listos que los amos porque desarrollamos más el ingenio con la necesidad de ganarnos el garbanzo mientras ellos se ahuevonan con la facilidad de la vida. Yo tengo de aquí (señaló su cabeza) y algo también de aquí (el corazón), y me extraña que vengas ahora con esos escrúpulos.

Oyéndolo, Nazaria imaginaba al noble barón genuino —al de Biarritz— más merecedor, más galán y más romántico.

—Se trata de castigar a ese puerco de Onofre —insistía Gustavo—. Tú serás como el brazo del destino que castiga al culpable.

Recordaba ella que las niñas iban siempre mal peinadas o sin peinar en absoluto y llevaban a veces ropa interior sucia. ¡Las hijas de una condesita! A Nazaria le parecía ignominioso. Y el embajador seguía hablando:

—Cuando trato con una persona como tú le abro mi alma de par en par, aunque sea contra mis intereses. Te he dicho todos mis secretos. Tienes mi vida en tus manos. Pero tú te sales por peteneras. El gachó es un maula que merece ir al muro. Y si no te atreves por lo que pueda tronar mañana, yo te digo que por los dos lados sales ganando. Si ganan los de enfrente, la condesita te agradecerá lo que hagas contra Onofre, y ella tiene buenos asideros con la situación, eso me consta. Y si ganan los de acá, dicho está que tomarán esa denuncia como una prueba de amistad.

—No, Gustavo; pídemelo lo que quieras menos eso.

—Pues ten cuidado, porque podría ser que ese tal Onofre desde la embajada te denuncie a ti.

—O a ti como falso embajador.

—Onofre no sabe nada de eso, todavía. Vamos a sacarnos a ese manus de en medio antes de que se entere. Él te conoce. Si tú le dices que siempre le tuviste aprecio y que fuiste aquel día de la fiesta nacional de Siam para ayudarlo a salir de España, él te creerá. Los hombres se las dan de listos y recelan de las mujeres, pero siempre están dispuestos a creer que alguna se enamora de ellos. Y más esa clase de tipos, que yo me los sé de memoria. Todas las mujeres son putas para ellos menos la que se aviene a deshacerles la cama. Ésa es honrada. Seguramente tú lo tratabas bien antes de la guerra, ¿verdad?

—Yo no le deshice la cama a nadie más que a mi marido.

—Anda, escribe esas cartas. Yo te las dictaré. Tengamos un secreto en común y corramos un peligro juntos tú y yo.

—En todo caso déjame pensarlo.

—Yo lo comprendo. Dos cartas como esas requieren raciocinio y meditación.

Antes de marcharse Gustavo le besó la mano como un caballero. Se veía —pensaba ella— que quería besarla en la cara y quizá en los labios, pero tal vez no se atrevió. Recordando aquel beso cortesano se decía: «A veces los ayudas de cámara parecen tan nobles como sus señores». Y lo pensaba complacida. Casi se alegraba de que Gustavo no fuera barón, porque eso los aproximaba y hacía más probable la boda en el cementerio o en otra parte, mejor en otra parte.

Estuvo pensando aquella noche en las cartas que debía escribir. En algunos momentos aceptaba aquella deshonrosa misión, sobre todo cuando recordaba la ropa interior sucia de las niñas, pero otros se negaba.

Juancho llegó el día siguiente y se extrañó de ver en Nazaria una disposición de ánimo nueva. Estaba grave, seria y distante. Tenía el chico una cierta sensibilidad para percibir los estados emocionales más secretos y se dio cuenta de que algo

sucedía. Miraba alrededor:

—Si viene, me marcharé. Digo, si viene Satanás, porque el otro día me quiso matar. ¿Es Satanás o es el Padre-santo?

Otro día, estando Juancho, llegó el embajador y como no llevaba atuendo de fiesta nacional siamesa, el muchacho no se asustó sino que se quedó sorprendido y también un poco desencantado.

Gustavo se puso a hablar con Nazaria como si estuvieran solos, pero de modo que Juancho no pudiera entender de qué se trataba, y aunque el chico escuchaba con los cinco sentidos no sacaba nada en limpio.

Traía Gustavo las cartas escritas y ella no tenía que hacer sino copiarlas, firmarlas y echarlas al correo. Ella las ojeó y estuvo un momento pensando si tenía en casa papel y sobres.

Cuando quedó sola se le representaron de nuevo las dos niñas Marta y María, desgraciadas desde la cuna y más desgraciadas cada día durante su infancia a causa de Onofre. Por ellas había estado Nazaria en la cárcel. Aquellas niñas que se habían sentado en las rodillas de Manuel le parecía que estaban reclamando alguna clase de castigo contra Onofre. Además las promesas de Onofre cuando ella estuvo en la cárcel no se cumplieron nunca y Manuel murió tal vez por esa desgraciada circunstancia.

Le parecía bien a Nazaria aquel día hacer algo en favor de las hijas de una condesita románticamente desgraciada en amores y en contra del que contribuyó a la muerte de su esposo.

En fin, copió las cartas con cuidado corrigiendo de paso algunas faltas de ortografía y cambiando dos o tres palabras. Allí donde decía *quiero que se imponga la justicia...* escribió: *Anhelo que se imponga la justicia*. En otra parte, donde decía *me voy a alegrar de que...*, borró *alegrar* y puso *complacer*, y luego borró también esta palabra y puso *deleitar*. Cuidaba el estilo según su costumbre.

La verdad es que el bellaco Onofre cayó en el engaño, salió de la embajada de Siam, lo atrapó la policía y sin duda debieron fusilarlo poco después.

Se sentía ella deshonrada —no mucho— para el resto de su vida. Estuvo dos semanas pidiéndole a Dios que la perdonara. Lo había hecho por amor a las niñas y también por amor a su difunto esposo y a Gustavo, a quien creía estar comenzando a amar. «¿No perdona Dios a los que delinquen por amor?», se preguntaba. Y no se daba cuenta de que su amor por Gustavo era cada día más una justificación de su acto deshonesto que un impulso espontáneo.

Seguía Nazaria en la antesala de la comandancia contemplando otro cuadro, un paisaje de Patinir con hadas y ninfas del verde bosque.

Lo miraba en éxtasis esperando que el comandante la llamara, aunque no estaba del todo segura de lo que diría. A veces pensaba que lo más urgente era confesarle lo que pasaba en la embajada de Siam, pero con el fin de recabar la complicidad y la ayuda del comandante, que parecía hombre comprensivo.

El día anterior fue a ver el fichero de la embajada y comprobó que había más de cuarenta mujeres, todas casadas (con sus maridos refugiados, también). Ninguna de aquellas mujeres habría denunciado a Onofre. Eran honestas, tenían respeto de sí mismas y propia estimación. «Mi denuncia es menos disculpable —se decía en su conciencia— porque no estoy segura de amar realmente a Gustavo desde que sé que no es sino el criado del barón». Así, pues, se sentía sin la justificación amorosa por la cual Dios podía perdonarla.

Creía Nazaria que después de haberse envilecido un poco (ése era otro aspecto del problema), aquella vileza la aproximaba a Gustavo. Pero ahora él parecía distanciarse. La vida era complicada.

En aquellos días se activó un poco el transporte de evacuados y le enviaron una nota diciéndole que estaba clasificada como preferente. Pero no quiso alejarse de Gustavo. Además, como la señora Eva le hacía propaganda entre el vecindario, se fueron presentando nuevos alumnos. Representaban, lo mismo que en Hilarión Eslava, los detritos de la población infantil del barrio. La tercera novedad notable fue que encontró nuevos papeles privados del barón en un gran cartapacio azul celeste.

Pensando una vez más en la denuncia de Onofre se decía: «Si viviera Manuel nunca habría yo caído en esa miseria». Creía que no tenía disculpa. Aunque tuviera los mayores motivos, una delación era lo más abyecto del mundo.

Como digo, llegaban otros alumnos y uno de ellos, de nueve años, que se llamaba Miguel, era objeto de las burlas de las chicas:

—Miguel, Miganel, Amiganel, Perribel, Gatibel, Zorribel, Tomatebel, Patatabel...

El chico se enfadaba y comenzaba a golpes.

Irene, una chica con pecas en la nariz, gritaba:

—El Miguelete está hecho de miga de pan, de miga de torta y de miga de empanada. ¡Cállate, migajón!

Entre los papeles del barón que contenía aquel cartapacio con tapas de seda apareció un manuscrito con letra fina y pequeña. Una letra un poco femenina, aunque era de hombre.

Comenzó a leer y se sintió interesada y luego fascinada.

Olvidó todo lo demás por algunas horas. Ella leía despacio y a veces interrumpía la lectura y se estaba mirando un punto indefinible del aire, en éxtasis.

VI. El portafolio de seda

La prosa del barón era recamada y sonora. Un poco falsa, es verdad. Nazaria, leyéndolo, decía sin embargo: «Este barón es un dechado de cultura».

Eran aquellas páginas, al parecer, la relación de una fiesta familiar en el palacio de los condes de Santaliestra durante los últimos años de la monarquía.

Sin darse cuenta Nazaria identificaba el palacio que describía el barón con el de la comandancia de milicias. Y leía absorta y nostálgica. (Su nostalgia era de un mundo que no había conocido). Decía el barón:

«El título de conde es en la heráldica peninsular más antiguo que el de duque, de tal forma que cuando voy al palacio de los Santaliestra y traspaso sus umbrales proceres y penetro en la gran sala por una puerta flanqueada de estafermos con armaduras de hierro y partesanas me siento muellemente integrado en nuestra gloriosa Edad Media. De esa circunstancia de la prioridad de la corona condal viene la costumbre de que algunos duques antepongan el título de conde. Por ejemplo, el conde-duque de Olivares, cuyo retrato en tamaño natural, pintado por Velázquez, está en un museo de Londres, según pude ver el año pasado. Aquel retrato es el de un hombre de hábitos orgiásticos con la cara sanguínea de gran bebedor y esa piel que los médicos llaman ahora hemorroidal. Incómoda manera de expresarse los doctores.

»Yo, en su caso (digo en el de tener los títulos de conde y de duque), caería en la misma tentación y no por inclinación a la vanagloria sino por respeto a las instituciones dinásticas y a nuestro pasado legendario. En ese respeto pongo o creo poner la misma reverencia que los poetas suelen sentir por los grandes mitos. Es mi derecho y en todo caso mi obligación de título del reino. Cada cual ejerce como puede ese respeto que todos tenemos para cualquier forma de grandeza. La que tenemos o la que anhelamos.

»Ayer asistí a la fiesta de los Santaliestra, que presentaban en sociedad a su hija Eulalia, dulce capullo del eterno pensil del amor».

Leyendo esto creía Nazaria estar viendo a la niña del cuadro con sus azucenas rojas y la puerta principal de la sala flanqueada por dos armaduras medievales con yelmos emplumados. Seguía Nazaria recordando su lectura con fruición, segura, ahora, de que la sala a la cual esperaba ser llamada por el comandante de milicias era la sala de fiestas del conde de Santaliestra. Porque Nazaria tenía imaginación para aquellas cosas. Al comandante (cuando la llamara) le diría lo de la denuncia de Onofre y él la convencería sin duda de que había obrado bien y tal vez estaría dispuesto a ayudarles a encubrir lo de la embajada. Porque aquellos hombres como el comandante eran también nobles a su manera. Aceptaba incluso que podía haber casos individuales de mayor nobleza entre los plebeyos que entre los aristócratas. Esa

idea le parecía a Nazaria una gran concesión a la democracia.

Pero entretanto seguía recordando los papeles del verdadero barón: «Esplendía el salón en sus galas. Los condes saben recibir y esto implica generosidad, ingenio, limpieza de sangre y sobre todo tradición en el hábito del esplendor. Cuando vi que las pantallas de las lámparas de pie en los rincones, y las caperuzas de las arañas de vidrio en el aire habían sido renovadas y eran de color sepia, no pude menos de sonreír recordando que la condesa de Santaliestra es rival de la duquesa de A. (celos sociales). Había puesto aquellas pantallas para que la duquesa, que es morena, pareciera bajo sus reflejos una pieza de alfar mal cocida. Y lo parecía a pesar de su hermosura natural. Así son las mujeres, incluso cuando son angelicales como las dos personas a las que me refiero. Los ángeles también han tenido querellas en el cielo y batallas por la preeminencia. Ha habido ejércitos de principalidades con espadas de fuego. Aquí las espadas no son ígneas sino sólo de luz y los escudos son de seda color sepia, que la filtran».

Nazaria seguía leyendo tan absorta que olvidaba incluso la villanía perpetrada con Onofre. Por el momento, claro. Porque lo de Onofre se había convertido en una obsesión. Y el barón seguía: «Tenía miedo yo de llegar tarde cuando vi que el mayordomo de calzón corto me anunciaba en la puerta. Yo me alegré y me dije: “Sus Majestades no han llegado todavía, porque cuando están ellos no se anuncia ya a nadie”. Me alegré de ver, también, que el mayordomo me conocía y no necesitaba mi tarjeta para anunciarme. Son pequeñas y legítimas satisfacciones del llamado gran mundo. Mi nombre suena familiarmente en todas las grandes casas de Madrid.

»Al oírlo se acercaron algunos amigos obsequiosos y afables. Yo sé que no soy gran cosa (mi familia ha venido a menos en las últimas generaciones), pero nada vale tanto como la amistad, y es un bien que nunca se deteriora ni fatiga si sabemos atender a su conservación. Por otra parte, cuando digo que hemos venido a menos me refiero a la cuantía de los caudales familiares que van adscritos al título. No somos gentes de gran fortuna y no me importa, porque en buen romance español caudal es lo que arrastra y el haberlo perdido quiere decir que hemos perdido el rabo, y perdóneseme la manera eutrapélica de referirme a mí mismo. Todo sea por Mr. Darwin, sofístico y atrevido generalizador de la pérfida Albión.

»¿Quién no ha perdido su caudal en los últimos años? Naturalmente, eso no quiere decir que esté en el caso de tener que depender de nadie. Mi fortuna me permite todavía viajar alrededor del mundo una vez cada cinco o seis años sin merma de mis haberes. Y espero entrar en la carrera diplomática. Un poco maduro soy para comenzar una vida nueva, pero el entendimiento mejora con los años, como solía decir el egregio hidalgo don Miguel. Y el duque de T. me ha prometido hablar de mí en el ministerio de Estado. El duque me trata como a un sobrino que necesita y merece ayuda y eso me conforta. Es un patricio de la gran tradición iberoirlandesa.

»Los condes me recibieron poniendo una tilde de amable campechanía dentro del tono impersonal impuesto por la etiqueta. Tiene ella una manera encantadora de

ofrecer la mano y uno percibe el privilegio que representa inclinarse a besarla. Hubo murmullos de curiosidad propicia entre algunas damas cuando me vieron. La niña, con la espalda desnuda hasta la cintura y el vestido subiendo por delante hasta la garganta (rematado en lo alto por un cintillo de diamantes), era fascinadora. Ella sabe que yo la amo sin esperanza. Soy demasiado viejo para ella y se lo he dicho dos o tres veces con un doble acento de gravedad implícito en la broma. Y añadiendo que ella no es, sin embargo, demasiado joven para mí. La niña me ve llegar con alegría. Para salvar la cara yo doy a mi adoración a veces un tono discretamente bufonesco. Ella sabe a qué atenerse y con esos ejercicios de inocente galantería va aprendiendo la niña a afrontar a la gente en el difícil juego de los sobrentendidos.

»Sabe que he escrito sobre ella madrigales, pero nunca los publicaré para no empañar el cristal limpiísimo de su nombre. A veces le he dicho: “Sacrifico a tu respeto nada menos que mi posible inmortalidad de vate, así como otros sacrifican su vida. O dicen que la sacrifican”. Ella me sonrío como el rocío sonrío a la aurora, aunque en mi caso más que aurora sea crepúsculo. Esa sonrisa ilumina las jornadas sombrías de mi avanzada madurez. Jornadas con más nubes que sol o con un sol más frío cada día.

»Yo uso su nombre haciéndolo rimar —Eulalia— con *dalia* y *cantiga salia*, y *saturnalia* (cuidado), *faunalia* y (más cuidado) *animalia*. Tengo rimas más inocentes como *sandalia* y *Vandalia*. Pero esos versos de resonancia helénica no los verá ella, a no ser que se case un día, conozca las dulzuras y las perfidias del amor y tenga hijos. Después del tercer hijo me aventuraré a mostrarle mis madrigales. Es lo que le he dicho y naturalmente está intrigada. Sus padres ríen y me dicen que soy como el viejo Fausto por mi habilidad para despertar la atención de los corazones jóvenes, lo que no suena mal a mis oídos. Además, todo esto sin ayuda del diablo, como sucede en el poema de Goethe».

Leyendo estas cosas Nazaria se esponjaba en su sillón y pensaba que si ella supiera explicar tan bien los motivos de sus actos tendría menos remordimientos por lo de Onofre. Luego volvía a su lectura, codiciosa de secretos brillantes.

«Es un hogar modelo el de los condes, con dos hijos (varón y hembra) y una sobrinita huérfana, de antigua sangre real francesa. El garzón es guardiamarina y anda navegando a vela por los siete mares. Los Santaliestras podrían ser monarcas en una isla de ensueño, como sucede en los libros del amoroso Amadís. Su amistad es la mejor de mis satisfacciones de animal social. ¿Qué animal? Virginia dice que me parezco al que llaman en inglés *blue nose baboon*.

»Repito que llegué a las nueve y en aquel momento oí, a través del rumor de la música, que sonaba con sordina, oí, digo, las horas que cantaba un viejo reloj de Dresden (ahora está de moda). Por cierto que con cada golpe de campana vibraban dos prismas cristalinos en una lámpara rococó sobre mi cabeza, y se les oía entrechocar cambiándose reflejos rosados y azules. Dándole mi capa y mi bastón a un paje (los antiguos pajes *de hacha*, es decir, *de antorcha*) pensé: Virginia ha debido

venir ya. Y así era. Ella andaba mariposeando y esperándome. Virginia es la esposa del marqués de N. y es mi amante (con perdón) desde hace dos años más o menos. Creí salvarme con ella de una pasión fatal y el remedio ha sido peor que la enfermedad. Pero así suele ser.

»Como la fiesta era de gran gala íbamos vestidos de frac. Nunca se sabe si van a asistir los reyes, ya que por razones de seguridad no se anuncia, y cuando llegan es una sorpresa. Yo supongo que asisten cuando veo pequeños detalles secretamente reveladores y diferentes en cada palacio. Esos detalles toman a veces la forma de bellas alegorías. Por ejemplo, en el palacio de los Santaliestra sabía que iban a llegar sus majestades porque estaba el enano en la sala. Es una historia antigua, ésa del enano. Desde hace siglos un menino cabezón y paticorto recibe en el palacio de los Santaliestra a los reyes y les sale al paso llevando en un cojín de seda, con borlas colgantes, un pequeño recipiente de oro y en él un puñadito de sal. Esto viene de una tradición remota, según la cual un tierno infante prematuramente nacido en medio del camino durante un viaje de los monarcas se vio en peligro de muerte sin haber sido bautizado. Fue el conde de Santaliestra quien cabalgó haciendo veinte leguas en menos de dos horas y llegó con la sal a tiempo. Es decir, al llegar el conde a media legua de sus majestades, el caballo cayó reventado y entonces salió a su encuentro el enano don García en su potro alazán y cogiendo la sal fue a llevársela al rey. Llegó a tiempo para el bautismo sacramental, aunque el infantuelo falleciera poco después. Bautizado y liberado del pecado original, eso sí. Es decir, salvado del limbo para la eterna gloria de los príncipes cristianos. Aunque, bien mirado, el limbo no debe estar tan mal.

»A veces he pensado que aquel monarca tenía mal organizada la intendencia de su real casa o tal vez se trató de un viaje imprevisto por razones vitalísimas para el reino. Además, era un periplo relativamente corto que no requería medidas especiales de abastecimiento. Aunque con los embarazos de las damas nunca se sabe lo que va a suceder. Luego aquel incidente de la sal se convirtió en una superstición bastante generalizada en todos los estados europeos. Y ahora, cuando llega el rey a casa de los Santaliestra, un enano también vestido de frac (paje de estrados de la condesa) avanza con pasitos cortos de pato y ofrece la sal al rey, quien toma un poco de ella y la deja caer en su propio hombro mientras la orquesta toca la segunda parte de la marcha real, sólo los primeros compases que corresponden a la letra:

... vence al mundo, al demonio, a la carne.

»Ese no es el caso de Virginia ni el mío, por desgracia. No los vencemos. En todo caso, ayer tardaron en llegar los reyes, pero, como dije, no suelen faltar a las fiestas de los Santaliestra. Me gusta verlos llegar como símbolos vivos y actuantes de nuestra grandeza. Lentos, seguros de sí, benevolentes y prósperos, quiero decir poderosos, políticamente. Ah, y augustos. Son los monarcas más decorativos de Europa, y algo de su esplendor nos llega a nosotros, sus satélites circunnavegantes».

Esto confortaba a Nazaria, quien pensaba lo mismo que el barón y se acordaba del día que fueron al relevo de la guardia en el patio de armas del palacio real. Lástima que los reyes no salieran al balcón. Ni los infantes. Sólo salió un gato, que acechaba a las palomas.

«Yo me acerqué al grupo del cardenal primado y del nuncio de Su Santidad, donde tuve oportunidad de contar la leyenda del enano y la sal. El nuncio, como extraño a nuestras costumbres, no la sabía, pero sí el cardenal.

»—¿Es posible —preguntaba yo, después de contarla— que a una edad tan tierna tengan los niños necesidad del bautismo para salvarse?

»Su Eminencia el primado me decía que el bautismo era un exorcismo para sacarle el demonio del cuerpo al infante.

»—¿Qué demonio? —me aventuré a preguntar a Su Eminencia, pensando al mismo tiempo que a Jesús lo tuteamos y también a Dios, pero que a los jefes de la Iglesia les damos tratamientos fastuosos: Excelencia, Señoría, Santidad, etc. Respondía el purpurado:

»—El del pecado original, el mismo que tentó a Adán y Eva en el paraíso.

»Y me miraba como pensando: “¿De dónde sale este hombre que ignora la raíz del dogma más elemental de nuestra Iglesia?”. (Reconozco que no estoy muy versado en esas importantes materias). Luego siguieron hablando con el marqués de C. y el de U., que tienen fama de ser los hombres más ricos de España. El cardenal primado estaba diciendo que Dios desea que los hombres gocen plenamente de los bienes de fortuna que les ha dado. Yo tenía ganas de intervenir con algunas opiniones discrepantes, pero debo vigilarme para no caer en la situación del noble que por falta de fortuna se convierte en un ácrata nihilista, es decir, en una especie de príncipe igualitario. Así, no dije nada y el silencio fue mi contrita respuesta. Pero seguía pensando por qué a los cardenales los llamamos Vuestra Eminencia y a Jesús lo tuteamos campechanamente.

»Oyendo a Su Eminencia tenía yo la impresión de que los dos jefes cristianos esperaban que Jesús hiciera la guardia con fusil y bayoneta en la puerta del Banco de España para custodiarles sus fortunas a los marqueses. Dios me perdone, pero esa es la parte fea del catolicismo tradicional, aunque, naturalmente, yo creo que la riqueza la da Dios (sobre todo, la fortuna heredada) y que el dueño tiene derecho a disfrutarla razonablemente. Así y todo, Jesús haciendo la guardia en el Banco de España me parecía una sugestión blasfema y me arrepentía de la ligereza de mis ideaciones, cosa que me sucede a veces. Aunque, repito, me callé prudentemente. Y no sé si hago bien escribiéndolo aquí, porque de un modo u otro la Iglesia ha ayudado mucho a la nobleza tradicional en todos los países de Europa, especialmente en el nuestro. Y lo digo por la parte que me toca.

»Nunca ha tenido que arrepentirse nadie de su propio silencio, es verdad. Por eso tal vez los marqueses no respondían a las opiniones de los cardenales. Son liberales, esos marqueses, y ayudan de un modo impersonal y anónimo a las ciencias y a las

artes. El marqués de C. tiene barcos y me ha dado facilidades para mis viajes, de tal forma que sin su ayuda tal vez no podría haber llegado hasta Siam (el dulce país de las sonrisas) el año pasado. Entre mis defectos no figura la ingratitud, realmente. Ser pobre e ingrato es peor que ser rico y soberbio. Confieso que yo podría ser lo uno o lo otro, pero según con quienes. Una de las pocas cosas que he aprendido en la vida es a navegar con viento propicio o contrario.

»La sala, como digo, tenía esa atmósfera de las grandes solemnidades en las cuales la sonoridad parece ejercitarse en un ambiente muelle de dobles y triples fondos y múltiples ecos. Yo cuido de no hacerme reparar demasiado en esas fiestas, porque es de mal gusto llamar la atención. Además, voy al palacio de los Santaliestra con la esperanza de encontrar allí a mi amante Virginia y cambiar sonrisas con la niña Eulalia. Esperanzas delicadas las dos. No me importa si Eulalia después de la primera sonrisa me ignora, pero yo disfruto mirándola y viéndola reír con otros, tan natural y al mismo tiempo tan controlada en su alegría. De pronto, ella se acuerda de que yo ando por la sala y vuelve a sonreír y vuelvo a sonreír. Entre su sonrisa y la mía hay un camino invisible por el que transitan los ángeles. ¡Qué dulces los ángeles! ¡Qué voluptuoso debe ser corromperlos y pervertirlos!

»La niña es uno de esos prodigios gracias a los cuales la realidad se salva de su propio y fatal prosaísmo. El día que se case, si su marido no la trata como ella merece, lo retaré a duelo con todas las ventajas de mi lado, porque soy un buen espadachín, un *diestro*, como decían antes. Sobre todo con el florete. La espada francesa es como un garrote en manos de villanos. El florete, en cambio, es sutil, refinado, agudo e hiriente como un epigrama. Yo lo esgrimo según la escuela clásica de Pacheco y sé ganarle los grados del perfil a mi contrincante, aun al más experto. Bueno, esa es la opinión que tienen de mí algunos diestros dentro y fuera de España. Y disculpen la vanagloria. O llévenme al palenque y verán.

»Soy conocido entre los nuestros y no pocos nobles castellanos me han pedido que les enseñe a esgrimir. Yo he accedido, y como me he negado a recibir honorarios, me pagan con regalos a veces fastuosos. Por ejemplo, el vizconde de E. me regaló un caballo árabe. No tengo cuadra y no era cosa de poner el caballo en mi dormitorio. Tuve que regalarlo a mi vez a un primo mío (no podía venderlo, porque habría sido inadecuado entre caballeros vender el regalo de un amigo). Mi primo, en cambio, me regaló diez cajas de habanos y una cigarrera de piel donde caben cinco de ellos, con mis iniciales en brillantes. Eso es diferente, ya no es marchandaje vil y, en todo caso, uno salva el propio decoro. Porque yo lo tengo, aunque Virginia dude a veces. Ella querría que matara a su esposo en duelo.

»Cuando llegaron los reyes la fiesta alcanzó todo su esplendor. Es curioso observar cómo su presencia realza y valora las nuestras. La sala que antes era una sala más o menos lujosa se convertía en un ágora o areópago lleno de mármoles animados. Las brisas de la tradición iban y venían entre los muros decorados con cuadros de época. Lo que antes era un incidente, una ocurrencia ordinaria, se

convertía en un símbolo o alegoría de sentido histórico. La música rizaba las conversaciones a media voz, las risas eran contenidas y las voces controladas. Todo era un poco mejor y las personas estaban más de acuerdo entre sí que antes. Eso bastaría en mi caso para ser monárquico. No lo soy únicamente por tradición familiar ni por obligación de clase. Me encanta saber que en la ciudad donde vivo y en la sala donde estoy hay un rey, porque gracias al influjo de su presencia todo el mundo se conduce mejor y hasta el hombre pugnaz y rencoroso prueba a ser benévolo con el prójimo. El rey es un generador de convivencia, de civilidad y de buen entendimiento.

»Al menos el rey Alfonso, que es el caballero mejor educado de España, lo que no es poco decir, y en cierto modo es natural. A mí me habló ayer dos veces, la segunda en un largo aparte, porque he tenido la honra singularísima de ir varias veces a palacio a dar clases de florete a dos de los infantes y a la infanta Beatriz y podría decir, aunque la expresión parezca inadecuada, que nos conocemos. Su Majestad el rey tiene la gentileza de acordarse de mí. Conoce mis costumbres, lo que, naturalmente, lisonjea mi orgullo. Me ha hecho preguntas sobre mis viajes a Oriente, y ayer mismo me habló otra vez de Siam.

»—Es raro —dijo— que no tengamos relaciones diplomáticas con ese país.

»Añadió que si un día las teníamos, el embajador sería yo. Se lo agradecí, cuidando de disimular el ardor de mi gratitud para no parecer impacientemente ilusionado. En las relaciones con la realeza hay que ser discretos, incluso cuando se trata de manifestaciones de afecto y de fervor. El logro se arriesga con la premura.

»El marqués de E., jefe del Gobierno, y el duque de T., ministro de Guerra, estaban en la fiesta. El marqués es un varón patriarcal, sabe decir una broma a tiempo y no tiene un átomo de hiel en su vesícula biliar, por más que digan sus adversarios. En cuanto al duque, es un viejo prócer que afecta la rudeza del hombre de armas, pero con un sentido del humor de veras original, siempre dispuesto a gozar de un juego de ingenio o de una buena broma amistosa. Yo pienso en ellos como en dos parientes de los cuales uno puede estar orgulloso. Sobre todo el duque de T., que por su origen irlandés es un hombre sin inhibiciones, de carácter abierto. Lo que en Francia llaman (con todos los respetos) un *bon vivant*. En eso yo me considero su humilde discípulo.

»La crema de la sociedad madrileña estaba allí y yo encontré pronto a Virginia (escribo un nombre figurado por si estas páginas caen en manos profanas e inseguras). Ella no es una mujer que pueda disponer de sí misma sin riesgo, ya que, como he dicho, está casada, y aunque su marido asistía a la fiesta y todo el mundo conoce nuestro *affaire*, Virginia coqueteaba con otros, lo que a mí me irritaba, como es natural. Soy un amante posesivo. Supongo que ella me es fiel (aparte su relación con el marido), pero no le gusta parecerlo. Tiene una manera desgarrada y un poco golfante de hablar, porque le gusta imitar a las clases bajas, y cuando se lo reprocho me responde:

»—Tengo un corazón achulado y plebeyo como la infanta Isabel, y eso nadie lo puede remediar.

»Muestra ese talante Virginia en lo que se refiere a su marido, a quien odio. Bueno, yo sé algo más que ella, sobre eso. Lo *odia* porque no puede hacerse amar de él. Lo odia como reacción desesperada de amante no correspondida, pero sin dejar de amarlo o amándolo más, todavía, por esa tendencia masoquista que tienen la mayor parte de las féminas a través de milenios de dolorosa sumisión. ¡Ah, Virginia! ¡Cuánta inocencia en tu adulterio y cuánto dolor en tu inocencia y cuánta injusticia en tu dolor. Lo digo yo, tu víctima impropia!

»Es decir, que adora a su marido en secreto y lo escarnece en público. Sus ultrajes forman parte del ritual de su adoración. Este caso de Virginia no es único, ni siquiera raro y a mí me exaspera y me confunde, la verdad. Yo creo que es la razón de la indiferencia que muestran muchos aristócratas y hombres *civilizados* (o más bien *sofisticados*) por el adulterio de sus esposas. Saben que ellas lo hacen por despecho y por pasión fermentada, y también por una especie de locura suicida. La única reacción adecuada del marido en estos casos es la indiferencia. Así es que el marido llamado tolerante es, con mucha frecuencia, un verdugo atento realmente (y pérfida y pandamente) al suplicio de su víctima. Sutil tortura. El marido de Virginia se revela como un sibarita del sadismo, y en eso no puedo menos de admirarlo».

Al leer esto, Nazaria sintió su conciencia escandalizada. ¡Oh, aquellas mujeres! Era como asomarse a otro planeta y ella se asomaba llena de dulces sugerencias nuevas, a pesar de todo. Pensaba —equivocándose— que aquella mujer era la romántica y misteriosa «R». Y seguía leyendo encandilada:

«Estaba Virginia conmigo (me había cogido del brazo) y al ver llegar a su esposo se acercó más a mí (sentí su seno izquierdo contra mi pecho) y dijo en voz baja:

»—Ahí viene el cabrón de mi marido».

Nazaria, leyendo estas líneas, sintió algo como una bofetada en la mejilla. Y se ruborizó. No podía imaginar que las condesas o marquesas se expresaran en aquellos términos. ¡Ellas, que debían dar ejemplo! Pero su curiosidad ante aquel manuscrito crecía con las intemperancias y seguía leyendo, después de decidir que Virginia no podía ser la romántica «R». No merecía serlo, y en eso acertaba.

«Yo aguantaba la risa y reprochaba a Virginia aquella manera de hablar. Sin embargo, gozaba del contraste entre su rostro de serafín y su verbo canalla. Rarezas del mundo de la voluptuosidad. Era como el ángel pervertido del que hablaba antes.

»El marqués se unió a nosotros y, simulando como siempre una indiferencia cortés, nos llevó al bar. Por el camino pidió a su esposa que fuera al lado de la infanta Isabel (*la Chata*, la llaman en palacio), porque Su Alteza Real tenía algo que decirle.

»—¿Es ella quien me llama? —preguntó Virginia, extrañada.

»Afirmó el marqués, y Virginia fue un poco intrigada y temerosa, pensando que la infanta quería cantarle la cartilla. No era para menos.

»Por el camino del bar nos detuvimos a besar algunas manos, y yo vi en el fondo

de un espejo que Virginia, sin dejar de atender a S. A. R., vigilaba a su esposo con ojos encelados; a él y no a mí. No perdía detalle de lo que hacía su marido, pero, además, yo la conozco a ella, y sin necesidad de esas señales reveladoras sé muy bien, como dije, que está locamente enamorada de él. Nunca pude imaginar una pasión semejante. Lo engaña, se dirá, pero no es cierto, porque el engañado soy yo. Así, como suena.

»El diablo que las entienda, a las mujeres, si puede. Yo creo que en vano trataría de entenderlas el diablo cuando no las entiende ni Dios que las creó. Y Él nos perdona a todos. Amén.

»Como digo, el rey es el español mejor educado: atento, agudo, alerta, al mismo tiempo familiar y distante, seguro de sí y conocedor de las fronteras de su soberanía y del respeto que debe a los demás. Un rey es un ser excepcionalmente distinguido, y aunque sólo fuera por eso, merecería mi respeto. Como se puede suponer, todos lo imitan, aunque sin pretender igualarle. La superioridad del rey va implícita en la función y, por lo tanto, es inimitable, como la de los santos de Roma, valga la comparación. O la del Papa.

»Don Alfonso, además, desea el bien de su país y la felicidad de su pueblo. La dictadura de P. de R. la instituyó arriesgándolo todo, porque creyó que debía salvar a España de las torpezas y rutinas concupiscentes de los partidos turnantes. Eso que se dice por ahí de Annual y del expediente Picasso es pura demagogia. La historia dirá si se equivocó o no P. de R., pero su intención era plausible. No hay que engañarse. Es por eso por lo que toda España recibió bien a P. de R., aunque hace algún tiempo me he dado cuenta de que los conservadores le vuelven la espalda despechados e iracundos. Y es precisamente porque P. de R. trata de establecer algunas leyes nuevas en favor del pueblo. En serio. P. de R. comienza a ser impopular entre la nobleza. Ayer, al poco rato de entrar en la sala, crucé el salón dos veces y me salieron al paso varios amigos escandalizados. El duque de V. me dijo que toda la Corte estaba en contra de P. de R., y declaró, con su franqueza aragonesa, que él era el primero y que estaba dispuesto a dar la batalla. Luego quiso ir a decírselo al rey, y aunque traté de disuadirlo, no lo conseguí. Parece que pudo transmitirle a Su Majestad lo que él llama *la opinión de toda la Corte*.

»El rey le respondió:

»—No todo el mundo está en contra de P. de R., porque yo soy partidario suyo.

»El duque de V. decía, después:

»—Lo tiene fascinado, al rey, P. de R. lo tiene hipnotizado y habría que tomar alguna medida.

»Yo le recordaba al duque que un antepasado suyo, Álvaro de Luna, perdió la cabeza por ejercer demasiada influencia sobre el rey Juan II. El duque me oía con gusto. Tal vez habría querido ver la cabeza de P. de R. colgada del gancho carnicero, en el patíbulo. Los odios políticos son en nuestro país feroces y sanguinarios. Confieso que los míos lo son también.

»Todos creían que P. de R. iba a incautarse de los bienes de señorío en los que se basa la fortuna de gran parte de la vieja aristocracia, y entregarlos a los campesinos. Otros muchos le habían dicho al rey lo mismo. Le había oído yo cosas parecidas a Virginia, que suele repetir lo que oye, aunque ella se desentiende de la política y dedica toda su atención a vigilar a su marido y a hacerme la vida difícil a mí.

»Ella no me es fiel. Me engaña, como creo haber dicho, con su marido. Yo, por mi parte, me defiendo a mi manera. Cuando tengo a Virginia en los brazos estoy pensando en la condesita Eulalia. Seguramente Virginia piensa, cuando hace el amor conmigo, en su negligente esposo, y quizás el esposo, cuando no puede menos de hacerle el amor a ella (por compasión satánica), está pensando en otra. Así es la vida, al menos la de los hombres y las mujeres casados, supongo. En nuestro tiempo, o tal vez en todos los tiempos, el matrimonio va contra el orden natural. Convencido plenamente de esto, yo me casaría, sin embargo, mañana mismo con la condesita Eulalia, lleno de inocentes ilusiones. Ese es el milagro del amor: aunque no creamos en él somos sus esclavos. Me gustaría pervertirla un poco a esa tortolita sin hiel.

»Nunca se agota, el amor, además.

»De veras, Virginia me la pega con su marido y eso me trae a mal traer y motiva mis largas vigiliias. Paso noches enteras mirando al techo y pensando que ni tengo realmente a Virginia ni tendré nunca a Eulalia. Desdichado de mí, viejo solterón.

»Lo más curioso es que no se le conoce al distraído marqués una amante oficial. Algunos hablan de homosexualidad, pero no lo he creído nunca. Esa fama se la ha debido poner su mujer, quien por amor es capaz de hacerlo objeccionable y hasta repugnante en la sociedad que los dos cultivan. No sería el primer caso. Conozco otros.

»Como digo, los reyes, P. de R. y los jefes políticos, a quienes he tratado de cerca, aman al pueblo. Me consta. En sus discursos, en sus leyes, en sus escritos, en sus conversaciones, lo dicen y están convencidos de que darían la vida por el bienestar de las clases humildes, y quizás es cierto (se obsesionan con las virtudes que se atribuyen a sí mismos y llegan a convencerse, de veras). Si llegara el caso se sacrificarían por el bien de *la nación*. Supongo que la nación es el pueblo español. Si no, ¿qué otra cosa puede ser? Al menos esa es mi idea en las cosas políticas, aunque no puedo considerarme un conocedor experto. La política la entiendo como una pasión y no como un repertorio de funciones.

»Pero entretanto el pueblo sufre y millones de campesinos malviven en un abandono animal. Por suerte, mi fortuna no depende de ellos, y así me siento menos culpable. Los obreros de las ciudades están mucho mejor, aunque todo es relativo, y en cuanto a la clase media profesionista, todo se les va en fútiles ilusiones: un pañuelo marcado en seda, una corbata, una tarjeta de visita impresa en relieve, un pantalón de moda y otras cien fruslerías decoran su miseria bobamente conformista. Al menos los obreros suelen protestar alguna vez y todos sabemos que tienen razón. Y antes que todos lo sabe el rey, que es lo que importa. Porque él ama al pueblo. Yo

también. A nuestra manera todos lo amamos.

»En la fiesta de ayer, Su Majestad me hizo el honor de hablarme aparte en dos ocasiones, y el duque de Miranda estaba asombrado viendo que llevábamos ya cinco minutos en amena plática (la segunda vez) y que, naturalmente, llamábamos la atención de la sala. Mi Virginia debía sentirse orgullosa por la distinción de que yo era objeto, ya que los cortesanos estiman, antes que nada, el favor del rey.

»Pues bien, Su Majestad me dijo:

»—En estos días parece que todo el mundo la ha tomado con el marqués.

»Se refería a P. de R. Yo asentí y el rey añadió:

»—¿Y tú? ¿Qué piensas?

»—Yo no soy político, señor.

»—Si lo fueras no te lo preguntaría, porque sé de antemano lo que piensan los políticos. ¿Cuál es tu opinión?

»—Yo creo que el marqués de E. es un hombre honesto y leal a Su Majestad, pero mucho temo que no es ya popular. Cada día lo es menos.

»—Esa es la cuestión.

»Quedamos callados. Poco después, el rey añadió, pensativo:

»—Es lo de siempre. Yo elijo a mis colaboradores y los traigo a mi lado en plena lozanía y capacidad, pero luego se deterioran. ¿Qué es lo que deteriora a mis hombres?

»—El poder, señor.

»—Eso dicen. Mira, barón, lo peor es que no hay en España hombres realmente populares, y un rey no puede hacer nada sin tener a su lado alguna figura amada del pueblo. Fernando VII, a falta de otra cosa, tenía inquisidores y toreros. ¿Dónde encuentro yo un hombre capaz de sustituir a P. de R. y que me ligue al pueblo en lugar de separarme de él? Los toreros no valen para esas cosas. Los obispos tampoco. No son populares, los obispos, y sin la Inquisición, que era su partido político, no saben qué hacer. ¿A dónde recurrir? ¿Qué te parece?

»—Me hace un favor consultándome, señor, pero no creo que mi opinión valga gran cosa.

»—No seas panoli; tú eres un hombre que está cerca del pueblo y entras en todas partes, tabernas o palacios. Dime lo que oyes por ahí y lo que piensas.

»—Señor, creo que la monarquía está en peligro y que la aristocracia no puede hacer mucho por salvarla.

»—Ellos se hundirán conmigo, si llega el caso.

»—Me veo en la triste obligación de disentir, señor. Ellos saben que en las repúblicas como Francia, por ejemplo, los nobles mantienen sus privilegios.

»—¿Quieres decir que es sólo mi familia la que se hundiría?

»Yo callaba, un poco aturdido. El rey me puso la mano en el antebrazo:

»—Ya lo sé —me dijo con voz firme—. No necesitas decir más.

»Eso me dejó consternado y perplejo.

»—Señor, yo daría la sangre de mis venas por salvar a la monarquía.

»—También lo sé, pero eso no resuelve nada. Estamos en un callejón sin salida. Y, sin embargo, hay que buscar una solución. Inventar una salida. Todos disienten. Esta es la corte de la *disentería*.

»La reina, siempre graciosa, hermosa y afablemente distante, estaba con la condesa anfitriona y con la infanta Isabel. Miró en la dirección del rey y éste se levantó y acudió a su lado. Yo me levanté también y me incliné profundamente, pensando: “Si llega la crisis final, es decir, la catástrofe de la dinastía, la infanta Isabel es la única que se salvará, porque la quieren en la plaza de la Cebada. Es popular. Parece que para sobrevivir en tiempos calamitosos es importante ser popular en la plaza de la Cebada. Y tomar su puesto entre las bestias de pesebre”.

»Vino Virginia encantada por haberme visto con don Alfonso, pero yo creo que a partir de hoy la policía vigilará mi correo y mi teléfono por decisión de P. de R. Es lo malo de estos regímenes, que sólo piensan en ir eliminando fantasmas, pero sin atacar el mal en sus raíces, a pesar de la buena voluntad de todos. Si mi correo y mi teléfono están vigilados, me marcharé a Francia por algún tiempo. No es cosa de irle con la historia de esos celos y vigilancias secretas a Su Majestad, y tampoco quiero ser tenido por sospechoso en una Corte que pasa por dificultades y tal vez por una crisis definitiva. Las sospechas vendrían ahora de la oposición de la nobleza contra P. de R. La duquesa de T. anda recogiendo firmas para que lo echen y sabe que yo me opongo. Me miraba la duquesa anoche de soslayo, pensando tal vez que mi amistad era como la de los moros marroquíes, que nunca se sabe si están de parte de unos o de otros. En cierto modo tenía razón.

»Después de mi conversación con el rey volví al bar. Iba con Virginia, pero de nuevo S. A. R., *la Chata*, la llamó. Es una anciana simpática, y yo me alegré de que Virginia me dejara solo. No sé por qué se obstina en exhibirse conmigo en público. Yo me veo, como dije, en el caso, no tan absurdo como se podría creer, de un amante engañado por el marido. En el bar me rodearon algunos grandes de España (yo no lo soy), que me habían visto romper el protocolo con el rey y ante los cuales había, por ese simple hecho, crecido considerablemente. Algunos me miraban (sin dejar de adularme) con recelo, disimulando alguna clase de envidia. O de rencor, por negarme a firmar el memorial de la duquesa de T. y del duque de V. Creían tal vez que yo los había traicionado aquella noche con Su Majestad. A veces pienso que lo merecen de sobra.

»El marido de Virginia me contaba un chisme sabroso. En voz baja. El marqués (incidentalmente) cuando estaba en el bar usaba un léxico diferente del que empleaba en el salón. Al hablar de mujeres, todas eran calandracas, y de hombres, todos currinches. O manuses. Es decir, en sus labios nada de aquello hería a nadie. Era como un tic inocente. He aquí el chisme al que me refiero: “P. de R. había preguntado a la marquesa de L. si su organización (femenina, monárquica y antiliberal) iba a celebrar el mitin anunciado para dos días después en favor del régimen, y ella

respondió que había que aplazarlo por razones personales de salud. (Era mentira, lo que pasa es que la duquesa dirige la oposición en palacio). P. de R., que lo sabe, le advirtió agriamente”:

»—“Una causa nacional no puede estar a merced de las indisposiciones periódicas de las señoras”.

»Yo sonreí, pensando: “Ese es el estilo de P. de R. que lo hace a veces tan simpático”. Pero el marido de Virginia añadía:

»—En ese momento se acercó un criado con una batea de copas de champaña, y la marquesa de L. le dijo, autoritaria: “No, al general P. de R. tráigale vino tinto”.

»Reímos los dos. A un barbián, una manola. O una flamenca malagueña.

»Repito que yo estimo y admiro la delicadeza de registros del marido de mi amante (aunque habla vulgarmente y jura como un poseído), y a veces lo envidio por la pasión que ha logrado encender en su esposa. Se preguntarán ustedes cómo sé yo que su esposa lo adora. Bueno, hay evidencias superiores a todo razonamiento, pero en este caso se puede explicar, aunque de un modo pintoresco y humorístico. Mi amante me dice que a veces va a la cama de su esposo al amanecer, postulante y solicitadora, y ve que la mitad de su espacio conyugal, es decir, el que le corresponde a ella en el lecho, está ocupado por el perro lobo que ganó el primer premio en la última exposición canina internacional. Es un animal hermoso y más inteligente que muchas personas, y lo digo en serio. Como campeón mundial, el perro es rex. Así lo llaman: *Rex*.

»Me dice Virginia que ha tratado de sacar a veces al perro de la cama, pero el animal se hace más pesado y gruñe y el marido le dice:

»—“Deja en paz al perro, querida. Déjanos tranquilos”.

»Eso de que siempre el marido la llame *querida*, la pone a ella *a parir*, según su expresión favorita.

»—“¿Estás en tus cabales?” —le dice a su marido.

»Y el marqués, sin abrir los ojos, responde:

»—“*Rex* es más perfecto como perro que tú como mujer y yo como hombre. Repito que nos dejes en paz a los dos”.

»—“Sois un par de maricas” —declara ella, considerándose vencida.

»Soñoliento, le replica el marqués:

»—“Es verdad. Ni a *Rex* ni a mí nos interesan las perras. Somos un par de maricas. Déjanos en paz, querida”.

»Como es natural, en esas palabras del marqués (que tal vez encierran una acusación) hay un inmenso desdén para ella. Lo peor es que a Virginia esas cosas le hacen gracia. Todo le hace gracia, en él. Esas palabras y su costumbre de dormir con el perro son para Virginia caprichos traviesos de un niño adorable. Todos los niños quieren dormir con su perro. Y lo mira en éxtasis, a su esposo, digo con una especie de deliquio desolado. ¡Nunca me mira a mí Virginia de esa manera, la gran p... ecadora!

»Parece que el marqués la maltrató en los primeros tiempos después de una luna de miel, que duró algunos meses, y luego fue dejando de maltratarla, pero también de interesarse por ella. Virginia exclama a veces, sin venir a cuento: “¡Qué se ha figurado que es, ese desgraciado chulo malasombra!”.

»A veces le pide que le haga el amor (hasta ese extremo llega su estupidez de enamorada), y él se ríe y dice, marchándose:

»—“Perdona, me están esperando en el club de Puerta de Hierro. Además, estoy fatigado”.

»—“Pero yo te quiero —le dice Virginia—, y soy tu mujer”.

»—“Vamos, vamos, no seas romántica —le responde él, apartándola—. Hoy me esperan. Y es tarde”.

»Después Virginia lo llama por teléfono al campo de golf para comprobar que está allí y no con otra mujer, y el marqués se enfada: “Tu vigilancia me pone en evidencia y es ridícula. No vuelvas a llamarme si no es con algún motivo importante. Diviértete, querida, y déjame en paz”.

»Según me dice Virginia, cuando vuelve ella a altas horas de la noche nunca le pregunta su marido dónde ha estado. Algunas veces ella dice, intrigante:

»—“Perdona si he venido tan tarde y te he dejado que comieras solo”.

»—“No te preocupes. Supongo que estabas en casa del barón, que es un buen amigo mío. Estando con él estás bien, querida”.

»La verdad es (repito una vez más y nunca lo diré bastante) que el marido de Virginia vale más que yo, en cualquier nivel que lo consideremos, y ella lo sabe y a veces me lo dice. Creo que si continúan así, Virginia va a ponerse enferma por la indiferencia de él y por la insuficiencia del castigo que le inflige a él conmigo. He descubierto últimamente que ella comienza a sentir cierto rencor contra mí por ser el objeto de su infidelidad, es decir, porque engaño (con ella) a su adorado Romeo. Hay días que compadezco sincera y profundamente a Virginia. Otras veces me compadezco a mí mismo. Pero nunca al marido, que es el victorioso.

»El marqués me abandona la carne de Virginia para quedarse con su alma en zozobra, su *ego* inquieto hasta el paroxismo. (Todo eso lo goza, sin duda, el marqués). He observado a veces que ella me desprecia por otras razones: porque tengo casi veinte años más que su marido, mi título es inferior al suyo, no tengo grandeza y no soy siquiera rico. Su marido es superior a mí en esos niveles que a las mujeres les interesan tanto. Sin embargo, el título de barón viene de la nobleza rural, que es la sólida y genuina, y el de marqués de las eventualidades de la fortuna militar en las fronteras. Pero no es cosa de discutir estas materias y menos con las gregarias mujeres.

»Cuando Virginia le pide el divorcio, él le dice:

»—“Bien, antes de decidir en esta cuestión quiero consultar con el barón, que es mi amigo fraternal. Si tú y yo nos divorciamos, no pienso volver a casarme. Tal vez compraremos, el barón y yo, una casa a medias y compartiremos nuestro dinero,

nuestras amantes y nuestra jauría. Así me sentiré menos solo”.

»¡Menos solo! ¿Cuándo se ha sentido solo en su vida? Ese es un lujo, el único que no conoce.

»Entonces ella se pone frenética, lo llama payaso, pero nunca puede averiguar cuándo habla su marido como un bendito inocente o cuándo se burla de ella como un semidiós cruel. Yo estoy seguro de lo segundo, y eso la perturba a ella hasta la locura. Tiene síntomas de alienación, creo yo. Todas las mujeres enamoradas los tienen, con celos o sin ellos. También los hombres, claro, y yo me di cuenta con mi amante anterior.

»Estuvimos hablando en el bar el marido y yo. Nunca he dicho a nadie que soy el amante de Virginia y su marido tampoco se da por advertido, aunque lo sabe. Después de esas confesiones y aceptaciones y evidencias los horizontes de nuestras vidas quedarían cerrados por grandes cortinas cósmicas, como en las auroras boreales, y no se podría ya maniobrar, sino separarse para siempre o matarse en duelo. Pero mientras la evidencia no la acepte él ni la proclame yo, no hay peligro. Y Virginia se desespera porque no lo hay.

»Fuera del tálamo, las mujeres carecen de don determinador. Bueno, en todo caso, nos divertimos ayer el marqués (mi rival victorioso) y yo. Los reyes se marcharon cronometrados por el duque de Miranda, como de costumbre, y entonces me di cuenta del prestigio que me había dado mi diálogo áulico de seis minutos con don Alfonso. Todos se me acercaban. Como es lógico, no revelé lo que me había dicho el rey. Tampoco los otros preguntaban, pero me miraban como búhos acechadores y desvelados. Al marqués le dije que don Alfonso me había preguntado sobre las cualidades atléticas de los tres infantes, que han aprendido esgrima conmigo».

Leía todo esto Nazaria con fruición, sintiéndose integrada parabólicamente en aquella atmósfera. «¡Quién había de decirme a mí —pensaba— que iba un día a tener relación personal con la realeza!». Y allí estaba aquel manuscrito en un portafolio de seda con cantoneras de plata, en el cual se decían cosas que podían pasar un día a la historia. Esto era lo que más la impresionaba. Leyendo aquello se sentía una parte viva y activa de la historia de España.

Y Nazaria, que creía en la monarquía y en la realeza, no podía menos de decirse: «Tiene razón el barón de Algeciras. Todos quieren el bien del pueblo, pero la verdad es que el pueblo está mal». ¿Es posible que a pesar de los buenos deseos de la Corte y de todos los aristócratas que la forman, la gente no pueda vivir mejor?

Seguía leyendo: «Ayer fue un día que he señalado con piedra blanca. Mi piedra blanca es este portafolio y estas páginas. Un día fáustico. Otras veces, en el pasado había hablado con el rey en privado, en palacio, durante las clases de esgrima, pero nunca el rey me había pedido mi opinión. ¿Qué debo deducir de todo esto? Otro en mi lugar se haría cándidas ilusiones, pero yo pienso que el hecho de que el rey me pregunte a mí no quiere decir sino que se encuentra en un trance de gran perplejidad. Hay que saber mirar en los dobles fondos de la *realidad* y distinguirla de la realeza,

es decir, de la monarquía. La realidad de hoy es contraria a la realeza. Y no estoy jugando con las palabras, porque nunca he sentido esa inclinación.

»He oído que el rey no es ningún genio, pero aunque lo fuera no podría ejercer sus talentos, oprimido y limitado como está por la Constitución, o al menos por el Consejo de ministros. Dicen que no es muy capaz en materia política, como eran, por ejemplo, Luis XIV de Francia, Federico de Prusia o Pedro I de Rusia. Pero es un hombre discreto, lo que va con los tiempos, y su buen gusto adopta a veces apariencias arriesgadas, como cuando se permite el lujo señorial de hablar imitando las maneras del pueblo bajo. Además, eso sí, es muy valiente. Ha afrontado algunos atentados y ha salido indemne de todos a fuerza de vigilante serenidad. Es verdad que ha tenido también suerte, pero la calma y la presencia de ánimo ayudan mucho en esos casos. Nuestro rey es el rey que requiere la complejidad de estos tiempos medio socialistas y burgueses. Y en eso, es decir, en su adaptación, es perfecto, lo que no debe ser tan fácil para un rey. Yo lo reverencio, pero no lo envidio. Los reyes lloran de noche, a solas.

»Insisto en que es valiente. E ingenioso. Cuando se trataba de rescatar a los generales y jefes presos en el Riff y le dijeron la cantidad que Abd-el-Krim pedía, dijo el rey: “Muy cara está la carne de gallina”. Eso dijo y era exactamente lo que pensaban todos en España, pero, en fin, la política es la política, y no era cosa de dejar que aquellos militares se pudrieran en cautividad. Y fueron rescatados, y yo lo apruebo. Todo el mundo lo aprueba, aunque con reservas mentales. Las mías en eso son las mismas que supongo que tiene Su Majestad. Al menos las que expresó en aquella memorable y triste ocasión.

»Luego, en el bar, me di cuenta de que entre los grandes de España no existe esa mística de la monarquía que hacía que arriesgaran la vida por el rey, los duques franceses o los rusos, en su tiempo. No, ni mucho menos. Yo creo que en España los monárquicos fanáticos son más realistas de la *realidad* que del rey. Por algo el idioma español es el único en el que existe esa anfibología. Y claro, cuando una palabra tiene dos sentidos, cada cual elige el que le conviene, es decir, el más cómodo. Aquí, ni siquiera se trata de elegir. Cada cual quiere vivir y sobrevivir, y ambas cosas, lo mejor posible. Ni siquiera se han planteado entre nosotros una sola vez el problema de los deberes que implica el privilegio de ser aristócrata.

»Allí, en el bar, estábamos el marqués y yo, con esa tónica de cuarto de banderas que se produce en las fiestas de la Corte cuando se marchan los reyes. Casi todos los aristócratas son militares o marinos... Y de pronto las cosas se hacían más familiares y más vulgares. Tratábamos de recordar los nombres que tiene en España el marido engañado.

»Dándose cuenta de la intención con que el duque sacaba el tema se adelantó el marqués.

»Era como decir: “Si crees que vas a molestarme, estás en un error. Yo sé llevar mis cuernos mejor que tú los tuyos”. Luego los dos me miraron a mí, y yo dije,

disimulando la vergüenza y sintiendo vivas las raíces de mis cabellos:

»—Consentido. Creo que también se dice *consentido*.

»—Cornúpeto —añadió el marqués, más valiente que yo, con una especie de entusiasmo de veras genuino.

»—Eso —añadió el duque, experto— tiene variedades como corniveleto, cornigacho, astado, coronado, corniabierta...

»—Cornudo, esa es la palabra clave.

»—Gurrumino, novillo, calzonazos..., y claro, la palabra castiza.

»—¿Cuál? —pregunté yo tímidamente.

»—Cabrón —dijo rotundamente el marqués.

»La que había usado poco antes Virginia conmigo tomando un aire angelical. Con un poco de imaginación podríamos haber hallado una docena más de sinónimos. En cambio, para la relación virtuosa entre hombre y mujer sólo hay un adjetivo: fiel, lo que da qué pensar sobre la condición humana. Ni siquiera en países como Francia, donde la infidelidad es más frecuente, hay tantos sinónimos como en España. Yo admiro a Francia por varias razones, entre ellas por su eximia literatura (aunque la nuestra no le va en zaga), y también por la oportunidad que la República dio a los nobles de recuperarse después de los años del Terror. Sólo quiero decir lo que todo el mundo sabe: que la mujer francesa tiene la misma fama que los vinos gálicos de reputación mundial: Champaña, Borgoña, Burdeos, y los licores como el Coñac, Armañac, Cointreau, Benedictine, y tantos otros, y que no renuncian las lindas francesas a sus privilegios espirituosos y eróticos fácilmente. Saben usar de todas las libertades que la historia, la vida social y la costumbre han aceptado.

»—El cornudo francés es mejor que el español —decía el duque—. ¿No te parece? Tiene más calidad.

»—Hombre, eso, según —y yo sentía erizarse el vello de mis piernas.

»—¿No crees que es también más inteligente?

»Yo dije que no, y con mi opinión parecía tratar de adularlos a los dos, al marqués y al duque, pero cuando me di cuenta era ya tarde. Y estaba en ascuas, yo. Conscientes los tres de lo que estaba sucediendo, soltamos a reír. El marqués fue el primero. Su risa iba subiendo de tono y al llegar a la carcajada me contagié yo. Era una risa natural y orgiástica. Los tres coincidíamos en la superioridad del cornudo español por patriotismo, lo que no deja de tener gracia.

»Y allí estábamos riendo, sin que los invitados de alrededor pudieran imaginar la causa. Yo me sabía (repito una vez más) muy inferior al marqués, mi rival en aquel momento, y sentí mis celos (no exagero) en toda su crudeza. Sin duda el engañado y la víctima era yo. Debo proclamarlo una vez más, a pesar mío. Y lo sabía eso, el marqués, lo mismo o mejor que yo. Enamorada Virginia de su marido hasta el dislate, el marqués parecía decirme: “Sí, ella se acuesta contigo para encender mi imaginación, pero mi imaginación está siempre encendida y no con esos combustibles de Virginia, sino con maderas preciosas aromadas de incienso y mirra.

Ella lo sabe, sufre torturas secretas ligeramente explosivas, y yo la castigo con una especie de tolerante perdón a distancia. Su adulterio es un adulterio teledirigido y compensado”. Seguramente lo que leía él en mis ojos era, más o menos, lo siguiente: “Yo soy el amante de tu mujer, pero mi relación con ella sólo me ha servido para comprobar que no soy sino un movimiento de diversión en la batalla conyugal que ella quiere ganar a toda costa (la batalla de su amor medular y básico), es decir, a costa de su vida si es preciso. Eso es desairado hasta el paroxismo, digo, para mí”.

»—El francés es mejor que nosotros —repitió el marqués, como hablando consigo mismo.

»Nunca se sabe cuándo el marqués habla en serio o en broma. Entonces yo hice elogios de Virginia un poco traídos por los pelos, y oyéndome el marqués sonreía con media boca y me daba las gracias. Todos los movimientos en la cara del marqués lo son a medias. Por ejemplo, cuando alza las cejas, sólo alza la ceja izquierda. La derecha queda en su lugar. Con la sonrisa es lo mismo. Sonríe por el lado derecho. El izquierdo no le sigue. Es una sonrisa hemipléjica.

»Yo seguía en ascuas.

»Claro es que Virginia me habla mal de su marido, pero si yo la creo demasiado y hago comentarios desfavorables sobre él, se apresura a defenderlo con una especie de arrepentimiento de urgencia. Además, cuanto más sañuda y venenosamente me habla de su marido, más evidente se hace su pasión. “¡Ese desgraciado! —repite de pronto y sin venir a cuento—. He estado dos días y dos noches sin aparecer por casa y ni siquiera ha dicho una palabra cínica o sarcástica, luego, cuando me ve. Simplemente, no se entera, me ignora, vive en sus habitaciones, donde recibe a sus sulamitas y sale y entra por escaleras diferentes o por el ascensor nuevo que ha hecho poner. No se entera”.

»Lo más curioso es que así como ella habla siempre mal de su marido, las pocas veces que el marqués se ve obligado a referirse a ella lo hace con elogios discretamente respetuosos. Pero Virginia me decía ayer mismo: “Mi marido se interesa por la vida que hace el perro, pero no por la mía. Hace unos días le oí decirle al *valet*: ‘El *Rex* está en celo; llama por teléfono al veterinario porque vendrán a buscarlo para que cubra algunas hembras de casta de la jauría de tal y tal’. Así decía. Si estoy yo en celo es cuestión mía y debo arreglármelas como pueda. Lo de *Rex* es natural y respetable. Lo mío es puterío grotesco. Claro es que yo no soy una *Rex* —una *Regina*, corregí yo. Sólo soy su esposa”. Oyéndola hablar así, yo reprimía la risa. Una risa amarga, *ça va sans dire*. Y esa amargura me desmoraliza y me hiere.

»Porque yo no la tomo en serio ya, y Dios me perdone. Digo que uno tiene que defenderse de Virginia, también. Respeto más a su marido que a ella. Él se da cuenta y me lo agradece. Los hombres civilizados valoramos más el respeto de los otros hombres que el deseo de las mujeres. El deseo sexual es una necesidad que todo el mundo tiene, pero la amistad es un lujo. En fin, que nos llevamos bien y que no nos consideramos en absoluto enemigos. Eso la hace a ella perder los estribos.

»Con nosotros estaba en el bar un jovencuelo que acababa de heredar el título por la muerte de su abuelo (su padre había fallecido antes en un accidente de automóvil) y se obstinaba en beber cosas exóticas y nunca oídas. En casa de los Santaliestra tienen de todo, desde el vodka de las estepas al whisky de las insularidades boreales o al tequila mejicano o peruano. El condesito se emborrachaba con cosas raras y sus embriagueces eran ligeramente cursis: *Sacks*, que es en definitiva un jerez seco reelaborado en Inglaterra; Armagnac, y hasta la verde absenta, olvidando los magníficos caldos españoles. Yo en esto he sido siempre más patriota. El patriotismo se demuestra con hechos, siquiera sean hechos tan frívolos como la marca de una botella.

»La sala estaba muy animada. Poco después de marcharse los reyes se había generalizado el baile. La niña de los Santaliestra bailó varias veces con su padre. A los padres, siempre enamorados angélicamente de sus niñas, les deleita bailar con ellas y a ellas con ellos. Padres e hijas gozan de la danza (que es un trasunto ritual y purísimo del coito) loca e infantilmente. Terminada la pieza con su padre, la niña vino al bar a buscarme a mí y no al condesito ni al marqués, aunque los dos son más jóvenes que yo. El marqués, no tanto; pero es (repito) mucho más galán. Es del linaje de los Astorga, que han tenido fama de galantería y de cualidades seductoras durante más de cuatro siglos. Es hombre hermoso, el marqués, y bien que lo sabe Virginia. Todas las dulces féminas lo saben, en Madrid. Feliz él, ya que lo mismo que el filósofo griego preferiría yo ser amado por mi apariencia física a ser admirado por mi genio, si pudiera tenerlo. Tal vez Virginia me abandonará un día para buscar a un hombre que valga más que su esposo, a ver si así despierta sus celos. Porque no lo ha conseguido hasta ahora, conmigo.

»La niña Eulalia me sacó a bailar y yo acepté con entusiasmo, aunque en mi conciencia sabía que aquella preferencia era para mí como una jubilación del mundo de la galantería. Sólo podía tomar la iniciativa de aquella manera una muchacha con un hombre como yo, es decir, tan maduro que no hubiera malentendidos. Era como si la niña dijera: “Aquí, que no peco”. Además, ella sabe que me tiene rendido y que le escribo madrigales en estilo de colegial soñador y respetuosamente vicioso.

»Otra reflexión que me hacía era la siguiente: esta niña ignora que tengo amores adúlteros y me trata como a un viejo un poco bobo. Bailábamos un vals lento. En los salones de la corte el vals lento, y modernamente el bolero, son las piezas que se tocan más y, en cierto modo, son parte del protocolo, primero por la solemnidad (que no tolera demasiado movimiento) y luego por la falta de alusiones sexuales. El vals, sobre todo. (A veces el bolero sugiere formas de sexualidad fermentables). El vals lento me hace recordar la Corte de Viena, donde los capitanes de la guardia con guerrera azul y pantalón rojo llevan en sus brazos a las princesitas del Imperio. En 1924 yo estuve en Viena dando clases de esgrima y vi todo eso.

»Virginia había ido a sacar a su marido y se abandonaba en los brazos del adorado ingrato, muelle y feliz con la barbilla sobre su hombro y los ojos cerrados. En cuanto

al esposo engañado, me miraba a mí y parecía divertido viéndome bailar con la niña y resignado a su papel de pareja canónica bajo la mirada aprobadora de la infanta Isabel, quien conoce los líos de la Corte y patrocina unos y reprueba otros, según su código personal. A veces juzga a algún pícaro de altura con frases desgarradas que desentonan un poco en el ambiente en que vive:

»—Ese es un tío gatera —dice, por ejemplo.

»Y lo dice con gesto noble y expresión delicada, lo que produce un contraste gracioso. Virginia la imita y se excede a veces en la imitación. Lo que pasa con los imitadores.

»Como digo, yo bailaba con la niña y ella me preguntaba cosas importantes:

»—¿Por qué todo el mundo habla bien del amor y mal del matrimonio?

»Comprendí que la niña formulaba aquella pregunta al azar. Le dije con una gravedad humorística:

»—Si te casas un día y tu marido habla mal del matrimonio lo desafiaré y nos batiremos. ¿Oyes?

»Ella reía, infantil. Es verdad que el amor tiene poco que ver con el matrimonio. Todo el mundo busca el amor y cuando lo encuentra y se casa todo el mundo se conduce mal en el matrimonio. Es como en la política. El rey y P. de R. quieren de buena fe el bien del pueblo, y no consiguen sino crearse problemas y hacer más pugnaz y conflictiva la relación entre las clases sociales. A pesar de sus buenos deseos, sus discursos sinceros y sus desvelos. Llegan incluso a arriesgar su vida, y lo que es más, su reputación. Pero no es bastante. Habría que aprender a arriesgar el pequeño bienestar de cada día, y eso parece que es más difícil para todos. Para mí también, lo confieso. A veces no sé a dónde va a parar la humanidad, realmente. Bueno, yo creo que lo sé: al moridero, igual que los animales más bajos. Tal vez ellos aman también la justicia y el orden y propician, sin embargo, el caos. Tal vez aman el amor y se conducen mal en el amor. (Comprendo que estoy disparatando, ya que los animales no saben del amor ni de la justicia). Debía dejar la pluma y esperar que vuelva el temple a mi corazón, porque suele sucederme que con la fatiga viene a veces la tendencia a cierta clase de excentricidad obtusa. En la manera de expresarme, quiero decir. Es lo que me sucede en este momento.

»Virginia y su marido pasaban otra vez cerca, bailando. El marido se podría pensar que representaba la serenidad estoica, pero no. Era el más complejamente maligno de la sala, incluido el jefe de la brigada de escolta del palacio real, que iba vestido también de frac y que se había marchado un momento antes que los reyes, para esperarlos y escoltarlos con los otros policías en sus cinco automóviles Hispanos. Vestidos de frac, pero con revólveres debajo de la axila sujetos con un arnés, como hacen los gánsters americanos. En fin, gánsters y, por lo tanto, asesinos potenciales, pero no al estilo humano, sino al estilo divino, ya que los reyes lo son por la gracia de Dios. Y estoy hablando en serio, porque la ironía no es mi fuerte.

»En fin, fue una noche gloriosa. Por eso insisto en escribirla, aunque sé que estas páginas no serán publicadas nunca, a no ser que mis sobrinos vengan como buitres el día que fallezca a buscar acciones al portador en los cajones de mi mesa y a falta de otra cosa se lleven este manuscrito y lo vendan al director de una revista, que bien podría ser. Espero que para entonces el marqués, mi rival triunfante, haya dejado también de existir. Por lo que se refiere a mí, no necesito ser un escritor publicado y difundido para sentirme a gusto. Es más, preferiría ser uno de esos escritores a quienes los editores rechazan y que al fin mueren, inéditos. ¡Cuántas maravillas han sido concebidas por los hombres, pero se han ido a la tumba con ellos y la última paletada de tierra ha sellado el secreto para toda una eternidad! ¿No es mejor vivir y sentir cara a la eternidad que cara a la sociedad fungible y perecedera? Es mi convicción, al menos, aunque nunca he pretendido que mi opinión prevalezca».

Con estas palabras acababan las páginas del portafolio. Nazaria quedó un momento con la vista suspendida en el aire y el aliento contenido para respirar por fin y decir en voz alta:

—Mis versos quedarán inéditos, también, como sus madrigales, y es porque ral vez un mismo destino nos une.

Volvió a suspirar y añadió para sí misma: «Dios mío, esto es lo que se llama realmente un espíritu noble, a pesar de los pesares». Quería decir a pesar del adulterio y de sus extrañas peculiaridades. No veía lo que había en aquellas páginas de afectación y de falsedad.

Dejó el portafolio cerca porque encontraba un placer voluptuoso tocando con la palma de la mano la seda de las guardas. Pero volvía a recordar los amores adulterinos del barón y sentía piedad por el marqués engañado (no comprendía la sutileza de su venganza), y desvió por su esposa frívola y débil, que no hallaba otra manera de defenderse sino la vulgar y ordinaria de entregarse a otro hombre. Eso ella no lo podía entender ni lo quería aceptar. La honestidad de la mujer era la mejor cualidad con la cual se honraba el carácter sacramental del matrimonio. El matrimonio de ella con Manuel había sido perfecto, a pesar de la calvicie y la tisis.

Luego volvía Nazaria a su propia realidad.

En aquellos días los problemas de la escuela se agravaban y era más difícil tratar con Juancho, quien, según había dicho su madre, tenía *poluciones*, ya. El hecho de que al tratar con los chicos siempre apareciera el sexo como problema la tenía a ella desazonada.

Algunos días Nazaria hacía la limpieza de la escuela y pedía a las chicas que le ayudaran. Una de ellas se llamaba Patricia, y cuando oía el aspirador mecánico comenzaba a dar alaridos y no había manera de tranquilizarla. Nazaria llamó a su madre, quien acudió (vivía cerca) y le explicó el secreto de aquel pánico de Patricia. Cuando tenía cuatro años la niña sufrió un accidente jugando con otras amiguitas en la calle. La niña comenzó a sangrar por la nariz y entró en su casa dando voces y

llorando a moco tendido. La madre estaba trajinando con el aspirador y el ruido de la máquina le impedía oír las voces de su hija. Ésta relacionó el aparato con la indiferencia de su madre y, aunque no se acordaba ahora de aquel incidente, el miedo irracional al aspirador la perseguía y se ponía frenética, creyendo que la querían matar. Nazaria cerraba el aspirador y entonces la chica lo miraba fijamente:

—Es que tiene una barriga negra y grande y se infla y se desinfla —decía, alucinada.

Pensando Nazaria en el manuscrito del barón, se decía: «Ese hombre es de veras una figura de la Corte. A su lado yo soy un gusanillo que se arrastra. Aunque los gusanitos son también, eso sí, criaturas del Señor». Gran misterio, aquél. Pero ella había denunciado a Onofre. No sabía si ir a decírselo al capellán del cementerio o al comandante. Aquella confesión traía ventajas y desventajas contrarias, según con quién la hiciera. Pero tenía que decírselo a alguien.

Miraba en éxtasis la pintura al óleo con la imagen de la condesita Eulalia. No dudaba de que era ella. Y la imaginaba adolescente y feliz, bailando con el barón. Por cierto que éste tenía en la imaginación de Nazaria la cara de Gustavo.

En cuanto a la guardería infantil, la vida tenía anomalías y extravagancias, aunque en la calle de Velázquez los niños se conducían mejor que en Hilarión Eslava. Transcurría el tiempo y las cosas en la escuela seguían adelante. Había días con alguna condición magnética especial en el aire y los chicos estaban más raros y difíciles. Aquellos días Miguel buscaba derivaciones sexuales a todo lo que le mandaban que hiciera. En esos casos, Nazaria pensaba que tal vez el cochino Freud tenía razón dando tanta importancia al sexo. Pero le quedaba alguna duda. Para ella era el sexo la cosa nefanda, aunque si la relación estaba bendecida por la Iglesia, todo era mejor, porque, al fin, el sexo lo había hecho Dios como todas las demás cosas de este mundo.

Cuando se hablaba de alguien que había muerto en la guerra, una chica solía decir, refiriéndose a Nazaria (lo que a ella la dejaba muda de espanto): «Tú te mueres a menudo, doña Nasita; pero nunca has llegado todavía a ser un cadáver».

Ella le preguntó qué era un cadáver, y la chica dijo: «Un perro con cara de persona que está caído en el suelo y no puede lamerse, pero se ríe». Ella había visto un perro muerto, según decía. Pero ¿por qué con cara de persona? *Pito* debía estar muerto, pero con cara de perro.

A veces pensaba Nazaria que aquellos chicos eran felices fuera de toda lógica. Ella no lo era. Tampoco el barón con sus amores adulterinos, que se sentía engañado por el marido. La vida resultaba complicada. Para los viejos con experiencia debía ser un lío de *quid pro quo*.

A ella le gustaba identificarse con el barón, lo que tenía dificultades porque era mujer.

VII. Nazaria sale para siempre de la antesala

Observando a los chicos veía que había una manera de ser felices dentro de la más abyecta desgracia. Si ella pudiera aprender aquella manera de ser feliz no le importaría que cayeran sobre ella las mayores catástrofes. Al menos no tendría remordimientos por lo de Onofre, como le sucedía algunas noches a solas.

En la escuela se aburrían los chicos y se ponían a veces a romper cosas: vasos, taburetes, el fuelle de la chimenea con el que disparaban aire contra la cara de los otros y especialmente contra la cabeza de la maestra, por detrás, lo que le desnivelaba la peluca. Entonces Nazaria, para entretenerlos, les daba tareas a los dos que sabían escribir. Los otros dibujaban. Un día, Miguel escribió un cuento: «Era una vez un niño pequeño que se llamaba Juan y vivía en el bosque. Había allí cocodrilos, panteras y gigantes. Lo alcanzaron y se lo comieron. Fin». Pero luego pidió el manuscrito y añadió dos líneas: «Olvidaba decir que también hubo un terremoto que derribó cuatro pueblos con todas las familias dentro. Fin».

La maestra le preguntó:

—¿Cómo pudiste olvidar una cosa así?

Y él explicó:

—Es que estaba pensando en mi madre, que esta mañana me mandó lavarme los dientes y me miraba como para pegarme. Es muy pegona, mi madre —añadía—, pero yo le rezo a Dios para que le duela la espalda porque entonces no me pega. Me pega con la mano.

Y también con la badila del brasero. Una vez me hizo sangre en la cabeza.

Y reía. Los otros chicos reían, también. La sangre en la cabeza les hacía gracia a todos.

Sobre la chimenea apagada había un barco de vela. Los chicos querían jugar con él y Nazaria lo prohibía, porque era, según decía, un objeto de arte y otras personas, socialmente respetables, habían puesto el barco en aquel lugar.

Juancho fue una vez más a la escuela y declaró en voz alta y poderosa:

—Yo soy un submarino, sólo que únicamente por la noche.

Todos querían saber por qué y en qué consistían los submarinos, y entonces Juancho aludía a cosas soeces.

Al lado de la ventana, en una rinconera, había un gato disecado con ojos de vidrio. La niña del pelo rojo lo pintaba con lápices de varios colores a su manera. Nunca se había visto un gato con todos los colores del arco iris en sus bigotes.

Cuando veían a aquella niña dibujando, las otras la imitaban, y había una que pintaba hombres y mujeres. A los buenos, como ella decía, los pintaba sin cabello o con muy poco cabello. (Alusión a la maestra, cuya calvicie le parecía virtuosa). A los malos los proveía de una enorme cabellera hirsuta.

No sabía Nazaria que aquella diferencia representaba alguna clase de respeto para ella. Lo que veía Nazaria era que la vida de los niños podía ser terrible y tan peligrosa como la de los mayores, aunque en otra dirección. Eran peligrosos los niños como ángeles malos. La niña los pintaba a los ángeles (a todos ellos) sin pelo. Todos eran buenos.

Una vez pintó a un ángel con mucho pelo y dijo:

—Éste es malo.

Quiso Nazaria llevar el embajador de Siam a su escuela, pero él la miró como si estuviera loca y no le respondió. Ella se dijo: «Este hombre no se casará conmigo nunca, ni durante la guerra ni cuando la guerra termine». Pero después de haber leído las páginas del cartapacio de seda ya no le importaba tanto, Gustavo. Se consideraba más cerca del barón que de él.

El día siguiente un chico había llevado una bolsa con nueces y las cascaba poniéndolas entre la puerta y la pared y moviendo la puerta. Pero la nuez dejaba una mella en la madera y Nazaria, que era respetuosa con la propiedad ajena, le decía que no debía hacerlo. Había una niña de once años que se llamaba Úrsula, y que prefería dibujar personas, también. Cuando éstas no tenían cuello, es decir, nuca, y la cabeza aparecía pegada al cuerpo, decía que eran mala gente. Y cuando les ponía un cuello largo, como el de las jirafas, declaraba enfáticamente que eran parientes de ella y que inspiraban confianza. Tener un gran talento consistía para ella en la mayor distancia posible entre la cabeza y el resto del cuerpo. Así, separaba la cabeza y la ponía en un nivel mucho más alto, a veces despegada totalmente del cuerpo (sin cuello). Entonces, no sólo eran buenos y sabios, sino, además, muy ricos.

Aquella niña tenía unos senos precoces que la molestaban. O *bultos*, como decían los chicos pequeños.

Sin darse cuenta, Nazaria iba pensando que las personas de cuello largo eran superiores a las de cuello corto. Afortunadamente, el embajador de Siam tenía un cuello largo, aunque no tanto como las figuras que pintaba aquella chica. Sabio o santo no lo era, Gustavo; pero tampoco tonto. Un día ella le preguntó qué clase de persona era su aristocrático patrón, y Gustavo estuvo dudando, con una expresión escéptica. Por fin dijo:

—Es muy listo en cosas que no sirven para nada.

Creía entender, Nazaria, pero no estaba segura.

Había en la escuela una pecera con un pez y los chicos, en un descuido de Nazaria, quitaron el agua y el pez murió en pocos segundos. En la agonía brincaba sobre el vidrio y los chicos reían.

Dirigiéndose a Nazaria, dijo Juancho:

—Sí, yo soy un pez y la maestra es una peza.

Nadie sabía qué replicar. Entonces Juancho añadió:

—Tiene la peza muchos hijos y los deja en la orilla, esperando que llegue un capitán de bomberos y les dé el biberón. Eso de veras no está bien, aunque el capitán

lleve en la cabeza un casco de oro.

La escuela estaba cada día, hacia las cuatro, en una suave media sombra. Encima de un mueble había un metrónomo (antes había habido un piano, allí) que marcaba el compás cuando los chicos movían un resorte. Y lo hacían constantemente.

Declaró Miguel aquel día que vivía en una madriguera de zorra y que tenía en ella un despertador, una manta, un nacimiento de Navidad con pastores y estrellas, varios libros, pinceles, tapaderas de botellas de cerveza (corcholatas) y papeles de colores. Ah, y una tijera. Y quería volver a su madriguera.

A las cuatro de la tarde también ella estaba deseando volver a su apartamento, y al llegar lo primero que hacía era buscar el portafolio de seda del barón y releer alguna de aquellas páginas. La lectura endulzaba su corazón fatigado y amargo. Eso creía ella.

Estos recuerdos en la antesala de la comandancia la deprimían, y apurando su imaginación llegaba a pensar que tal vez en el campo ideológico de los milicianos había soluciones, pero ignoraba Nazaria que no hay soluciones definitivas y totales para nada en la vida (las que ella buscaba), y por eso los que las ofrecen engañan lo mismo en un campo que en el otro, queriendo o sin querer. Ahora bien, si el comandante la convencía de que había hecho bien denunciando a Onofre, ella sería capaz de *cambiar de ideas* (así decía) y seguir a él y a los suyos hasta el fin, a no ser que Gustavo le propusiera matrimonio, en cuyo caso el amor justificaría retrospectivamente la delación. La tremenda delación inolvidable.

En la antesala se entretenía con sus recuerdos, y a falta de otra cosa hacía a veces también (como sus alumnos) juegos con las palabras, aunque más razonablemente. *Antesala* quería decir delante de la sala, o mejor, *antes de la sala*. En algunas partes llaman a la antesala vestíbulo, y es incorrecto. *Vestibulum*, en latín, y *propíleo*, en griego, según los diccionarios, son inadecuados, aunque en invierno y en días nevados sirva el propíleo para dejar el impermeable y los chanclos. *Antesala*. Se podría decir *atrio*, pero eso es más bien en las iglesias. O *zaguán*, aunque éste es con puerta a la calle. *Antesala*. Sería mejor decir sala de espera, pero se hace sólo con las estaciones de ferrocarril. Desde aquella sala de espera no pensaba ir a parte alguna, sino a la sala del comandante, que era la estación terminal.

La vida entera de Nazaria había sido una especie de antesala, siempre esperando en el atrio o en el vestíbulo, verdaderamente. ¿Para qué?

Hacía antesala Nazaria en todos los lugares a donde iba, incluso en la embajada de Siam, y después, cuando fue a ver al cura, en la capilla para hablarle de la boda. Largas antesalas, y en aquel caso para una boda menos que probable. Finalmente, allí estaba haciendo antesala, también.

Naturalmente quería ser evacuada, pero acababa de leer en un periódico que la aviación enemiga bombardeaba Valencia y, puesta a sufrir bombardeos, era mejor una ciudad grande como Madrid, donde las probabilidades de ser herida o muerta por una bomba eran menores. Y se decía, pensando en el desdichado Onofre: «A mí no me

importa morir, pero me espanta la idea de vivir a solas con mis remordimientos».

Así y todo, y en definitiva (seguía pensando), cuando se es desgraciado un cambio cualquiera representa un alivio. Por otra parte, parecía que los ejércitos contrarios iban a entrar en cualquier momento en Madrid, y en ese caso ella tendría iglesias a donde ir a confesarse y quién sabe si a casarse. Cuando pensaba en esto último fundía en una sola persona las figuras de Gustavo, del barón maestro de esgrima, del difunto Manuel y también, a veces, la de Juancho. Juancho cuando no hablaba, porque si hablaba lo echaba todo a perder. Una cosa que no podía comprender era que cuando pensaba en Onofre no le parecía un hombre despreciable, sino meritorio y digno de respeto y, sobre todo, de compasión. No sabía qué hacer y algunos días se sentía del todo desorientada y sin norte y rezaba por él, por Onofre. Y le pedía perdón en el fondo de su conciencia escandalizada.

En aquella antesala, y al lado de la mesita de la mecanógrafa, había un cesto de papeles. Varias veces tuvo la tentación de curiosear porque eran papeles arrojados allí para tirarlos a la basura. Es decir, que no había indiscreción en su curiosidad. Por fin, alargó la mano y sacó dos hojas arrugadas, que extendió y alisó con las manos.

Eran unas notas aisladas, escritas con letra de hombre, que sin duda habían sido copiadas por la secretaria y luego arrojadas al cesto. Nazaria no les encontraba mucha congruencia. Decían:

«Hitler, Mussolini. Estudiar sus puntos de vista. Stalin, Yagoda, Beria. Analizarlos al revés, si es posible.

»Millones de muertos. Otros millones que esperan su turno. El número cambiando la circunstancia del crimen.

»Las canciones de guerra demasiado tristes. Eso quiere decir que vamos a perder. Y el sol luce en lo alto.

»Los bancos de sardinas se alejan de las costas del Cantábrico.

»Sabiduría popular: Hay más días que longanizas.

»Sabiduría particular: Yo me desprecio. Entonces no puedo querer a los que me quieren, ya que quieren a un hombre despreciable. ¿Debo querer a los que me odian? Ellos me odian más porque los quiero, y me pregunto si será porque tienen la misma idea de sí mismos.

»Va a resultar al fin que a quienes amamos es a nuestros enemigos, digo, en las trincheras.

»En alguna parte se regodea un hombre vano creyendo que sirve al futuro. O al bien general.

»Hay cigüeñas en algunas torres, por ejemplo en El Escorial. Sabias, sencillas y seguras en su amor recíproco.

»El camino del futuro tiene baches. ¿Los vemos? En cada bache un hombre se siente ridículo. Yo, por ejemplo. Suponiendo que no lo sea, lo soy por pensarlo sin serlo, así es que lo soy de todas maneras cuando pienso que lo soy.

»A los lados del camino hay varias mises Universo correlativas con dos pechos

gemelos, como Carmela. Pero ella no se da importancia. Y no cree que yo sea ridículo, lo que es ridículo por su parte.

»El sol se va a enfriar del todo, aunque va para largo y no importa.

»Se ha publicado un libro sobre la Venecia del siglo XVIII, aunque estamos en plena guerra.

»Creía entender el neocapitalismo y no es verdad; el comunismo revisionista y tampoco. Esto resulta incómodo, sobre todo cuando no tengo cerca a Carmela para hundir mi cabeza entre sus pechos.

»El tiempo es la cuarta dimensión, pero después de haberlo descubierto no hay nada que hacer con él. No nos sirve para nada, el tiempo. Al revés: él se sirve de nosotros.

»Entretanto fabricamos balas exactamente mortíferas.

»Decadentismo de los grupos literaturizantes: la poesía es una serie de complicadas recetas (con barbitúricos) contra enfermedades que no existen aún. A fuerza de usar esas recetas, los poetas llegan a crear la enfermedad.

»Entre el pueblo y su felicidad, millones de funcionarios toman café (capitalismo) o té (comunismo). Entre taza y taza vitorean al jefe, piensan en el ascenso y a veces van a orinar, meditados.

»El obispo, como siempre, elogia la honradez del comercio al por menor.

»Dialecticismo: el Papa reza por la paz, aunque la Iglesia cobra dividendos de las empresas que fabrican armas de guerra.

»El mercado de electrónicos sube. Yo no tengo acciones. Es una lástima.

»Hay un terremoto en Oriente. Allí me las den todas. USA envía aspirinas y tanques con gasolina y otros tanques con plasma y enfermeras fotogénicas y sexy.

»Algunos días yo me dispongo a refutar a Freud o a escribir un drama, como cada cual, y a aturdirme con alguna clase de actividad, sobre todo si es una actividad ilícita. Mientras llega el día de escribir el drama recomiendo a todos que se conduzcan como ciudadanos ejemplares y yo reparo una silla coja en mi dormitorio.

»Carmela va a dar a luz en un hospital situado en la misma frontera entre el neocapitalismo declinante y el neomarxismo.

»Matan a Andrés Nin y sus amigos vamos al cine a ver cómo una putita linda dice a su celoso marido: *Con tus sospechas ultrajas mi dignidad.*

»Los de la GPU se han puesto nombres españoles y cuando nos preguntan si éramos amigos de Nin decimos que no. Una vez y otra y otra, pero no canta ningún gallo.

»Los idealistas germanos lloran de entusiasmo anticipado pensando en la futura guerra mundial, que perderán aunque hayan ganado antes todas las batallas. En eso los alemanes (como guerreros, digo) son partidarios del arte por el arte.

»Tener poco dinero es incómodo y fatigante. Sólo hay otra situación igualmente incómoda: tener demasiado. “Yo inflo mi ego con los cuernos de Marcos y grito: ‘¡Viva la vida!’”. La Tierra sigue girando como si yo no hubiera dicho nada, como si

yo no existiera. No tiene necesidad de mí, la Tierra”.

»Ni el cielo. Ni los espacios intermedios. Entonces, ¿para qué vine yo, aquí? ¿Por qué no me voy? Tal vez porque sólo debemos hacer cosas ejemplares, es decir, cosas que debieran hacer también los demás. Y si todos los demás se suicidaran...».

Pensó Nazaria que con aquello de la Tierra dando vueltas, el comandante le recordaba a su difunto Manuel. Porque aquellas dos páginas podría haberlas escrito él, aunque no tan bien, quizá.

Anduvo buscando en el reverso de aquellos papeles y vio una línea que decía: «Para un entendimiento más entero de la realidad». Le pareció raro, aquello.

Había en la antesala algunos objetos en los que no había reparado aún. Por ejemplo, sobre la puerta que daba a la escalera había una cabeza de ciervo con sus cuernos ramificados. Raro, en una casa española. Aquel no debía ser el palacio de los Santaliestra o tal vez el conde era un verdadero caballero cristiano y aquellas preocupaciones denotaban sólo la moral de la bellaquería y de la plebe. Podría suceder (repetía) que estuviera equivocada y que aquel fuera el palacio de un extranjero de algún país del Norte, porque los hombres de los países nórdicos, así como Inglaterra, Suecia, Noruega, Irlanda, Islandia, incluso Alemania, no se preocupaban de aquellas simplezas y, en cambio, daban mucho valor a los trofeos de caza.

Aquel día no se sentía Nazaria demasiado culpable por haber entregado a la policía a Onofre. Era un favor que le había hecho a Gustavo, quien, por cierto, iba menos a verla. Pero iba, en todo caso, ya que había en el apartamento cosas que necesitaba de vez en cuando. Una vez más, cuando pensaba en Onofre, lo hacía con respeto, y ese respeto lo restaba del que usualmente sentía por sí misma. Cuanto más lo respetaba a él, menor era su propia estimación.

En el lado contrario de la antesala y sobre el dintel de la puerta que comunicaba con la sala del comandante había un arma de fuego antigua, una espingarda de los tiempos de Matusalén. Una espingarda. Aquel mismo nombre daba Evarista a las mujeres altas, esperpénticas y desgachadas. Ella no era una espingarda, sino más bien un Buda. No era demasiado alta y era, en cambio, razonablemente redonda.

Aunque la señora Eva había dicho de Manuel, dos o tres veces, que era un hombre arguellido, aquella opinión fue dicha compasivamente y sin ganas de ofender. Evarista era buena persona, aunque tuviera, como cada cual, sus rarezas.

Una mañana de domingo llegó Juancho y como no había escuela salieron a pasear. Al llegar al Retiro vieron la puerta de Alcalá abierta, sin centinelas que les impidieran entrar. El inmenso parque se veía desierto y alfombrado de hojas amarillas que crujían bajo los pies. Unas veces lejos y otras más cerca se oía la artillería en lugar de la música que solía oírse en tiempos normales.

Al principio los cañonazos les asustaron. No sabían cuándo era un cañón el que disparaba o una bomba enemiga que explotaba. Juancho, al ver que Nazaria no se

asustaba, se hizo el valiente y con las explosiones se le desarrolló un entusiasmo que a Nazaria la dejaba maravillada.

—¡Cállate, badulaque! —le decía ella.

—Y tú badulaca.

Aquellas réplicas de Juancho acabadas en *aca* irritaban a Nazaria. Fueron a ver al león en la casa de fieras. Hubo un tiempo en que Nazaria recogía en su álbum las alusiones de los poetas patrióticos al león español, vencedor en Lepanto, en Flandes y en otros lugares. Ella se había conmovido especialmente leyendo versos de Quintana. Y miraba al viejo león abstraída, viendo en él un emblema glorioso antes que un animal. Pobre león. Debía tener pulgas.

El zoo estaba desierto y lo cuidaba un hombre triste. Tan triste como el parque y tan flaco o más que los dos leones —macho y hembra. Como ellos, parecía tener la ropa y el pelo apolillados. El león macho estaba en los huesos y su piel era fofa y colgante como un gabán de una talla superior. Al parecer, sufrían también los dos las miserias de la ciudad sitiada.

Volvían a oírse los cañones y Juancho se alzaba sobre los pies y engarabataba las manos:

—¡Más vale vivir de rodillas que morir de pie! —gritaba, volviendo del revés el heroico aforismo.

Ella le corregía: «Más vale morir de pie que...». El león debía llevar allí más de veinte años. Muchos años para vivir enjaulado, con guerra o sin ella.

No había estado Nazaria tanto tiempo en Madrid y en todo caso le parecía un siglo desde que murió Manuel. Su marido le había dicho que el tiempo no se mide por el reloj del bolsillo. Pero en todo caso, allí, en el Retiro, el león acostado alzaba la cabeza sobre las patas delanteras y parecía una esfinge indiferente a todo. No miraba siquiera a Nazaria ni a Juancho. La leona cerca de él le lamía el cuello, la cara.

—¡Mira cómo lo amartela! —dijo ella, conmovida.

Los dos animales parecían fatigados. Su piel, como las alfombras viejas, necesitaba bolitas de alcanfor. Y el macho era del todo indiferente.

Desde aquel lugar no se veía sino una glorieta abierta, con un fondo de rosales secos. El pavimento de arena y grava menuda, luego dos árboles de sombra en los que antes se posaba un pavo real y daba su gañido. Había también una fontana artificial para que bebieran los niños, y al fondo y a la izquierda, las jaulas de los monos encristaladas para mantener dentro una temperatura tropical.

Viendo al león tan flaco pensó Nazaria que tal vez sería permisible alimentarlo con carne humana de los muertos en los frentes, pero se avergonzó de aquella sugestión, que consideró satánica, y la atribuyó a la falta de iglesias. «Me estoy volviendo mala». Creía que el portafolio del barón también influía en la libertad de sus ideaciones. Por encima de todo eso, la delación contra Onofre la desmoralizaba.

Seguía mirando al león, fascinada. En cuanto a Juancho, cada vez que oía una nueva explosión se erguía sobre su cintura y repetía sus vítores. El león, en cambio,

no pestañeaba. Si la explosión ocurría cerca, movía una oreja (el oído de los felinos es más sensitivo que el nuestro), pero sin que se advirtiera en él inquietud alguna.

El guardián se acercaba con una tijera de podar en la mano:

—¿Quién les ha permitido entrar en el parque? Está prohibido. No hay ningún lugar seguro aquí, de modo que no debían haberse arriesgado a entrar. Yo he propuesto que pongan trincheras de sacos terreros delante de las jaulas de los animales, porque, pensándolo bien, una granada puede matarlos.

Nazaria creía que no valía la pena poner defensas allí, porque seguramente los dos leones preferían morir a seguir encerrados. Pero mientras decía aquellas palabras estaba Nazaria pensando en otra cosa. Hacía algunos días que tenía la obsesión de aquellas palabras que había oído decir a Gustavo: «Si la fusilan, estoy viendo volar su peluca sobre el muro, como un pajarraco». Tenía maneras brutales a veces, Gustavo. Y aquello era lo que más temía Nazaria en el caso posible de ser arrestada y condenada a muerte. Aquello de la peluca la hacía sentirse ridícula en su muerte.

No creía que hubiera el menor peligro.

Por lo demás, ir a reunirse con Manuel no le parecía tan terrible. Aunque la sacaba de quicio la idea de que en el último momento la gente no pudiera respetar su cadáver porque era el de una mujer calva. Todos dirían: «No es extraño que sea una delatora innoble, porque una mujer calva está expuesta a cualquier irregularidad, aunque sólo sea por resentimiento». Eso o algo parecido pensarían todos.

Entonces llegaron dos soldados:

—¿Cómo han entrado en el Retiro? Es zona prohibida. Hala, fuera de aquí —decían, fingiéndose enfadados, aunque no lo estaban.

Al llegar a la puerta de Alcalá, saliendo del parque, vieron dos centinelas con armas. Nazaria les preguntó por qué no estaban antes, y ellos dijeron que se habían apartado unos momentos para dar de comer a una caterva de gatos abandonados que vivían en el parque. Les daban parte de su rancho.

Iba Nazaria caminando cansinamente por la calle, acompañada por Juancho y pensando: «Los soldados que abandonan el puesto para dar de comer a los gatos pierden todas las batallas, supongo. Pero quizás a la larga ganan las guerras».

Vieron pasar un perro que se parecía a *Pito* y Nazaria lo llamó. El animal la miró con recelo y siguió su camino avivando el paso. «¿Dónde estará ahora, *Pito*?». Pito no quería ser perro; quería sentarse a la mesa y se subía a una silla, poniendo en el borde de la mesa las patas delanteras como una persona y apoyando incluso el hocico en el mantel.

Como Nazaria vio que Juancho seguía muy excitado encontró un pretexto para dejarlo en su casa y esperó en el portal hasta que vio que llamaba a la puerta del apartamento.

—Debes obedecer a tu madre y a tu tía, que se desviven por ayudarte —dijo en voz alta, de modo que la oyeran ellas desde dentro.

Luego siguió su camino, satisfecha.

Seguía recordando todo aquello en la antesala del comandante cuando éste la llamó, por fin. Se levantó Nazaria y acudió simulando agilidad, es decir, con las maneras que corresponderían a una adolescente. Al entrar en la sala el comandante estaba solo, pero seguía hablando con alguien que acababa de salir y lo hacía con un acento autoritario y al mismo tiempo afable. El otro debía oírlo desde el pasillo.

—Me escribes la lista —decía el comandante—, pones el sello de tu unidad y os conseguiré todo eso en veinticuatro horas.

Luego se dirigió a Nazaria:

—Si es que duramos veinticuatro horas más.

Lo decía sonriendo, como si tal cosa. Bien es verdad que poniéndose dramático no iba el comandante a mejorar la situación.

—¿Tan mal van las cosas? —preguntó ella, mirando a los cuatro rincones de la sala e imaginando al rey y a P. de R. y a los invitados de los condes de Santaliestra vestidos de gala, yendo y viniendo.

El comandante no quiso responder, arrepentido quizá de lo que había dicho.

Por romper el silencio, ella contó cómo, al rectificar las líneas al sur de la Moncloa, fue a ver su casa y la encontró destruida. Iba a decir que sólo estaba intacto el retrete, pero se detuvo a tiempo. Habló, en cambio, de las huellas de *Pito* en el cemento, y lo más curioso es que el tema parecía interesar al comandante. Animada por la atención burlona, pero amistosa, de aquel hombre, continuaba:

—Aunque parezca una tontería, yo he pensado a veces que los arqueólogos de mañana (quién sabe dentro de cuántos siglos) verán esa huella del pie de *Pito* y entonces se pondrán a estudiar lo que ha pasado ahora, porque al mismo tiempo que queremos adivinar el futuro queremos adivinar el pasado, según decía mi difunto esposo, con la diferencia de que para el pasado tenemos datos, aunque sean tan pequeños como la huella de *Pito*. Claro es que el tiempo va adelante...

Negaba el comandante sin dejar de sonreír burlón, pero atento. Y dijo:

—El tiempo no va adelante ni atrás. Va hacia sí mismo, en profundidad, y es algo que todavía no ha sido estudiado.

«Este hombre —se dijo ella, mirando el brazo en cabestrillo del comandante— es un sabio aunque no sea muy inteligente, porque hay verdaderos sabios que no necesitan ser inteligentes. Y al revés. Por ejemplo, la señora Eva es ignorante, pero es muy lista. Este es el hombre que escribió esas dos páginas que encontré en el cesto de los papeles, sobre *la realidad*».

El comandante se interesaba por la huella de *Pito* como los centinelas del Retiro se habían preocupado del hambre de los gatos. Mala señal. Además, aquello del tiempo caminando hacia sí mismo era demasiado para Nazaria, quien callaba esperando una oportunidad para plantear el asunto de Onofre, pero en aquel momento sonó el teléfono. Lo tomó el comandante:

—Yo no sé nada... estoy solo porque la secretaria ha ido a dar a luz en el hospital y los dos ayudantes se me han dado de baja por cuarenta y ocho horas para organizar

la evacuación de sus familias.

Pensaba Nazaria: «Eso de las secretarias que dan a luz y dejan vacía la silla de la oficina es de gente que va a perder la guerra. Si es así, ¿por qué voy a decirle lo de Onofre a este comandante?». Pensó hablarle del canario, pero le pareció todavía más inadecuado.

El comandante colgó el teléfono, miró al techo, encendió un cigarrillo y la miró como diciendo: ¿qué quiere usted de mí?

—En realidad —dijo ella—, lo primero que deseo es preguntarle si no necesitan una persona que se cuide de tener las ventanas limpias, los ceniceros vacíos, los lavabos con papel higiénico, la cocina con café siempre listo, o té... ¿Usted comprende? Una especie de ama de llaves.

Habiendo renunciado a plantear el caso de Onofre no sabía qué decir. Pero las amas de llaves no hacían falta en aquellos días en que no había llaves en parte alguna, ni ceniceros, porque cada cual tiraba las colillas donde le parecía, ni café, y en cuanto al papel higiénico en los retretes, no justificaba un empleo como el que ella pretendía.

Trataba el comandante de evitar la risa y en el esfuerzo tomaba una expresión torcida, un poco falsa. Aquello irritó a Nazaria y la hizo pensar en plantear el caso de la embajada de Siam con sus muñecas bailarinas. Pero estaba implicada la libertad de muchas personas, y tal vez la vida de Gustavo.

Dejó el asunto en las sombras y entonces volvió a hablar de Marcos, es decir, de N. B., pero advirtiéndole que era aquel N. B. pariente de la familia de su difunto esposo (lo que no era verdad), y que por eso se interesaba ella en su suerte. Parece que Marcos era un buen militar, según dijo el comandante arreglándose el cabestrillo donde llevaba el brazo herido. Pero volvió a su tema favorito como si estuviera hablando consigo mismo:

—Algunos creen que el tiempo camina hacia atrás. Así, las ciudades más modernas tratan de reconstruir las *dagobas* que siglos antes de Cristo tenían, a veces, en la isla de Ceilán, más de ciento cincuenta metros de altura, es decir, más que los rascacielos de Nueva York. Y nosotros buscamos formas de democracia como las de Esparta, mientras que nuestros contrarios buscan formas de autocracia como las de los faraones de Egipto.

El comandante cerró los ojos, alzó la cabeza y se puso a pedantear como un profesor olvidando la presencia de Nazaria:

—Yo creo que el tiempo camina hacia sí mismo en unidades pequeñísimas de fracción de segundo y se cumple dentro de sí mismo sin relación con el espacio (en el régimen de los protones y los electrones). Cuando un electrón cambia su orden de gravitación de un modo irregular e inesperado (los famosos *quantas*), en ese cambio está presente la divinidad. Es mi convicción personal, que no espero que comparta nadie en el tiempo que vivimos. Claro es que podría equivocarme. Yo creo que ahí es donde actúa la divinidad y también nace ahí nuestro don de rebeldía. Porque la nuestra es una rebeldía a lo divino. Algún día...

—¿Qué divinidad es esa de la que usted habla? —se atrevió a preguntar Nazaria tímidamente, pensando en su esposo muerto.

—Ah, eso yo no lo sé —respondió el comandante, abriendo los ojos como si despertara—. Esa divinidad se define lo mismo por su ausencia que por su presencia. Ya digo que sólo tiene una expresión matemática.

Era como si el comandante pensara: «Todo es tan absurdo alrededor de nosotros que cada cual está autorizado y, en cierto modo obligado, a exponer sus intuiciones en cualquier momento y ocasión, por raras que sean. Lo único excéntrico es que yo se las comunique ahora a una mujer tan poco preparada para oírlas como ésta, que quiere que la nombre ama de llaves en una casa donde no hay llave alguna. Acepto que me conduzco de un modo un poco irregular, pero todo se nos puede permitir cuando no sabemos si vamos a seguir viviendo dentro de media hora».

Tenía el comandante una hoja de papel delante, con las motivaciones que Nazaria le había dado días atrás a la secretaria. Eran notas esquemáticas:

- «Evacuación de los niños anormales.
- »Localización de las niñas gemelas desaparecidas.
- »Onofre (alivio de conciencia).
- »Embajada de Siam. Gustavo con su clámide.
- »Dificultades para el matrimonio religioso.
- »Papeles del cartapacio de seda. Identificación del palacio».

Comprendía Nazaria que la llevaba allí ante todo el deseo de averiguar si aquella casa había sido el palacio donde los reyes recibían la sal de las manos de un enano.

Pasando la mirada por aquel papel, dijo el comandante:

—¿Qué es esto de la embajada de Siam?

No sabía ella qué responder. Quería denunciar aquella embajada como apócrifa, pero tuvo miedo, cambió de idea y se limitó a decir que se habían refugiado en ella algunos individuos sospechosos.

—Vaya una novedad —dijo él—. En todas las embajadas se han refugiado enemigos nuestros. ¿Y qué le pasa a usted con ese Gustavo?

—Nada, nada —replicó, asustada.

De otras cosas no habló Nazaria. Sencillamente, no se atrevió viendo, de pronto, en el comandante, un hombre preocupado, inquieto, con ideas nuevas centelleando en sus ojos. Y manías de hombre de ciencia descubridor de la divinidad matemática.

Todo quedó reducido, pues, a pedir el puesto de ama de llaves en aquel caserón.

El teléfono volvió a sonar y el comandante lo tomó y pareció indignado y furioso:

—Repito que no depende de mí; pero si dependiera, te diría lo mismo. ¡Te diría que no! Bueno, sube si quieres.

Había otra oficina en la planta baja. Toda la casa estaba dedicada a oficinas. En cuanto apareció el que había telefoneado, Nazaria se levantó para marcharse, pero el comandante le pidió que esperara todavía en la antesala y cuando terminara con aquel visitante volvería a entrar, si no le parecía mal. Tenía algo que decirle sobre el puesto

de ama de llaves.

Ella estaba encantada con la expresión afable de aquel hombre todavía joven y (como ella solía decir) sugestivo.

Pero ahora que parecía que iban a darle el puesto ya no tenía verdadero interés en conseguirlo. Volvió una vez más a la antesala, sintiéndose ridícula por vez primera al ver su sombrero desnivelado en el espejo.

Al hallarse sola de nuevo volvió a pensar en Gustavo, quien no quería ir a su casa cuando la invitaba. En los últimos días, un poco por curiosidad y otro por aburrimiento, había ojeado el fichero de la embajada. De paso quería ver si descubría algún secreto en relación con la vida privada (erótica) del embajador. Parece que Gustavo tenía poca estimación por las mujeres refugiadas, a quienes dedicaba calificativos denigrantes. Gustavo no se conducía caballerosamente y era lo que la infanta Isabel habría llamado un *caballero gatera*. El hecho de que no insistiera en hablarle de boda a Nazaria la tenía más preocupada cada día.

Entre las tarjetas del fichero que se referían a las mujeres, y que por eso interesaban más a Nazaria, las había curiosas. Eran *top secret*, como el embajador había escrito en inglés y en lenguaje grotescamente diplomático. Parecía mentira que se pudiera bromear, todavía, con aquellas cosas.

La primera ficha decía en el anverso: «GAVIOTA. *Rubiales, con redondeces de caracol. Peligrosa. Creo que el peligro está por el lado venéreo. Habría que ponerle en la frente una calavera tatuada con dos tibias, como a los postes de alta tensión*».

Leyendo aquellas cosas, Nazaria pensaba en sí misma. Si ella tuviera también una ficha, ¿qué habría escrito el deslenguado caballero gatera? Aunque aquel estilo la ofendía un poco, siguió leyendo con creciente curiosidad.

«FIFÍ LA ZURRIAGA, *mohína, avizora y culibaja. Sálvese el que pueda. (De su vida privada no puedo decir sino que creo que no la ha tenido nunca). Reparada del derecho. Un poco culiperanta. Cumple a fin de mes*».

No quería Nazaria seguir leyendo, pero por otra parte le gustaba ver que el embajador parecía no estar enamorado de ninguna de aquellas hembras. Una pregunta se hacía: «¿Son así de crueles todos los hombres cuando piensan, a solas, en nosotras? ¿Por qué? Mi finado Manuel no habría dicho nunca cosas como aquéllas. Sabía respetar a las damas. Pero es verdad que iba a morirse. Los caballeros en trance de muerte son galantes».

¿Qué quería decir con aquello de culiperanta? ¿Tal vez culo en forma de pera? Todas lo tenían así, las mujeres. Pensando en aquello, Nazaria se miró de perfil y de cuerpo entero en un espejo. Ella no lo parecía tanto, la verdad.

Le encantaba a Nazaria que algunas de aquellas hembras le disgustaran al embajador, pero al mismo tiempo se escandalizaba y repetía: «Es increíble la dureza y desvergüenza de los hombres».

Entretanto, la guerra iba de vencida, según decía la gente y según había ratificado el comandante de milicias. Había, incluso, desórdenes y tiros dentro de la ciudad

entre facciones diferentes del mismo bando. Ella se decía que lo mejor era salir de casa lo menos posible, aunque no tuviera qué comer. Evarista, en aquellos casos extremos, siempre la invitaba a compartir su pobre condumio.

En cuando a los refugiados en la falsa embajada, estaban pasando por un trance amargo y había alguien que se atrevía a burlarse de ellos. Seguramente el barón genuino, el que estaba en Biarritz, no se expresaría de aquella manera.

Pero la guerra iba tocando a su fin. Se decía Nazaria: «No sé lo que pasará con esta pobre gente, digo, los vencidos. Seguramente se salvará Gustavo por simpático. En España fusilan a un cristiano por ser antipático; ella conocía casos. Y, en cambio, algunos criminales se salvan por simpatía personal».

En la antesala era ya de noche y se levantó Nazaria y encendió una lámpara después de cerrar las maderas de la ventana.

Creó volver a oír su nombre y se asomó a la sala una vez más, pero se encontró con una sorpresa: no había nadie. Se había marchado el comandante, olvidando que ella esperaba fuera. Bien, volvió a sentarse pensando que volvería. Pero no en la antesala, sino en la sala, al lado de la mesa del comandante.

Los últimos días había oído tiros en las calles. No sólo en los frentes (la Moncloa, Getafe), sino en la Castellana y en la Cibeles. Ningún madrileño se asustaba demasiado después de casi tres años, porque aprendieron pronto que era más el ruido que las nueces. Así, pues, Nazaria, que era bastante pusilánime, tampoco se impresionaba.

Por otra parte, la naturaleza había llegado a enseñar a cada cual a dormir a pesar de las granadas, las ametralladoras y los aviones, aunque éstos rara vez bombardeaban de noche. Cuando Nazaria no podía dormir pensando en estos peligros, tomaba una aspirina. O dos. Siempre que pensaba en la embajada de Siam volvía Nazaria a recordar el lejano país impoluto y plausible, un reino de cuento de hadas donde todo el mundo sonreía. Hasta los pobres debían ser felices, al menos por no haber conocido nada mejor.

Habría ella querido estar en Siam, especialmente durante aquellos días en que parecía que la guerra se acababa y nadie sabía cómo iba a recomenzar su vida. En Siam, con Gustavo y las muñecas bailarinas, imaginaba todavía días dorados como los yelmos de Balí. Pensaba en intimidades perversas y luego sufría sabiendo que no podía confesarse porque los templos estaban cerrados. Es decir, abrieron uno donde oficiaban un cura (el padre Lobo) y ella quiso acercársele, pero él andaba muy atareado, como se puede suponer, y en cuanto Nazaria dijo las primeras palabras, el padre Lobo le respondió:

—Boba; eres una boba beata, y no tengo tiempo para perderlo contigo.

No parecía tonto aquel cura, pero era un poco brusco. Además tuteaba a todo el mundo, conocido o no, como suelen hacer sólo algunos sacerdotes.

Así es que no volvió.

Gustavo no tenía convicciones políticas. Había hablado una vez de aquellas cosas

y dijo de sí mismo:

—Yo soy un desafiliado universal. Eso soy yo.

No lo entendía Nazaria. ¿Quería decir que había estado afiliado a todos los partidos y salido de todos ellos? ¿O tal vez no había entrado en ninguno, todavía?

En aquel momento y en la comandancia de milicias oyó rumor de gente (casi de multitud) que subía por las escaleras. Tomó Nazaria su bolso de mano y el saco de papel donde llevaba el marco de plata repujada y salió corriendo otra vez a la antesala, donde sintió que la penumbra se había hecho más densa.

Allí se sentó, segura de sí, como si la antesala fuera su fortaleza. Y tendía el oído. Oyó algunas cosas notables. Al parecer, también querían aquellos hombres, como P. de R. y el rey, el bien del pueblo. Parecían los milicianos más inteligentes y generosos que ellos (al menos eran más jóvenes, y la juventud siempre representa una ventaja), pero no estaba segura Nazaria de que hubiera una correspondencia más cabal entre sus propósitos y sus hechos. ¿Qué podían hacer con sólo su generosidad? Todos queríamos hacer milagros, a veces. En vano.

La sala se llenó de gente y el comandante hizo el primer discurso. Entretanto apareció otra vez en la antesala la Etcétera con la misma escoba (la palma arriba, envuelta en un trapo que se veía que había sido una camiseta). Sin escuchar los discursos, dijo:

—Carmela no vendrá en algunos días.

—¿Quién es Carmela?

—Es la secretaria. Se fue al hospital a parir.

Nazaria sólo había cambiado con ella algunas palabras la semana anterior.

—Una muchacha hermosa —dijo, afablemente.

Apoyó la Etcétera el peso del cuerpo en el otro pie y respondió después de mover las pupilas circularmente en las órbitas:

—Eso es lo que la pierde, porque los hombres son los hombres. Y las mujeres, pues ya se sabe: se dejan querer.

Total, que el marido de Carmela estaba en el frente y se batía bien y si hubiera tenido que aceptar que el hijo de Carmela no era realmente suyo (es decir, si hubiera tenido que darse por enterado), probablemente habría reaccionado también como el aristocrático esposo engañado de Virginia. Y Nazaria, con la expresión de asombro que era frecuente en ella cuando oía hablar de cosas relacionadas con el sexo, preguntó:

—¿Quién es el padre?

—Bueno, no se le puede culpar, porque está muy enamorado y el cariño es el cariño. ¿No le parece?

—Pues, eso, según. ¿Pero quién es?

—Va a divorciarse Carmela y a casarse con él. Eso del divorcio es un adelanto que no había en mi tiempo. Si entonces hubiera divorcio, yo me las habría arreglado mejor con mi Felipe. Bueno, el padre de la criatura es el comandante que está en el

uso de la palabra.

Decía esa frase (*el uso de la palabra*) visiblemente satisfecha, alzando la cabeza, volviendo a bajarla y haciendo visible la sotabarbeta de los años.

Dentro, el comandante decía en términos elocuentes:

—Puedo asegurar que no hay en la naturaleza un esfuerzo baldío, por modesto que sea, y el nuestro ha sido digno de las antiguas epopeyas. Nos hemos dedicado en cuerpo y alma a la defensa de Madrid durante dos años y medio y serviremos de ejemplo al futuro. Los primeros que saben que no exagero son nuestros enemigos. Porque nuestros adversarios no son tontos; son tan inteligentes como nosotros y tan valientes como nosotros, esto no hay que olvidarlo.

Seguía perorando el comandante y Nazaria lo escuchaba, conmovida. (Cuando hablara con él le diría lo de Onofre). La Etcétera seguía también con sus confidencias. El comandante y Carmela estaban *coladísimos*. Parecía como si ellos hubieran inventado el amor y no hubiera otros amantes en el mundo.

Oír esto le gustaba a Nazaria, quien sonreía, sin embargo, irónica, pensando en sus relaciones con Manuel y recordando que su esposo la había llamado el ángel de su existencia.

El discurso del comandante continuaba en la sala, y Nazaria pensaba, sorprendida: «Estoy de acuerdo con lo que dice, pero es lo mismo que decían los del otro bando, según el portafolio de seda. Digo, sobre el amor al pueblo. Todos querían y quieren el bienestar del pueblo. Entretanto, ¿qué pasa con el pueblo? Hombres humildes con los sesos destrozados por la metralla en un lado y en el otro, en Rusia y en Berlín, en Etiopía y en Madrid. Sin dejar siquiera, como *Pito*, su huella en el cemento de la acera».

La Etcétera miraba a Nazaria; parecía adivinar sus pensamientos y añadía, bajando la voz:

—Después de ríos de sangre, un grupito que sabe manejar el cerrojete de la ametralladora saca su provecho y a los demás que les den morcilla. Así es la vida, siempre.

Tendió Nazaria la vista alrededor:

—¿Sabe usted por casualidad quién vivía en esta casa?

—Los condes de Santaliestra.

Aquellas palabras produjeron un choque en Nazaria, aunque en el fondo le parecieron naturales. Le chocaban, pero no le extrañaban. Lo presentía desde que pisó el primer peldaño de la escalera. Pero no todo lo que presiente uno se cumple.

Miraba la Etcétera el sombrero de Nazaria con las pequeñas frutas de caucho y la mariposa y resistía las ganas de reír. Era el primer sombrero que veía desde que comenzó la guerra.

—¿Y Carmela? —preguntó Nazaria, queriendo oír más sobre ella.

—Pues Carmela ha parido. El esposo está en el frente; es el famoso comandante Marcos, que los tiene, dicho sea de paso, como el caballo de Santiago. Pero de poco

le sirven en este negocio de Carmela.

El corazón de Nazaria dio un vuelco debajo de su pecho.

—¿Ese Marcos es N. B.?

—¿Qué quiere usted decir con eso de N. B.?

—No quiero decir sino Narciso Borrell.

—No; ese Borrell que dice usted es el que está hablando ahora en la sala. Es el jefe de esta oficina.

—Pero entonces, el comandante Marcos...

—Ése es el marido de Carmela. ¿O no me explico?

Fue Nazaria a sacar algo del bolso y al abrirlo se hizo patente el revólver. La Etcétera alargó el cuello, curiosa:

—Va usted a la moda, hermana. Digo, con la herramienta del matarile.

—Bah —dijo Nazaria—. Está vacío y sin balas. No tengo balas.

—En el dormitorio de los duques he visto muchas en dos cajitas amarillas de cartón.

—A lo mejor no son del mismo calibre.

—Yo se las traigo y usted puede hacer la prueba. Desapareció con su escoba, mientras pensaba Nazaria que acababa de encontrar a N. B. y que tal vez las balas que le ofrecía aquella mujer serían las adecuadas. Los dos hechos parecían relacionarse el uno con el otro.

Cuando la Etcétera volvió, resultó que las balas eran las que correspondían al revólver, y Nazaria llenó con ellas el barrilete, aunque mecánicamente y sin saber para qué. La Etcétera seguía hablando:

—Carmela no ha parido de su esposo, sino de ése. Del comandante.

Señaló otra vez con un gesto de cabeza la puerta de la sala donde seguía hablando N. B. y añadió:

—Y el marido legal lo sabe. Pero ahora los escándalos no levantan polvaredas como antes. A pesar de todo, el lío de los comandantes va a traer cola. ¿Ve usted que ese comandante lleva un brazo en cabestrillo? Es verdad que recibió un balazo, pero no del enemigo. Parece que se dio el tiro él mismo para que lo sacaran del frente. No vaya a pensar que fue por miedo. Es un hombre valiente, pero se dio el tiro para poder venir a la retaguardia y estar cerca de Carmela, y aquí viene lo gordo: ¿sabe que hay una ley que condena a muerte a los soldados que cometen ese delito? Un delito que llaman *autoamotinación* o *automutilación*. Yo al principio creí que eso quería decir los que rompen los automóviles, pero es otra cosa. Es el que se da el tiro. Ahora, si a mano viene, pueden arrestar y fusilar a ese comandante en veinticuatro horas, porque los militares cuando abren juicio no se andan con distingos ni testigos ni contratestigos.

Escuchaba Nazaria sólo a medias y preguntó a la mujer de la escoba:

—¿Es que lo van a castigar por adulterio?

—No, qué va —rió la Etcétera, divertida—. Ésas son cosas de los tiempos

ordinarios. Cosas de familia que no le importan a nadie sino al que las goza y las padece. Allá cada cual. Yo creo que lo acusarán de autoamotinación (*automutilación*, entendió Nazaria), y por ahí pueden darle un susto de padre y muy señor mío. Un susto para no contarle.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas?

—Hoy estuve en el hospital a ver a Carmela y como las tropas habían puesto ametralladoras en una esquina no se podía salir y me quedé hablando con ella las horas muertas. Luego, el fuego de las ametralladoras se fue corriendo hacia el hipódromo y pude salir de naja y venir aquí. No es que Carmela me diga todos sus secretos, pero ¿qué necesidad tenía de ponerse a defender al comandante Narciso Borrell si nadie lo acusaba, todavía? Pues por el hilo se saca el ovillo. Carmela me dijo que su marido estaba celoso y que le buscaba la vuelta al otro para empapelarlo acusándolo de auto... (al ver que Nazaria afirmaba, entendida, renunció a decir la palabra entera). Yo no lo sabía, eso, aunque sabía otras cosas. Y Carmela me decía: «Lo acusa mi marido de haberse dado el tiro en el brazo para que lo sacaran del frente y lo trajeran a una oficina de Madrid. Así, la denuncia que podría ser deshonrosa para él, como marido engañado, es deshonrosa para mi amante como militar y como hombre. En estos tiempos, un cobarde es la última miseria del mundo». Así me hablaba Carmela. Un balazo que le astilló el hueso y le dura todavía, no es juego de niños. De eso está orgullosa, Carmela.

Se quedaron calladas las dos, escuchando al comandante en la sala de al lado, pero la mujer de la escoba no lo había dicho todo:

—Carmela está orgullosa del apego de su comandante Borrell, pero el lío que se puede armar es de los que meten miedo. La cama le tira mucho al hombre. Cuando yo se lo dije a Carmela, ella respondió: «Ahora lo que me interesa es vivir para mi mocoso». Eso me dijo. Hay mujeres con suerte, y yo no digo que no merezca la que tiene, pero el comandante se dio el balazo y eso es la pura verdad, porque Carmela me lo confesó y me hizo jurar que guardaría el secreto. Me dijo Carmela, para mayor certidumbre, que Borrell se lo había dicho a ella. El mismo que está hablando ahí en la sala, y que es un boquerón como todos los que están atrapados por abajo. Hablan fácilmente para hacer méritos con su amorcito. Dicen cosas por decirlas. Nosotras somos más lagartas, pero ellos olvidan que por la boca muere el pez. Pues él se lo dijo a ella, ella me lo dijo a mí en confianza y ahora yo se lo digo a usted porque así es la vida. ¿Comprende? Una ve lo que ve y escucha lo que escucha.

Diciendo esto miraba el cartel en el muro, con la grande oreja monitora. Pero no había acabado. Hacía subir la mano en el mango de la escoba, se apoyaba firmemente en ella y de pronto se quedaba muda como una muerta, mirando a Nazaria con ojos de mochuelo. La maestra pensaba: «Quizás esta mujer conoció al dios matemático cuando estuvo *muerta*».

En la sala seguía perorando el comandante y cuando los delegados de la División 51 iban a presentar la acusación, resultó que el comandante se adelantó:

—Yo sé —dijo con tono muy convincente— que algunos camaradas me acusan de haberme disparado un tiro en este brazo para salir del frente y ser enviado a la retaguardia. Yo...

Los partidarios del comandante levantaron un murmullo de protestas propicias en el que por unos momentos se perdió la voz del orador, de modo que no podía Nazaria oír nada más.

Pensaba que lo matarían, al comandante, por culpa de Carmela, lo mismo (aunque los estímulos fueran diferentes) que habían matado a Onofre. Y allí, delante de la Etcétera, se creyó Nazaria en el caso de hablar de Onofre, ya que las dos lo conocían:

—Es lo malo —dijo, al azar—. En estos tiempos se mata y se muere un poco tontamente. Es como el caso de Onofre.

—¿Qué Onofre? ¿El de las niñas desaparecidas?

—Lo mataron hace algunos meses.

—Quiá, yo lo conozco bien y es un galápago de muchas conchas. A ése no lo mata sino un rayo del cielo. Sacó del bolsillo del mandil un recorte de periódico doblado en cuatro y siguió hablando:

—Lo condenaron, pero lo indultaron y está en la cárcel de Porlier, esperando por las buenas que entren los suyos. Ése sabe nadar y guardar la ropa. Todavía nos fusilará a nosotras.

Nazaria le pidió el recorte y estuvo leyendo abstraída. Luego rompió a llorar y cuando la Etcétera fue a ponerle la mano en el hombro, Nazaria la besó agradecida. Y lloraba más.

La mujer de la escoba no comprendía y volvía a las suyas:

—¡Mire que indultar a tipos como Onofre! Ahí está, en Porlier, como un Pepe y con sus buenos vales en el economato para que no le falten sus caprichitos de verdadero hijo de puta. Porque, como serlo, lo es.

Iba a decirle Nazaria que el pobre Onofre merecía vivir hasta que Dios decidiera llevárselo por las buenas, pero tenía grandes apremios por ir al retrete y no sabía qué hacer.

Precisamente en aquel momento se oía la voz del comandante por encima de las demás (había marejada en la sala), diciendo:

—Todo viene de lo mismo y la motivación de este incidente no puede estar más justificada. Ha nacido un niño en alguna parte. Pues bien, ¿sabéis lo que os digo? Ese niño que ha nacido hoy tendrá, en 1975, treinta y seis años y...

—Eres un profeta que se sale por la tangente.

—La verdad es que estamos integrados en una enorme esfera como la Tierra, que girando nos esclaviza al tiempo. Si podemos evadirnos del tiempo relativo podemos también abarcar y atalayar la realidad de ayer, hoy y mañana, y os digo, recordadlo bien, porque la mayor parte de vosotros estaréis vivos para entonces, que cuando el niño que ha nacido ayer tenga más de treinta años y menos de treinta y seis, cuajará la victoria por la que nos afanamos ahora y quedará establecida esa victoria para

siempre bajo un esquema social u otro. Al menos para un milenio, hasta el año 3000.

—La muerte que nos amenaza a todos no es ninguna broma de relatividades, aunque te salgas por peteneras.

—Bah, ¿fue una broma, un juego, que tú nacieras? Y naciste contra tu voluntad. Contra tu voluntad te morirás y tal vez no te des cuenta tampoco, a no ser que te fusilen contra un muro, lo que puede sucedemos mañana a todos nosotros. De la muerte natural casi nadie se da cuenta, porque la naturaleza es muy generosa. Así, pues, yo os repito que el niño que ha nacido ayer llevará a cabo con su simple presencia lo que nosotros dejamos comenzado con tanto esfuerzo.

—Ésa no es la cuestión que hemos planteado.

—Nosotros —añadió el comandante, cubriendo la voz del que discrepaba— no nos batimos para gozar de una victoria en el plano particular y personal, es decir, con ventajas inmediatas, y en cuanto a la acusación de los delegados de la División 51...

La voz del comandante lo llenaba todo. Hacía en algún rincón de la sala un ligero eco, que señalaba las dimensiones del ámbito. Porque el ámbito lo hace el eco. Tenía que ir Nazaria a aligerar su vejiga y como no había bebido apenas en todo el día no podía comprenderlo. La mujer de la escoba alzaba el gallo para decir con una voz angélica:

—La gente sale corriendo de los frentes a pedo-puta.

Se levantó Nazaria nerviosamente. Era demasiado y no había tolerado nunca a nadie aquella clase de lenguaje. Se contuvo porque necesitaba ayuda de la Etcétera y le preguntó dónde estaba el lavabo.

—¿Quiere decir el excusado? Tendrá que subir al piso segundo, porque los de este piso los emplean los hombres. Venga conmigo.

Subieron bastantes escaleras y la Etcétera con el palo de la escoba empujó una puerta. Entró Nazaria y se encerró por dentro. Debía ser el retrete de la niña Eulalia, porque los niños viven en los pisos altos.

Encendió la luz y miró alrededor. Era un lugar espacioso, con baño a la derecha y tocador a la izquierda. Suspiró de placer.

Luego se puso a examinar su revólver cargado y pensó en Borrell. No lograba identificarlo, porque aquel comandante N. B. parecía más culto y sofisticado. Y demasiado joven. Tal vez era hijo del verdadero N. B. y de la Galatea. Era posible, aunque no probable.

O tal vez era el mismo que le pegó al padre de Manuel, porque a veces los hombres se conservan jóvenes toda su vida. Y si aquel N. B. parecía más culto y civilizado debía ser porque la gente evoluciona y no pasan en balde veinte años por la vida de nadie.

Seguramente era el genuino N. B. y tenía con Marcos y Carmela un problema parecido al que había tenido con la Galatea y con el patrón de la imprenta. Hay hombres que nacen para eso. Y que mueren de eso. Recordaba conmovida y a punto de lágrimas que Onofre no había sido ejecutado, sino que vivía, y se proponía

mandarle cigarrillos a la cárcel.

La puerta del retrete tenía por dentro dos apliques de luz con pantallitas de seda color rosa y debajo una repisa en forma de recipiente con un ramo de flores artificiales más frescas que las naturales.

Se puso a examinar otra vez su revólver cargado y al levantar el gatillo resbaló su dedo pulgar y el percutor hirió una cápsula. El ruido del disparo no fue mayor que el de una puerta cerrada por una ráfaga de viento. Ella quedó con el aliento contenido mirando el impacto de la bala en la luna del espejo. Era como una pequeña estrella de puntas simétricas y escarchadas. Y había ido a dar sobre su propia imagen, sobre el ojo izquierdo de su propia imagen.

Oyó los pasos de la Etcétera que se acercaba y preguntaba a través de la puerta cerrada:

—¿Está usted bien? Lo digo porque se ha oído un tiro.

—Será en otra parte —mintió Nazaria—. En la calle o en el patio.

Había en el suelo una báscula plana con una ventanita donde aparecían los números en decigramos y kilos, y encima del depósito de agua del retrete, que estaba cubierto con una toallita bordada en sedas de colores, se veía una caja de música con bailarines vestidos a la moda del siglo XVIII.

Sin dejar de pensar en Onofre y agradecerle a la mujer de la escoba su buena noticia, accionó Nazaria el resorte y los muñequitos comenzaron a bailar con una música de minueto. Las notas eran claras y cristalinas. «Esta noche dormiré bien sabiendo que Onofre está vivo. Porque, aunque sea un sinvergüenza, Onofre es un ser humano. Todos los seres que viven tienen bondad y belleza, a no ser que ellos mismos la destruyan». Esta era una idea que le había oído a Manuel más de una vez. Después de muerto las palabras de Manuel parecían todavía más verdaderas.

Luego se pesó en la báscula y vio girar entre sus pies los números y detenerse en una cifra osciladora: 48 kilogramos y una fracción. Cogió un frasco grande de agua de colonia y vio que la fracción subía a cincuenta. Dejó el frasco y también el revólver sobre el depósito de agua del retrete y la báscula bajó a cuarenta y ocho. Al lado de la botella, que era de vidrio empavonado, con una escena de figuras pompeyanas, había un cuadernito donde estaban escritos fechas y números: las fechas en que se había pesado la niña y el peso en kilos y gramos. A la derecha, una puerta corredera de cristal opaco, en cuyos colores se simulaban las luces del amanecer.

Había otros espejos con marco de porcelana y vetas rosadas. Otros, aun sin marco, empotrados en el muro. Frente a la puerta de la ducha, un pequeño tocador con faldas de cretona estampada. La mesa estaba cubierta de *bibelots*, entre ellos un loro con plumas verdaderas. Suponiendo Nazaria que allí había misterio, oprimió un botón en la plataforma donde el ave descansaba. Se encendió su cabeza, que era de cristal, y al mismo tiempo se oyó una voz monitora diciendo, en francés, una frase confusa que no pudo entender. Mirándose en el espejo vio su peluca un poco desnivelada bajo el sombrero. Mientras se la arreglaba oyó al loro repetir sus palabras

confusas.

En la pila del baño había varios objetos, sin duda con fines higiénicos. Sólo comprendía la utilidad de dos guantes que se puso y que por fuera parecían de goma esponjosa y por dentro tenían tactos de cera.

Iba a salir cuando descubrió nuevas sorpresas. El techo podía ser como el cielo diurno (cristal azul con luces detrás) o nocturno con la luna y las estrellas y constelaciones. Todo dependía de la llave que se accionara, a voluntad.

Recordando el cartapacio de seda pensó que tal vez la reina Victoria había estado allí y hecho uso de aquel retrete. Esto le produjo una especie de embriaguez o de confusión brillante. No se atrevía a sentarse allí.

Por fin salió y cuando bajaba las escaleras se dio cuenta de que no había orinado. La obsesión de Onofre, el disparo «sin querer», el loro parlanchín y la reina Victoria le habían quitado las ganas.

Abajo continuaba la reunión y seguían oyéndose voces que parecían airadas y sin control. La Etcétera escuchaba sentada en la escalera. Guiñó el ojo y dijo:

—Se tiran al degüello y parece que N. B. es el que gana.

—¿Pero está ahí el otro, digo, Marcos?

—No. Ha enviado dos o tres perros echadizos.

Como Nazaria no conocía a Marcos y, en cambio, conocía al comandante N. B., estaba de parte de este último, aunque no aprobara del todo su conducta. El adulterio era una abominación, a no ser (se decía comprensiva) en las clases altas, ya que en ellas se casaban no por amor, sino por conservar y acrecentar el brillo del linaje, lo que mantenía la tradición. «En cierto modo, el amor —pensaba Nazaria sonriendo seráficamente— era la compensación que los humildes tenían por sus precarias condiciones de vida. No siempre, claro, aunque muy frecuentemente».

Ése había sido al menos el caso de ella con Manuel. Alguien decía en la sala una frase confusa que acababa con «... la muerte en los dientes». Alguien tenía la muerte en los dientes, y ella se decía que si los dientes eran postizos la muerte sería menos ejecutiva y siniestra.

Onofre debía tener dientes postizos y vivía. Nazaria daba otra vez las gracias a Dios.

Pero era tarde y se preguntaba lo que estaba haciendo allí. «Bueno, estoy esperando». Desde el mediodía esperaba en aquella antesala, entre las dos puertas, una con trofeo y otra con espingarda, frente a dos retratos al óleo.

Era ya tarde. La Etcétera, que se había sentado en la escalera, se levantó apoyándose en el palo de la escoba y se acercó otra vez a la puerta. Refiriéndose a los milicianos que estaban en la sala, repitió:

—Ahí están tirándose dentelladas a la vena maestra, como los tigres.

Estaba Nazaria fatigada de la antesala y con aire resignado y melancólico tomó la bolsa de papel manila y dio algunos pasos hacia la escalera. La Etcétera le dijo:

—Tenga cuidado, que hay tiros en la calle.

Salió Nazaria despidiéndose de su amiga con un gruñido afectuoso y fue bajando las escaleras. Pero volvió y la besó en la mejilla pensando todavía en Onofre. Luego fue bajando. Cuando desembocaba en la ancha avenida se oyó una ametralladora en los alrededores, y Nazaria sintió como si le dieran con la contera de un bastón tres empujones secos (no muy fuertes), uno en el pecho, otro en el estómago y el tercero en la mano. Se le cayó la bolsa de papel y el retrato con su marco de plata repujada fue trompicando hasta dar junto al muro del palacio.

Caía Nazaria sin poderlo remediar. No le dolía nada, aunque sentía tres ligeras quemaduras en los lugares donde la habían empujado con la contera de un bastón invisible. Sabía que iba a desmayarse. Se sentía en la antesala todavía (la calle era una antesala, también) y comprendía que toda su vida había estado esperando. Era una antesala a veces grande, a veces no tanto, a veces con gente y a veces vacía. Ocasionalmente la secretaria había ido a parir al hospital un hijo adulterino.

La ametralladora volvió a oírse. Disparaba sólo tres o cuatro tiros, luego se callaba. Un poco más tarde, otros dos o tres, y volvía a callarse. Entonces, en aquel silencio, la antesala con bóveda de estrellas (como el retrete de la condesita Eulalia) parecía ensancharse y crecer.

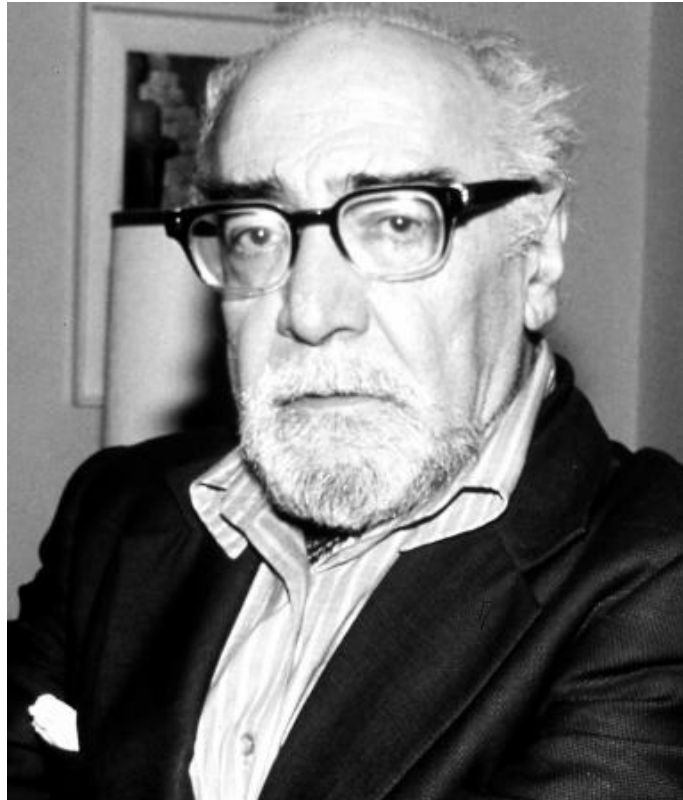
Pensaba Nazaria: «Vaya, quién iba a pensarlo, pero así son las cosas, y tal vez voy a reunirme con Manuel o tal vez Manuel no está en ninguna parte y la antesala no conduce a ningún salón de fiestas. Bueno, en todo caso, ¿qué importa si ya no tiene remedio?».

Todavía tuvo un momento de placidez antes de perder del todo la consciencia. Y sintiendo correr por sus muslos un líquido tibio, se dijo: «Debo estar muriéndome, porque si no yo no haría una cosa así».

En eso tenía razón, Nazaria. Ella se preguntaba si *aquello* sería orina o sangre. Eran las dos cosas.

«La muerte es una cosa fácil y sucia», se dijo aún, mientras el cielo estrellado se le oscurecía encima.

Los Ángeles, California, 1971.



RAMÓN J. SENDER, Nació el 3 de febrero de 1901 en Chalamera (Huesca). Comenzó a incursionar por el camino literario durante su adolescencia, elaborando artículos y cuentos para reconocidos medios como *El imparcial*, *El país*, *España nueva* y *La tribuna*.

Sin terminar sus estudios de Filosofía y Letras, optó por instruirse de forma independiente en distintas bibliotecas de Madrid. Por esa época, también se interesó por las cuestiones políticas y comenzó a desarrollar actividades revolucionarias con grupos de obreros anarquistas. De regreso en Huesca, quiso probar suerte como directivo del diario *La Tierra*.

En 1922, cuando ya había cumplido los 21 años, Ramón J. Sender ingresó al ejército, donde comenzó como soldado y terminó como alférez de complemento en la Guerra de Marruecos. Al regresar de ese compromiso, retomó sus actividades como redactor y corrector del diario *El sol*. Por ese entonces escribió la novela *Imán* cuyo texto fue traducido a varios idiomas. Además, en el marco de su militancia social y política, prestó colaboraciones a *Solidaridad obrera* y *La libertad*. Precisamente, ese activismo fue el que lo llevó, en 1927, a la Cárcel Modelo de Madrid por manifestarse en contra del General Miguel Primo de Rivera.

A lo largo de su carrera literaria, el autor fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura y el Premio Planeta, entre otros. Respecto a su obra, caben destacar varios títulos como *El lugar de un hombre* (1939); el ciclo narrativo de *Crónica del alba* (1942-1966); *Réquiem por un campesino español* (1953); la serie de Nancy, con el

título *La tesis de Nancy* (1962), al que siguieron *Nancy, doctora en gitanería* (1974), *Nancy y el Bato loco* (1974), *Gloria y vejamen de Nancy* (1977) y *Epílogo a Nancy: bajo el signo de Taurus*, (1979); *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1964); *En la vida de Ignacio Morell* (1969); *Tanit* (1972); *La mesa de las tres moiras* (1974); *El superviviente* (1978); *La mirada inmóvil* (1979); *Monte Odina* (1980), etc. También cultivó el género del ensayo, siendo algunos de sus trabajos *América antes de Colón* (1930); *Carta de Moscú sobre el amor* (1934); *Madrid-Moscú, narraciones de viaje* (1934); *Proclamación de la sonrisa* (1934) y *Tres ejemplos de amor y una teoría* (1969), entre muchos otros.

Pese a que, durante los últimos años de su vida, el escritor manifestó su deseo de recuperar su perdida nacionalidad española renunciando a la estadounidense que había adquirido, Ramón J. Sender falleció el 16 de enero de 1982 en Estados Unidos, lejos de su tierra natal.